Mons. MIGUEL DE ANDREA

Obispo de Temnos

Discursos y Sermones

OBRAS COMPLETAS

TOMO VII

EDITORIAL DIFUSION
BUENOS AIRES

Líder del mundo cristiano del trabajo en la Argentina, fundador y "alma mater" de la Casa de la Empleada, paladín incansable de los desheredados y de los oprimidos, defensor por antonomasia de los sectores más débiles y callados del mundo proletario, de las sufridas obreras de la aguja, de los ignorados trabajadores a domicilio, de los que no tienen el recurso del sufragio o de la huelga para defenderse, Monseñor de Andrea, corazón y cerebro, pensamiento y acción, ha estudiado los orígenes de los conflictos sociales y, sobre todo, ha realizado, en el terreno ponderable de la práctica, obra ingente de pacificación social. Sus estudios, sus reflexiones, sus exhortaciones, su predicación y su realización están condensados en los sermones, discursos, artículos y alocuciones que Editorial Difusión recoge en los tomos de sus Obras Completas.

Mons. MIGUEL DE ANDREA
Obispo de Temnos

Discursos y Sermones

OBRAS COMPLETAS

TOMO VII

EDITORIAL DIFUSION
BUENOS AIRES



Obras Completas
de Monseñor de Andrea

SUMARIO DE LOS OTROS VOLUMENES

I

El Evangelio y la Actualidad. Primera Parte.

II

El Evangelio y la Actualidad. Segunda Parte.

III

La Perturbación Social Contemporánea.

Las causas. — Su estado actual. — Fatales consecuencias. — Medios de evitarlas. — La Paz Social Argentina. — Europa, la Argentina, la Familia. — La Sociología Católica según el pensamiento de Pío XI. — Las ideas del Cardenal Verdier. — El pensamiento republicano de Fray Justo Santa María de Oro. — Cincuentenario de la Vida Religiosa del R. P. G. Palau, S. J. — Armonía Internacional.

IV

Catolicismo Social.

La Encíclica "Rerum Novarum" y la realidad argentina. — La libertad frente a la autoridad. — Justicia Social. — ¿Estado corporativo o democracia corporativa? — El Capital y el Trabajo. — Sindicalismo. — Mujeres que trabajan. — La Casa de la Empleada. — Hacia un Mundo Nuevo. — Viajes a EE. UU. — Declaración de principios del Seminario Interamericano de Estudios Sociales promovida por la Conferencia Nacional del Bienestar.

V

Maravillas de la Fe.

La estigmatizada de Baviera. — La Pasión en Oberammergau. — La verdadera vida. — Fecundidad del dolor, la fuerza de la fe. — La libertad, inspiradora del heroísmo. — La victoria del amor. — La paz, producto de la justicia. — La hora de la caridad. — Santa Juana de Arco. — San Juan Bosco. — San Agustín. — San Vicente de Paul y Federico Ozanam.

VI

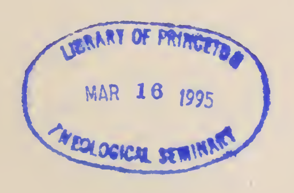
A la Paz por la Caridad y la Justicia.

La Iglesia y la democracia. — La verdadera democracia. — Libertad sindical. — El hogar de la empleada sin familia. — Civilización materialista o civilización espiritualista. — Materia contra espíritu. — ¡La pacificación de los espíritus! — El amor que une y vivifica. — Monumento de confraternidad cristiana y de conciliación humana. — La fórmula de la paz.

Mons. Dr. Miguel de Andrea
Obispo de Temnos

OBRAS COMPLETAS

Tomo VII



EDITORIAL DIFUSION S. A.
HERRERA 527 BUENOS AIRES

Con las debidas licencias.

HECHO EL DEPÓSITO QUE INDICA LA LEY 11.723

IMPRESO EN LA ARGENTINA PRINTED IN ARGENTINA

DISCURSOS
Y
SERMONES

LA VERDAD

Al despuntar la aurora del año nuevo se advierte en el horizonte "una luz siniestra", nos dice Pío XII en su magistral mensaje de Navidad. Esta vez no lo ha emitido como una respuesta a los augurios del Colegio Cardenalicio. Ha preferido hacerlo directamente al mundo, como para impresionarlo más fuertemente haciéndole notar que se dirige a él en cumplimiento de un grave deber de su magisterio supremo.

Sin embargo y a pesar de las perspectivas siniestras, subo a la cátedra de la verdad para presentaros con más intensidad que nunca mis votos por un año nuevo feliz.

Quiero a mi vez cumplir con el deber de actualizar y divulgar el aludido Mensaje Pontificio llamado a ser histórico. Por esto y porque quiero además fundamentar mis augurios felices; diré algunas palabras acerca de la importancia y la trascendencia de la verdad.

La verdad es en sí misma tan importante y tan trascendente que su reinado es la finalidad de la Encarnación del Verbo y de la Redención del género humano. El Evangelista simbolizado por el águila que se remonta a las alturas y fija los ojos en el sol, nos hace esta revelación: "El Verbo existe desde la eternidad —es la vida— y la vida es la luz de los hombres. Y la luz brilla en medio de las tinieblas, aun cuando las tinieblas no la reciban. El Verbo se hizo carne y habitó en medio de nosotros. Y nosotros hemos visto su gloria, gloria igual a la del Padre. Lo hemos visto pleno de gracia y de verdad . . ."

Habitó en medio de nosotros para enseñarnos la verdad. Fué el Maestro. Fué el Confesor, el Apóstol y el Mártir de la

Verdad. Para ella nació y por ella murió. Oídlo de sus propios labios divinos. Está en calidad de acusado ante el tribunal del juez. El instante es decisivo, solemne, supremo. Es el último interrogatorio. Jesucristo responde así a Pilatos: "Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz." Dícele Pilatos: "¿Qué es la verdad?". Y dicho esto, sin aguardar la respuesta, salió otra vez del Pretorio para conferenciar con los acusadores. ¿Qué interés tenía Pilatos en conocer la verdad? El interés inmediato para él, fincaba en desconocerla. Sabía bien que si no dictaba la sentencia de muerte, sería acusado como adversario del César y con la amistad del César, perdería la posición y las prebendas del poder.

¡Cuántas veces se crucifica a la verdad en la conciencia! Cuando favorece a los propios intereses, se la deja en libertad y se la grita, cuando los contraría, se la amordaza y se la sofoca.

* * *

Yo me sentiría felíz si lograra intensificar el convencimiento de la importancia y la trascendencia de la verdad. Y creo que es fácil lograrlo. Basta tener siempre presente que la verdad es la base de la estabilidad, la creadora de la libertad y la generadora de la paz.

La verdad es la base de la estabilidad. No hay nada que desacredite tanto al hombre como la volubilidad en sus opiniones y la contradicción en sus actitudes. Nadie confía en él. La volubilidad que demuestra lo exhibe con una falta fundamental o en la inteligencia por su incapacidad de percibir la verdad o en la voluntad por su debilidad para sostenerla.

En cambio la verdad comprendida por la inteligencia y sostenida siempre por la voluntad, da al hombre una estabilidad admirable que le conquista el respeto y aun la admiración de sus semejantes.

La verdad dignifica al hombre que la sostiene en todas las circunstancias, y ese hombre a su vez que no reparó en los sacrificios que exige, ennoblece a la verdad.

* * *

La verdad es la creadora de la libertad.

El error y la ausencia de una firme convicción, implican siempre una servidumbre. Y esta servidumbre es la más humillante entre todas, porque se halla siempre dispuesta a cambiar de amo. El error más difundido, la doctrina más en boga, el sistema más afortunado, se suceden en la tiranía que ejercen por turno sobre ese fácil esclavo, en las épocas sucesivas de cada siglo. Y entre los que soportan esa servidumbre, hay quienes se glorían de ella porque pueden llamarse hombres de su época, de su siglo, es decir, hijos de su tiempo. Nosotros renunciamos a esa gloria efímera ya que no podemos considerarnos ni del siglo pasado, ni del siglo presente, ni del siglo futuro. ¡Sabiéndonos en posesión de la verdad no somos hijos del tiempo, sino de la eternidad! La verdad nos liberta de todas las mutaciones del tiempo y de todas las exigencias del siglo de la misma manera que nos ha libertado de todos los prejuicios y de todas las ambiciones personales. "Veritas liberabit vos". Sólo la verdad os libertará.

Yo no me puedo explicar cómo hombres inteligentes puedan afirmar que las verdades absolutas esclavizan el pensamiento. Me hacen el mismo efecto de los que pretendieran convencernos de que los faros quitan la libertad al navegante.

Por lo que a mí respecta, puedo afirmar que la razón de ser de mi libertad ha sido siempre la verdad. La verdad es la creadora de la libertad.

* * *

Y por último es también la generadora de la paz.

La paz verdadera, la paz firme, la paz perdurable, no puede edificarse sobre el error, el engaño o la mentira. Toda paz que se establezca sobre esos elementos deleznables, correrá la suerte de las construcciones levantadas sobre la arena.

La paz del año 18 fué efímera. No fué edificada sobre los puntos propuestos a los gobernantes por Benedicto XV, el Pontífice de la paz, por cuya resolución venimos invocando a la Madre de Dios y de los hombres como a Reina de la Paz. Aquellos puntos eran exigencias de la verdad.

Si después de la segunda guerra, consecuencia de la falsa paz concertada al término de la primera, se estableciera otra paz sobre "la insinceridad" denunciada por el actual Pontífice, una tercera guerra sería la tremenda respuesta que darían los acontecimientos a los que pretenden fundar la paz al margen de la verdad. El mundo ha consentido en dar el nombre de grandes a aquellos en cuyas manos parece hallarse su suerte. Para que el honroso calificativo reciba la consagración de la historia tendrán que resolverse a fundar la paz sobre la verdad, porque no hay grandeza sin verdad o contra la verdad.

* * *

Pero ¿dónde está la verdad, la única verdad que puede y debe darnos estabilidad individual, libertad personal y paz social e internacional? Todo el mundo se la adjudica. Los hombres, las escuelas, los sistemas, los partidos, las filosofías, las religiones, todos se consideran poseedores de la verdad. Nadie es lo excesivamente osado para afirmar que defiende un error o que divulga una mentira. Y nadie lo es tampoco para atreverse a decir que es la verdad o que fuera de él no hay verdad. Sólo el Hombre Dios ha podido presentarse al mundo haciendo esta afirmación, sin peligro de ser desmentido jamás. "¡La verdad soy yo!" "Ego sum via, veritas et vita". Yo soy el camino que conduce a la verdad y la verdad que da la vida.

Y nosotros queremos vivir y queremos vivir en paz, porque sin paz no hay felicidad y sin felicidad no hay vida. Apartémonos pues del error y de la mentira y acerquémonos a la verdad. Los éxitos de la mentira podrán ser más fáciles, pero serán siempre engañosos y efímeros. El mal es negación, el bien es afirmación. La oscuridad es puramente negativa, hay oscuridad cuando falta la luz. La mentira es la negación de la verdad. Los éxitos de la mentira sólo durarán el tiempo que se tarde en hacerse la verdad. Resolvámonos de una vez a ser hijos de la luz. La luz es Jesucristo. La verdad está en El, la verdad es El.

Es necesario y es urgente, para que la conclusión y el mal no prolonguen su imperio, ni entenebrezcan nuestra fe, ni mellen nuestra esperanza.

Contribuyamos a establecer el reinado de la verdad, pero advirtiendo que esto no puede lograrse con sólo reconocerla y aceptarla. Es además indispensable sentirla y vivirla. Los tiempos son adversos y abundan los forjadores y difusores de la mentira. Es necesario que todos los cristianos nos convirtamos en Apóstoles y si el caso lo requiere en Mártires de la Verdad. Lejos de nosotros la cobardía y el miedo, generadores de tránsfugas y traidores.

Si brilla la verdad en la vida individual y doméstica, en la nacional e internacional, si ninguna frente se mancha con "el estigma de la insinceridad" del cual el Papa quiere limpiar al mundo, la "oscura nube" se disipará y quedará luciendo en todo su fulgor la Estrella de Belén. ¡Qué así sea para que todos nosotros y nuestra Patria y el mundo tengamos un año feliz.

MENSAJE CELESTIAL

"Te ergo quæsumus tuis famulis subveni quos prætioso sanguine redemisti." Ven, Señor, en auxilio de los que has redimido con tu sangre preciosísima. (Versículo del Te-déum.)

Podemos comparar a la humanidad que avanza hacia su destino a través de los siglos, con una nave que surca la inmensidad del océano en dirección al puerto que es término de su viaje.

Hay en el tiempo para la humanidad como en el océano para la nave, trechos de calma y de agitación, períodos de tempestad y de bonanza, días de vientos propicios y de adversos, zonas de corrientes favorables y de contrarias. Y en los períodos de tempestad hay momentos en que se sube para trasponer la ola gigantesca que se levanta como una montaña, y otros en que se baja hasta los abismos que se abren entre la que se va y la que viene. Alguna vez se baja tanto que parece que la ola que llega puede volcarse sobre la nave y sepultarla bajo su mole.

Creo que la humanidad en su largo viaje hacia su destino final, encuéntrase hoy en el fondo de uno de esos abismos. ¿Quedará sepultada en su totalidad o en parte bajo la ola que se aproxima? Sabemos por la fe que la humanidad desaparecerá de la superficie de la tierra, una vez terminada su prueba. Pero ¿no podrá la humanidad en su conjunto o en parte anticiparse su fin, como lo hace el suicida? ¿Las energías atómicas y tantas otras que aún no han salido del misterio, no podrán mutilar o suprimir a la humanidad? ¿Acaso Dios se halla impo-

sibilitado de permitir que llegue a sus últimas consecuencias el abuso de la libertad humana?

Pero no es éste el punto de vista sobre el cual quiero llamar la atención. Al decir que la humanidad soporta en la época actual un formidable descenso, no doy a esta afirmación un sentido físico, sino moral. Estamos viviendo en plena concupiscencia de la vida. Y como nos lo enseña la historia la preponderancia de la materia, coincide siempre con el desmedro del espíritu. Los valores espirituales están hoy sufriendo una baja alarmante. Están por el suelo. Parece que han desaparecido de la circulación. En todos los sectores impera el sensualismo. Se cotizan mucho más alto el puesto, el agio, el negociado y el cohecho, que la creencia, la lealtad y la consecuencia tanto con los principios, cuanto con las personas. La honradez, la amistad, la sangre, la Patria pesan poco o nada en el platillo de la balanza cuando en el otro se pone oro. Ya nos lo había advertido Nuestro Señor Jesucristo: "No se puede adorar a Dios y al ídolo del oro." Cuando se adora al ídolo, se renuncia a Dios. Y la hora en que se renuncia a Dios, marca la de la decadencia del espíritu. Y es el caso de advertir que si se pretende la salvación de la humanidad, no se logrará sino por el espíritu. Pero el espíritu necesita ser vigorizado. "El espíritu suele hallarse dispuesto pero la carne es frágil." He aquí la finalidad de la Redención: la reviviscencia, la vigorización del espíritu. Hay un procedimiento logrado por la ciencia médica para vigorizar la vida humana: el de la transfusión de la sangre. La Redención es la transfusión de la sangre divina en la sangre humana.

* * *

Hoy es el día consagrado a evocar el misterio de la Redención. Nuestra capacidad imaginativa no logrará jamás formarse una idea aproximada de la inmensidad del beneficio de la Redención. Sólo comenzaremos a vislumbrarla, una vez transportados por su virtud al cielo donde se perpetuará el éxtasis del júbilo entre la condenación de las penas de que nos ha librado y la fruición de la gloria que nos ha merecido. Pues

bién: esta es la tarde en la cual se impone la meditación acerca de la contribución sobreabundante que corresponde a la Madre del Redentor. Pero aquí hay más, inmensamente más que una contribución de compasión, de lágrimas y de torturas inenarrables por parte de la Virgen Santísima. Ella no es sólo una contribuyente: es además el elemento esencial de la Redención, tan esencial que sin Ella, no habría tenido lugar la Redención.

Uno de los más grandes misterios de la vida humana, es el respeto infinito que tiene Dios por la libertad de que ha dotado al hombre. No la violenta jamás.

Cuando se acercaba la hora en que el Verbo, su Hijo, debía bajar a la tierra revistiéndose de un cuerpo humano; el Padre pidió previamente a la Virgen Nazarena, su consentimiento para que el Hijo se formara en sus entrañas. María puso como condición la preservación de su virginidad. Al revelársele que todo sería por obra del Espíritu Santo, consintió pronunciando aquel "Fiat" que superó al de la Creación. Sin el previo consentimiento de María, no se habría realizado en Ella, la Encarnación del Verbo y sin la Encarnación del Verbo, no habría habido Redención. María es por su libre aceptación la Madre de Nuestro Redentor. Y por su libre aceptación es la Corredentora del género humano.

* * *

Esa misma libre aceptación le fué requerida para constituirla en Madre de los hombres. Cuando sonó la hora del Calvario, las santas mujeres y algunos de los discípulos de Jesús, sobre todo Juan, trataron de disuadir a María que había manifestado su resolución de asistir a todo el desarrollo de la tragedia inminente. Ni las leyes, ni las costumbres se ponen en el caso de la presencia de la madre, en la ejecución del hijo.

Por lo demás, ellos temían con fundamento que se les pudiera morir de dolor. Y así se lo decían. A lo cual la Madre Dolorosa contestaba: "No, no tengáis miedo, hijos míos. Yo sabré resistir, sabré sobreponerme. Al aceptarla comprendí muy bien cuál era mi misión y hasta qué punto debía mos-

trarme digna de ella. No estéis preocupados. No moriré. ¡Morir, ¡oh!, para mí morir sería el más grande, el único de mis alivios; pero yo no puedo, ni debo, ni quiero pretender ninguno! ¡Yo no quiero pretender más que martirios! y el más grande de los martirios será para mí vivir. ¡Mi Hijo Divino me lo ha prevenido tantas veces! Yo sé por El que debo sobrevivirle, para confortar a los Apóstoles, para presidir el nacimiento de la Iglesia que va a fundar y para que los primeros cristianos no queden tan pronto sin Madre. Sé que debo permanecer de pie junto a su patíbulo las horas que dure su agonía y que debo mostrarme digna de El que quiere que le sirva de modelo a todos los que sean martirizados en el cuerpo y torturados en el alma, hasta el fin del mundo. Sé que ha resuelto constituirme al pie de su Cruz, en Madre de los hombres. La salvación vuestra y la de todos los redimidos va a quedar confiada allí a mi mediación. No, yo no moriré. Acompañadme si queréis, pero yo no puedo dejar de estar allí".

* * *

La Iglesia que también es madre, queda extática en la contemplación de esa actitud y exclama: "Felices sensus Beatæ Mariæ Virginis qui sine morte meruerunt palmam martyrii." Bienaventurados los sentidos virginales de María que sin morir conquistaron la palma del martirio.

¿Qué es lo que ve? Tres cruces plantadas sobre el Calvario. De ellas cuelgan tres sentenciados a muerte. En la del medio, como para significar que es el peor, está clavado el Hijo de María. Cuando Agar prófuga de la Casa de Abraham se encontró en el desierto sin agua, sin una gota de rocío y advirtió que su pequeño hijo se le moría de sed, lo acostó sobre la arena y enloquecida de dolor huía gritando: no, yo no puedo verlo morir. María, afrontando resueltamente el deber de asociar al del Hijo su propio martirio, estuvo con sus ojos clavados en El como El lo estaba en la Cruz, durante las horas interminables que duró su agonía.

¿Qué es lo que oye? No hay nada que entristezca y subleve tanto a las madres como los insultos con que se injuria a los

hijos. ¡La Virgen Madre oía los vituperios satánicos con que se insultaba a la Divinidad de Jesucristo y callaba... y perdonaba! Y cuando Jesús en el colmo de su abandono exclamó: "Padre, por qué me has abandonado"; nadie comprendió el significado de esa queja. Pero la Madre sabía bien que en ese momento terrible se consumaba una sustitución misteriosa. La Divinidad del Hijo se eclipsaba y ante la Justicia Divina aparecía la Humanidad que se había echado encima todos los pecados del mundo, los pasados, los presentes y los futuros, los míos y los vuestros y para que pudieran obtener la absolución debían pasar por todo el tremendo rigor de la Justicia.

¿Y qué es lo que sienté en la intimidad de su ser? Llegó un instante en que con su sensibilidad exquisita sintió aún más que la Víctima inmolada. Cuando a un hombre se lo ha muerto, cuando la venganza humana ha quedado saciada, parece que el cadáver debería inspirar un poco de piedad. Aquí no. El centurión tiene que llevar al representante del César el testimonio auténtico de la muerte del Mesías. Con un certero golpe de lanza le abre el corazón. Estaba ya sin vida y dejó salir algunas gotas de sangre y de agua. Ese último atentado que no hizo sufrir al Hijo, torturó cruelmente a la Madre: sintió Ella que el frío acero de la lanza le traspasaba el alma. ¡Cómo comprendió entonces las proféticas palabras que le había dicho en el Templo el anciano Simeón al presentarle a Jesús recién nacido!: "Una espada, ¡oh, Madre!, traspasará tu corazón."

Y con todo eso, ¿no la mata el dolor? ¡No! Sin morir soporta su martirio. Acaso ¿no es más que dar la propia vida, consentir en que se la quiten al hijo? ¿Acaso no es para Ella más duro que morir el verlo morir? ¡Con cuánta razón la Iglesia que es Madre exclama: "Bienaventurados los sentidos de la Madre Virgen que sin morir conquistaron la palma del martirio!"

* * *

Puedo afirmar que este Sermón de Soledad es por lo menos el trigésimoquinto de los que llevo predicados desde esta Cátedra Sagrada de mi querida Parroquia de San Miguel

que me ha llenado la vida. Y no quiero que el de esta tarde sea uno de tantos.

Las circunstancias actuales son extraordinarias y los acontecimientos a que nos hallamos abocados son trascendentales. Deseo que más que un sermón sea un mensaje y, mejor dicho: la divulgación de un Mensaje del cielo a la tierra. El Mensaje ha sido traído por la misma Virgen Santísima y confiado a tres niños inocentes, uno de los cuales vive aún y guarda inviolado un secreto sobre el destino inmediato de la humanidad.

En este momento de la historia en que la humanidad peligra toda o en parte, la Madre de los hombres no ha podido dejar de hacerse presente. Bajó a la tierra. De acuerdo con la táctica divina que prefiere los humildes y los débiles a los grandes y los fuertes, se aparece a tres niños, a tres pequeños pastores, por primera vez el 17 de mayo de 1917, cuando la primera guerra mundial extremaba su violencia. Reitera su aparición durante seis meses consecutivamente. Se deja ver en la flor de su juventud, cubierta con una túnica blanca y de un manto orlado de oro que cubriéndole la cabeza llega hasta los pies. Su rostro es de una belleza nunca vista en la tierra, pero nimbado de un halo de tristeza. Tiene las manos juntas de las cuales pende un rosario: —¿Señora, de dónde sois, de donde venís? —¡Del cielo! Así comienzan las conversaciones mantenidas con el mayor de los tres. El hecho se difunde y las apariciones postreras son presenciadas por decenas de millares de personas de toda condición.

Interviene la Iglesia. Investiga y documenta la veracidad de los acontecimientos y con Magisterio Supremo confirma su autenticidad.

¿Cuál es el propósito de estas apariciones? Estas visitas que hace a la tierra la Madre de los hombres, ¿son de simple cortesía? ¡Cuán grandes deben ser los peligros que acechan a la humanidad, cuando a tales extremos apela el ansia de preservarla que tiene la Madre! Para ello anuncia la necesidad de difundir la devoción del rosario, de fomentar la vida verdaderamente cristiana y de hacer penitencia por la conversión de los pecadores. He aquí el celestial mensaje. El Mensaje de Fátima que tenemos el deber de divulgar. Si los hombres lo aceptan y lo cumplen, la humanidad se salvará de catástrofes

más trágicas y más universales; si no... He aquí el secreto que se mantiene hasta ahora inviolado. Los puntos suspensivos llaman a la reflexión. ¡El destino de la humanidad queda supeditado al caso que del mensaje hagamos los hombres!

* * *

No se me oculta que entre cuantos me escuchan de cerca y de lejos, no pocos pensarán ¿qué tendrá que ver el rezo del rosario con la detención o la desviación de la marcha de los acontecimientos humanos? Les respondo con otra pregunta: ¿qué tiene que ver el rezo y la mortificación de una niña ignorada del mundo que a los quince años de edad se recluye en un monasterio, en una de cuyas celdas muere a los veinticuatro, con la precisión del lanzamiento de obuses mortíferos y con la voracidad de las llamas incendiarias? ¡No lo sé! Pero ahí están erguidos en medio de las ruinas circundantes los edificios vinculados a la vida de Teresita del Niño Jesús, como salmos de piedra que anuncian la desviación de los proyectiles y la extinción de las llamas.

¿Qué tiene que ver la plegaria del soberano más augusto y a la vez indefenso para impedir el formidable entrechoque de los ejércitos más poderosos y encarnizados de la tierra al encontrarse a las puertas de Roma en las postrimerías de la reciente guerra mundial? No lo sé. Pero ahí está Roma una vez más preservada y liberada.

¿Qué tiene que ver el rezo del rosario con la defensa de la civilización occidental en el siglo XVI? La flota otomana se disponía a volcar ejércitos de bárbaros sobre el occidente. Nada podría oponérsele. ¿Cómo podría resistir a aquel formidable empuje la pequeña flota de Don Juan de Austria? ¡No lo sé! Pero el Papa Pío V, había hecho entregar rosarios a los soldados que iban a contener a los musulmanes. Y se rezaba fervorosamente el rosario en Italia y en España. Y la ofensiva de plegarias dirigidas al cielo, resultó más eficaz que las armas otomanas contra el occidente. A la hora en que se libraba la batalla decisiva, Pío V interrumpe la sesión que presidía del Sacro Colegio, abre una de las ventanas que dan al oriente, levanta

los ojos al cielo y anuncia que la resistencia cristiana ha salido victoriosa.

Véase en la enumeración sintética de estos hechos históricos lo que tiene que ver el rezo del rosario con la marcha de los acontecimientos humanos.

¡Ah!, ¡cuántas veces una piadosa abuela pide el auxilio de la inocencia de un nietecito, rezan juntos un rosario y preservan a toda una familia! Y si la Virgen que es Reina y más que Reina es Madre, ausculta las palpitaciones de nuestro corazón de hijos para auxiliarnos en nuestros pequeños problemas individuales y familiares ¿podría permanecer indiferente cuando se trata de peligros colectivos, de angustias universales y de amenazas a toda la civilización?

* * *

La Virgen Santísima en su mensaje insta además a que nos decidamos de una vez a llevar una vida verdaderamente cristiana.

Mirada desde un punto de vista superficial esta maternal instancia parece una exigencia fácil. Sin embargo, no obstante toda apariencia contraria, nada es más difícil y por esto mismo nada es más raro. Se nos enrostra mil veces que los de otras religiones las observan más perfectamente que nosotros la nuestra. Y es verdad. Las otras religiones prescriben prácticas rituales e imponen fórmulas externas. El cristianismo auténtico exige ante todo la reforma interna del hombre. El cristiano debe dominar sus instintos, domar sus pasiones, frenar sus apetitos. El hombre viejo que hay en él y que procede de Adán, debe ser sustituído por el hombre nuevo que renace en Cristo. El cristiano auténtico, el hombre de Cristo, debe serlo en la vida privada y en la pública, en la vida individual y en la social, en la vida económica y en la política. Y ¿es esto acaso lo que hoy predomina en nuestra civilización cristiana? Es fácil profesarse cristiano pero es muy difícil demostrarlo con la propia vida. Y nuestra Madre baja de los cielos a decirnos que es urgente resolverse a vivir en cris-

tiano, renunciando a vivir en pagano y dejando de provocar a la Justicia Divina.

Para ello pide penitencia, es decir: arrepentimiento y mortificación. Y pide que lo hagamos por la conversión de los pecadores. Conversión, es la vuelta a Dios de los que le dieron la espalda y se alejaron de El. Y ya sabemos cuál es la triste suerte que corre el mundo cuando los hombres se alejan de Dios. ¡Que la experiencia nos lo enseñe y nos decida a preparar la salvación que se nos promete con la condición de que los hombres vuelvan a Dios!

La ruina por lo tanto o la preservación del mundo queda condicionada a la conducta de los hombres. He aquí lo que da la medida de la gran responsabilidad que pesa sobre los cristianos que vivimos en esta hora de la historia.

* * *

Hoy es el día más propicio para los arrepentimientos sinceros y las generosas resoluciones. La Corredentora del mundo confunde sus suspiros con los del Hijo que consuma su martirio y mezcla sus lágrimas maternales con las postreras gotas de su sangre divina. En el cumplimiento heroico de su deber ha permanecido todo el tiempo de pie.

Por primera vez ahora tiene que sentarse. Lo hace con serena majestad sobre la roca del Calvario. He aquí a la Madre y a la Reina. Como Madre recibe en su regazo el cuerpo martirizado de su Divino Hijo. ¡Qué distinto se lo devolvemos nosotros del que nos lo ofreció Ella en Belén! La Madre es un altar viviente sobre el cual está la víctima inmolada por los pecados del mundo. Ella tiene las manos caídas hacia la tierra. Las manos tienen su lenguaje. Nos dicen: "Ved lo que habéis hecho, ¿no os sentís arrepentidos?". Y los ojos levantados y fijos en el cielo. También hablan los ojos. Dicen al Padre: "¡Perdónalos, no se daban cuenta de lo que hacían!" "Ecce mater tua": ¡He ahí, hermanos, a nuestra Madre!

Es también nuestra Reina. Sentada se halla en su trono. ¡Trono extraordinario! Su respaldo se halla ornamentado con la grana de la sangre de su Hijo. Lo forman dos maderos

cruzados. Uno en sentido horizontal, simboliza la muerte a la que acaba de rendirse el indispensable tributo. Otro en sentido vertical. Simboliza la vida que atraviesa a la muerte y la vence para siempre con la resurrección "ubi est mores victoria tua"; oh muerte, ¿dónde está tu victoria? Simboliza también la futura victoria de la humanidad redimida.

Y para que así sea "Te ergo quæsumus tuis famulis subveni quos prætioso sanguine redemisti." ¡Ven, Señor, en auxilio de los que has redimido con tu sangre preciosísima!

LA DISYUNTIVA FINAL

"Spiritus est qui vivificat, caro non prodest quidquam." Quien todo lo vivifica es el espíritu; la materia sola no puede nada. (San Juan, VI, 61.)

En el ya largo proceso de sus preocupaciones, angustias y presentimientos lúgubres, la humanidad abre hoy un paréntesis luminoso para reconfortarse a sí misma saludando jubilosamente al más sensacional de los hechos históricos, que constituye por sí solo la razón de ser de la fe, de la esperanza y del amor: la triunfante resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Por eso los cristianos nos saludamos diciéndonos: ¡Felices Pascuas!

Hasta la alborada de hoy, nos han absorbido la atención los actos impresionantes del drama del Calvario. ¿Cuál ha sido la causa de todo ese drama? La guerra que la materia desató contra el espíritu.

Jesucristo vino al mundo a redimir a la humanidad, cuando ésta se hallaba materializada. El propio sacerdocio del pueblo escogido, su jerarquía, el Sanhedrín, esperaba y deseaba un Mesías temporal. Un rey fuerte, poderoso, con las armas necesarias para libertarlos de su opresión, reconquistarles su independencia y restablecer su imperio: para eximirlos de los impuestos extranjeros y restituirles los antiguos privilegios. Suspiraban por una reivindicación temporal. Era por lo tanto necesario y urgente desprestigiar y eliminar al Mesías que se había presentado lleno de mansedumbre y con una misión puramente espiritual. Encontrar hombres dispuestos a rea-

lizarlo, no era una empresa difícil en una sociedad en que preponderaba lo material. Entre los propios discípulos del Mesías podrían encontrarse quienes fueran fáciles al soborno para traicionarlo y entre los investidos de autoridad, para sentenciarlo.

Ahí están un Judas que lo vende por treinta monedas de plata y un Pilatos que se lava las manos pero lo entrega para no caer en desgracia con el pueblo y sobre todo con el César, cuya representación y cuyas prebendas de ninguna manera quiere perder. El drama del Calvario fué el resultado de la conjuración de la materia contra el espíritu. Esta fué la causa del drama. Exactamente la misma que en todas las épocas de la historia, ocasiona las pequeñas y las grandes tragedias de la humanidad.

En nuestro tiempo una caudalosa ola de materialismo pasa sobre el mundo amenazando sofocar el espíritu de la civilización cristiana. En algunas regiones la resistencia del espíritu ha sido ya quebrada y la fuerza de la materia ha prevalecido. No tengo necesidad de enumerarlas. En otras, entran en su período álgido la invasión de la materia y la resistencia del espíritu.

La lucha de la materia contra el espíritu es tan antigua como la humanidad. Le es congénita. La soportamos todos. San Pablo gritaba: siento dentro de mí dos fuerzas que se pelean por mí: la de la carne y la del espíritu. Es la gran prueba a que estamos sometidos mientras vivimos. Jesucristo nos la ha concretado claramente en sus últimos términos para que sepamos claramente el partido que debemos adoptar en la lucha del materialismo contra el espiritualismo: "Nadie puede servir a dos señores" cuyos intereses son contrarios. No es posible en consecuencia servir al oro y a Dios. Esclavizarse al oro implica independizarse de Dios; someterse a Dios es libertarse del oro. Dios es el espiritualismo. El oro el incentivo más poderoso del materialismo.

La lucha entablada en el interior de cada hombre, ha aflorado a la superficie como es forzoso y se ha extendido por toda la sociedad.

* * *

Dícese que la formidable lucha que decidirá de la suerte del mundo, se halla trabada entre el comunismo y el cristianismo. Es cierto. Pero he aquí una inconsecuencia desconcertante. Hay muchos que pretenden sumarse con los decididos a conjurar el peligro del comunismo y al mismo tiempo hacen lo posible para crear el medio en que el comunismo germina y prolifica. Ese medio es el materialismo de la vida. El comunismo es una de las exteriorizaciones del materialismo. Es una militancia definida y concreta. El materialismo es más genérico. Desde hace tiempo se lo comprueba en todos los sectores de la sociedad en unos con más desenfado; en otros con más refinamiento. Lo hemos venido advirtiendo y denunciando.

Hace más de un cuarto de siglo algunos predicadores del Evangelio levantábamos nuestras voces modestas pero sinceras y verídicas. Decíamos: "El evangelio no sólo hay que conocerlo, es necesario vivirlo"; "No sólo hay que creer, sino también vivir en cristiano"; "La moral hay que enseñarla y aconsejarla, pero ante todo hay que practicarla"; "No puede haber caridad sin justicia, y no puede haber justicia sin caridad"; "La mejor de las limosnas consiste en tender a tiempo la mano para que no se llegue a necesitar de la limosna"; "La retribución que se defrauda clama al cielo y su clamor golpea los oídos del Dios de Sabaot" (Santiago V, 4); "La propiedad es sagrada, no hay que suprimirla, pero hay que multiplicarla"; "La igualdad hay que establecerla en cuanto es posible, pero no abatiendo a los que están arriba, sino elevando a los que están abajo"; "Para que las desigualdades dejen de ser irritantes y provocativas, urge multiplicar las obras de positivo mejoramiento popular"; "Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres"; "La libertad debe estar antes que la paz".

Estas y muchas otras cosas decíamos, y no sólo no se nos oyó, sino que además se nos combatió. Los menos reaccionarios nos consideraban como turba-fiestas, y los más, como perturbadores de la paz, paz que no era el resultado de la previsión, sino una falsa paz, un quietismo en cuyo fondo bullían amenazas reivindicatorias. Y ese materialismo de la vida, que les impedía oír y evolucionar, ha producido un doble

efecto: por una parte, ha empobrecido el espíritu de la civilización, y por otra, ha exacerbado las reacciones de sus adversarios, incurriendo así en el ilogismo de los que pretenden levantar cadalsos a las consecuencias, después de haber instalado en tronos a los principios.

* * *

Cuando en épocas pretéritas hacíamos las advertencias a que me he referido no nos creíamos profetas. Eramos simples observadores de las ideas que impelían los grandes movimientos de la humanidad. Tampoco nos creemos ahora, cuando adelantamos la afirmación de que no pasará mucho tiempo hasta que los sectores y los partidos en que se dividen los pueblos del mundo queden reducidos a dos.

Todas las agrupaciones irán perdiendo su razón de ser en la medida que vayan desapareciendo, satisfechas o no, las aspiraciones circunstanciales que las crearon. Surgidas al conjuro de las exigencias de un momento histórico, demostrarán muy luego, la incapacidad de su contenido para solucionar los grandes problemas permanentes y universales de la humanidad. Quedarán sólo dos y frente a frente. La que pretenda solucionarlos haciendo entrar en juego los elementos materiales exclusivamente y la que haga intervenir en su justa preponderancia a los valores espirituales.

Y henos aquí al promediar nuestro siglo XX enfrentándonos ya con esta *disyuntiva final.*

El Papa, único depositario auténtico del espíritu de Jesucristo en la tierra, denuncia el hecho y cumple hasta el heroísmo con el deber de vigorizar la resistencia del espíritu para preservar de las funestas consecuencias del materialismo a Italia y con Italia al mundo. El duelo empeñado es de incalculable trascendencia y de proporciones ilimitadas. Por eso el Vicario de Jesucristo ha levantado vigorosamente su voz admonitora. No se trata de una ingerencia en política partidista. ¡No! Si así fuera, Pío XII habría callado, como quiere que calle la Iglesia en los debates de los partidos políticos en todo el mundo. Pero aquí no se trata de partidos, es decir, de las partes en que puede dividirse el pueblo. Trátase de todo

el pueblo y mejor aún, de toda la humanidad. Trátase de los derechos naturales otorgados por Dios al hombre, a todo hombre sin diferencia de partido, ni de clase, ni de raza: la libertad, la dignidad personal, la independencia individual, todo lo cual constituye el patrimonio del espíritu de la civilización cristiana. Y Dios ha confiado al Papa la misión de salvarlo y de transmitirlo a la posteridad, a cualquier precio, bien que sea el de la sangre y de la vida.

Si no lo hiciera, sobrarían quienes lo atribuyesen a falta de comprensión o a miedo. Y no puede haber falta de comprensión en quien ha sido puesto por el Espíritu Santo como vigía en el observatorio moral más elevado del mundo. Y menos puede haber miedo en quien representa a Jesucristo que le repite: "No temas a quienes sólo pueden matar los cuerpos". Nadie puede calcular la inmensidad de los desastres debidos, exclusivamente, al miedo, ese soplo helado que penetra en ciertos temperamentos hasta la médula, congelando y paralizando todas las reacciones aún las más legítimas y necesarias. El miedo es una de las deficiencias más fuertes y humillantes de la naturaleza humana. Por eso nadie lo confiesa. Y cuando de él se la inculpa, se defiende, pretendiendo disfrazarlo de prudencia. Unico homenaje que el vicio se ve precisado a rendir a la virtud.

Pero el Papa no tiene, no puede, no debe tener miedo. No conoce más que el temor santo de Dios y precisamente porque teme a Dios, no teme al mundo. Nos lo ha dicho y repetido tantas veces: ¡al Vicario del Mártir del Gólgota no lo intimida el Martirio! ¡Qué había de intimidarlo! si en este duro período de transición de la humanidad, nos está exhortando a todos a afrontarlo, si lo exigiera la preservación del cristianismo, que es la levadura espiritual de la civilización. Y a los que no se sientan capaces de elevarse a la altura exigida por esta hora en que nos toca vivir, a los cobardes, ¿no les estigmatiza con los anatemas de tránsfugas y traidores? He aquí una gloria exclusiva de los verdaderos cristianos, de la cual en ninguna circunstancia debemos hacernos indignos; nosotros no debemos imponer nuestras creencias matando a quienes propugnan las contrarias sino solamente muriendo en defensa de las propias.

No sé cuál será el próximo desenlace de este proceso de las fuerzas trabadas en lucha. Pero sé que los triunfos de la materia son siempre efímeros. Durante todo el desarrollo del drama del Calvario y del sepulcro, el triunfo estuvo al lado de la materia. El espíritu se refugiaba en tres o cuatro corazones de mujeres. Dentro y fuera del sepulcro no había más que tinieblas y despojos, como después de una batalla perdida. ¡Pero perdida y por poco tiempo! El espíritu es inmortal y guarda consigo la resurrección. No tiene que esperarla de nadie.

Baja del cielo un ángel y dice a las mujeres: no tengáis miedo en el sepulcro, como tampoco lo tuvisteis en el Calvario. El miedo es para los que confían en la materia. Buscáis el cuerpo de Jesucristo. Ya no está aquí. Pero no porque lo hayan secuestrado, sino porque según lo había prometido, ha resucitado. Id a anunciarlo a sus discípulos y en seguida lo veréis. Y lo vieron, resucitado y glorioso y saludaron en El, como continuarán saludando los cristianos de todas las épocas, a la razón de la fe, de la esperanza y del amor.

La lucha que comienza la humanidad en este nuevo período de su historia, abarcará tal vez una etapa de siglos. Lo ignoramos. Pero al fin el triunfo será siempre del espíritu. En la mañana de la humanidad, la victoria fué de la materia. Satanás la hizo caer valiéndose de la seducción de los sentidos. En su última tarde verá la apoteosis eterna del triunfo del espíritu. El ocaso será devorado por la gloria de la aurora que avanza del lado de la eternidad para que durante ella se regocijen los que en tiempo tuvieron la suerte de vivir convencidos de que el espíritu es quien todo lo vivifica y que la materia no sirve para nada.

* * *

El día histórico en que San Remigio derramó el agua bautismal sobre la frente del Rey Clodoveo en la Catedral de Reims, pronunció estas palabras: "Inclina la cabeza, fiero Sicambro, adora lo que tú has quemado y quema lo que hasta ahora habías adorado". El Rey salió del Templo presa de una

emoción intensa y derramando lágrimas. Al llegar a la puerta, se le acercó un niño candoroso y le presentó un lirio diciéndole: "Hijo primogénito de la Iglesia, he aquí el don que te regala el cielo". Desde entonces el lirio adornó el estandarte y condecoró las armas de Francia.

En estos tiempos de transición universal, más o menos inmediata, aplico al pueblo que se tiene por soberano aquellas palabras históricas: inclina la cabeza civilización de mi pueblo, que fuiste bautizada y llevas hasta ahora el nombre de cristiana; y promete quemar al materialismo que en los últimos tiempos has adorado, y adora entronizando en tu vida el espíritu que habías desalojado.

¡Si lo haces, la ola caudalosa del materialismo no continuará arrollándote hasta hundirte en el caos, sino que a la salida de la vieja etapa para inaugurar la nueva de tu historia el Angel de la resurrección se presentará ofreciéndote en su primitivo esplendor el lirio del cristianismo, cuyo perfume, es decir, cuyo espíritu inmortal guarda en sí la virtud de la resurrección!

DERECHOS Y DEBERES

Una vez más el mundo ha conmemorado el aniversario del Nacimiento del Niño Dios, acontecido en Belén hace 1948 años, y festeja hoy el comienzo del 1949.

Si esta celebración se hiciera consistir en festejos familiares, en regocijos públicos y en augurios amables, resultaría para nosotros tan innocua, como fué el acontecimiento histórico para la casi totalidad de los que vivían en aquella época lejana. Fué necesario que pasaran siglos antes que la humanidad contemporánea de Jesucristo asimilara las virtudes sobrenaturales que venía a proporcionarle el nacimiento del Hombre Dios. ¿Por qué? Porque en la época del advenimiento de Jesucristo la humanidad se hallaba excesivamente materializada. Los valores espirituales estaban desmonetizados: habían desaparecido de la circulación. Los romanos cuyo imperio se extendía por el mundo, sólo pensaban en conservar y aumentar por todos los medios, su dominación. Y los judíos que la soportaban sólo suspiraban por la reconquista de su libertad política y económica. Para ello el Mesías que anhelaban tenía que nacer en cuna regia y disponer de riquezas y de fuerzas. Un niño venido al mundo sin techo y en la mayor indigencia, ¿qué ventajas temporales podía prometerles? Hubo misteriosas señales en el cielo, ¿pero qué podían significar para una humanidad que vivía sólo de la tierra y para la tierra?

Por eso el Evangelista debió dejar consignada para la posteridad esta afirmación:

"El Verbo estaba ya en el mundo y el mundo no lo conoció; vino a su heredad y los suyos no lo recibieron: su luz fulguró entre las tinieblas y éstas no la percibieron".

* * *

Nuestra época se está asemejando demasiado a aquella en que se produjo el nacimiento de Jesucristo. ¿Acaso todos los males que lamentamos no proceden del recrudecimiento del sensualismo? No hay nada que adormezca y amortigüe tanto la sensibilidad del espíritu, como la concupiscencia de la vida. Y por eso en medio del sensualismo que se ha universalizado, el Vicario de Jesucristo está reiterando sus aldabazos para despertar las conciencias que parecen aletargadas.

Para que la recordación de la Navidad y la celebración del Año Nuevo resulten auténticamente cristianas, no bastan los festejos, los regocijos y los augurios. Es necesario que Jesucristo nazca en la humanidad.

En cada uno de nosotros se ha reproducido Adán, es decir: el hombre caído, con su propensión al mal. En el lenguaje evangélico se denomina: el hombre viejo. Ese hombre viejo debe morir, debe desaparecer de nosotros, para dejar su lugar al hombre nuevo, que es Jesucristo. Es necesario que en un grado más o menos perfecto, cada uno de nosotros pueda hacer suya esta afirmación de San Pablo: "Ya no soy yo quien vive en mí, quien vive en mí es Jesucristo".

* * *

Esto se logra con dos procedimientos. Con el de la Comunión Sacramental, haciendo que Jesucristo nazca realmente en nosotros para que nos asimile, nos eleve, nos divinice, haciéndonos vivir de su vida. El procedimiento de la transfusión de la sangre, sirve para conservar y para prolongar la vida natural; el de la transfusión de la divinidad, es para inyectar y acrecentar la vida sobrenatural.

Hay también el procedimiento de la Comunión espiritual. Dios es la verdad. "Ego sum veritas". Dios nos comunica su

Verdad, su Verbo. El Verbo de Dios, su pensamiento, su verdad se encarna en el lenguaje humano. El lenguaje humano introduce la Verdad de Dios en nuestra inteligencia. La hace nacer en nuestro espíritu. Tal es la función de la palabra de Dios.

Hoy están en boga muchas otras palabras. Las palabras de los hombres, sus doctrinas, sus ideas. Palabras, doctrinas e ideas puramente humanas que no transparentan la verdad. Ninguna inteligencia humana, por poderosa que sea, puede decir: "Yo soy la verdad". Sólo puede decir: descubro la verdad, digo la verdad. Pero por desgracia los hombres no levantan la mirada a la Verdad Eterna, y en su afán de sustituir las verdades divinas por sus ideas humanas, nos están circundando de tinieblas.

* * *

El materialismo de la vida y la confusión de las ideas, están impidiendo adelantar en el camino de la paz.

Existe una gran diferencia entre la conducta que observan los hombres cuando luchan por ganar la guerra y cuando lo hacen por establecer la paz.

Cuando pelean por ganar la guerra se muestran dispuestos a todos los renunciamientos y a todos los sacrificios, hasta el de la vida, que entre todos, es el supremo. Cuando trabajan por establecer la paz, parecen animados de una disposición contraria. Todos los esfuerzos que realizan son inspirados no por los renunciamientos, sino por las ventajas que pretenden obtener y por las posiciones que ansían conquistar.

Hace ya cuatro años que terminó la guerra: cuatro años que se trabaja por la paz, y dudo que hoy estemos más cerca de la consolidación de la paz, que de las vísperas de una nueva guerra.

Puedo confirmar estas observaciones con las siguientes palabras del Papa, dirigidas al mundo el 24 de diciembre: "Son dos los deberes sagrados que recordamos para mejorar las condiciones actuales de la sociedad humana: una inconmovible fidelidad al reinado de la verdad, traída al mundo

por el Redentor y un cumplimiento fiel de los preceptos de justicia y amor. Esta es la posición necesaria para el triunfo en la tierra de un orden social digno del Divino Rey de la Paz."

* * *

Ha sonado ya la hora en que los que deseamos libertarnos de toda complicidad, hablemos de deberes más que de derechos. Aquéllos son infinitamente más eficaces que éstos para establecer el reinado de la justicia y para fundar la paz. Durante una época demasiado larga, en todos los tonos y en todas las lenguas se han venido proclamando los derechos, sin que por eso se haya logrado que prevalezca la justicia ni que reine la paz. Es hora ya que con el mismo empeño, se comience a hablar de los deberes. Los deberes vuelven a los hombres más eficaces y los hacen más fuertes que los derechos. En efecto, los hombres pueden ceder sus derechos pero no faltar a sus deberes.

En una de las asambleas internacionales acaba de incurrirse en una falla de graves consecuencias. Al proclamarse los derechos humanos, se los ha despojado de su razón de ser y de su fuerza moral. Si los derechos humanos no dimanan de Dios Creador de la humanidad, ¿de dónde procedería su inviolabilidad? ¿De la ley? ¿Del Estado? Si así fuese, la inviolabilidad quedaría supeditada a la volubilidad de la naturaleza humana. Si los derechos humanos no provienen de la Justicia Eterna, ¿dónde radicaría la necesaria incorruptibilidad de la sanción terrena y ultraterrena?

El año que ayer terminó ha sido azaroso. Pero seríamos injustos si cerráramos los ojos a las luces que han fulgurado en medio de las tinieblas acumuladas sobre el mundo, en las regiones donde merced a la visión y la intrepidez de los que han cumplido con sus deberes de cristianos auténticos, ha renacido la esperanza con los éxitos obtenidos por los principios de la democracia genuinamente cristiana.

Con todas las ansias de mi alma auguro prosperidad a la Patria y paz al mundo en este año que comienza. El anhelo de

un año feliz para todos nos ha inducido a dejar señalado este día con la bendición del altar de nuestra señora de Fátima donado por una de sus acendradas devotas. No podíamos iniciar el año bajo mejores auspicios. Ella ha bajado a la tierra para decirnos que la paz de la conciencia, de la familia y del mundo, se logra con el perfecto cumplimiento de los deberes cristianos. Seamos fieles a las admoniciones de nuestra Madre y pidámosle que nos obtenga de su Divino Hijo un nuevo año más feliz. ¡Así sea!

AMOR AL TRABAJO

En el mundo de las mujeres que trabajan, varios centenares de corazones juveniles se hallan desde hace algún tiempo avizorando el solar en que nos encontramos, ávidas de sorprender la iniciación de los trabajos constructivos del edificio donde al fin encontrarán el nido acogedor de su seguridad y su consuelo ¿Por qué no han comenzado hasta ahora? Por uno de los efectos del pavoroso problema de la falta de viviendas. Hemos perdido mucho tiempo y durante él, mucho dinero —un millón trescientos mil pesos— hasta lograr el desalojo de once inquilinos que retardaban excesivamente la hora en que han de tener su techo propio más de trescientas empleadas solitarias, imposibilitando la demolición que, con la bendición de Dios se iniciará mañana.

Durante el tiempo que hemos debido perder para superar esta primera dificultad, han sobrevenido muchas otras: escasez de materiales y de mano de obra; aumento de precios y de salarios y disminución organizada en el rendimiento del trabajo. Pero éstas y otras dificultades más, ¿podrán impedir o demorar la iniciación de nuestra magna empresa? De ninguna manera; por las razones siguientes: porque todas las dificultades actuales, además de perjudicarnos, están volviendo cada día más afligente la situación angustiosa de las empleadas sin techo y sin familia; porque las dificultades no han de servir para triunfar de los hombres, sino los hombres han de servir para vencer a las dificultades; porque no se debe renunciar al derecho de la iniciativa privada, fuente de progreso social; y sobre todo, porque ninguna circunstancia, por adversa que parezca, es capaz de cerrar la mano infinitamente generosa y siempre abierta

de la Divina Providencia. Que las dificultades, por lo tanto, sólo sirvan para acrecentar el mérito de los que estamos resueltos a enfrentarlas por el amor de Dios y de nuestros hermanos más necesitados.

Los obstáculos nos hallan entrenados. La Casa de la Empleada fué iniciada y terminada en plena crisis y en plena revolución, contra quienes trataban de disuadirnos, en nombre de la prudencia puramente humana. La Casa Veraniega de Mar del Plata, fué proyectada sin disponer de un solo céntimo, ni para la adquisición del terreno ni para la construcción de su magnífico edificio. Era, se nos decía, una temeridad. Pero ahí están: aquélla desde 1932 y ésta desde 1942, prestando incalculables beneficios a decenas de millares de mujeres que trabajan; sirviendo de refugio a los sentimientos de humanidad, tan hostilizados en el mundo de hoy, y despertando la franca simpatía de argentinos y de extranjeros. Si en aquellas construcciones tuvimos éxito, ¿por qué no hemos de tenerlo también en ésta? ¿Acaso porque las dificultades son mayores? Lo son, en realidad; pero no nos intimidan, porque por encima de ellas, levantamos el corazón, receptáculo de energía, a lo más alto: ¡sursum corda! ¡Arriba los corazones! Arriba, que es donde se llenan de confianza, para poder seguir el ejemplo de aquellos discípulos de Cristo, que habiendo trabajado sin éxito durante toda una larga noche, reiniciaron su tarea exclamando: "¡Señor, a pesar de todas las contrariedades, echaremos las redes, en tu Nombre!"

* * *

Al mencionar algunas de las dificultades que deberemos vencer, hemos recordado la de la disminución organizada en el rendimiento del trabajo. Los veintiséis sindicatos adheridos a la F. A. C. E. están auténticamente constituídos por mujeres que trabajan. Es, pues, oportuno denunciar en su nombre esa táctica funesta. La F. A. C. E. hace pública su posición contraria a la norma que pretende generalizarse, de ganar cada vez más con la consigna de trabajar cada vez menos. La denuncia como violatoria de la justicia.

Durante la etapa histórica que termina, el capitalismo conculcaba los derechos del trabajo; durante la nueva que se inicia, el trabajo pretende defraudar los del capital. Si, entonces,

el capital cometía una injusticia al apreciar el trabajo como una mercancía, ahora comenzaría a cometerla el trabajo si se lo utilizara con defraudación. La F. A. C. E. propicia el aumento del salario exigido por el costo creciente de la vida, pero sostiene que hay que merecerlo, ganándolo con el trabajo ejecutado en conciencia. Si prosperara el sistema de sabotear la producción, los trabajadores serían, entre todas sus víctimas, los más castigados por el irrefragable y progresivo encarecimiento de la vida. Nuestras empleadas quieren sentirse dignas de levantar todos los días los ojos al Padre Celestial para decirle: el pan nuestro de cada día, dánosle hoy; pero no recibiéndolo de limosna ni robándolo, sino ganándolo con el trabajo honrado, que dignifica al hombre, lo redime y lo ennoblece. Procediendo así es como se beneficia al pueblo, se colabora con el gobierno ¡y se hace Patria!

* * *

Yo tengo el deber y el derecho de decir estas cosas. Hace algunas décadas no pocos de aquellos que pretendían defender la, así llamada, oligarquía, me tildaron de revolucionario; ahora, entre los que alardean de defensores del proletariado, no faltan quienes me consideran oligarca. Es la mejor demostración de que, fiel a los inconmovibles principios evangélicos, los altos y bajos de los intereses transitorios me hallan siempre situado en el justo medio. La justicia no es susceptible de exclusividades ni para los de arriba ni para los de abajo. Desde el momento en que comenzara a ser unilateral dejaría de ser justicia. El establecimiento de períodos durante los cuales, por turno, el capital extorsionara al trabajo y el trabajo al capital, traería como consecuencia la normalización de la injusticia, imposibilitando así la armonía entre las clases y la pacífica convivencia humana.

No he querido detenerme a considerar la ventaja o desventaja de denunciar estos riesgos de orden económico tan peligrosos para la paz social. No lo hice en el pasado, ni lo haré tampoco en el presente. La ventaja o desventaja del interés personal son cosas secundarias ante la incolumidad de la justicia. "Quærite primum regnum Dei et justitiam ejus", búsquese primero el

reino de Dios y su justicia; lo demás vendrá como por añadidura. Por encima de todas las conveniencias humanas, nosotros nos debemos a la verdad. Una sola cosa se nos puede exigir: que sea realmente la verdad, ¡y que se la diga con respeto!

Por lo que atañe a nuestras decenas de millares de mujeres desposadas con el trabajo, yo quiero cumplir hoy más que nunca con el deber de infundirles el amor cristiano del trabajo. Mi premio consiste en comprobar que lo realizan por conciencia, con lealtad y con orgullo.

Jesucristo confirió al trabajo una marcada preferencia. Mientras llegaba la hora de la redención, durante la cual los clavos fijarían en la Cruz sus manos divinas, las encalleció con el trabajo cotidiano, necesario para el sustento de la familia. Cuando tuvo ante sí a una muchedumbre acosada por el hambre, no multiplicó el dinero sino el pan, fruto del trabajo. Y cuando fueron a exigirle, en nombre de la autoridad civil, el pago del tributo, dijo a Pedro: "Acércate al mar, tira el anzuelo y hallarás una pieza de cuatro dracmas, tómala y paga al César el tributo por mí y por ti. He ahí la preferencia divina por el trabajo. ¡Bien justificada, por cierto! El dinero es un valor convencional de origen humano; el trabajo es una exigencia natural, de procedencia divina. El trabajo disciplina, redime y ennoblece. El gran apostolado del momento es el de infundir en el proletariado el amor al trabajo, porque el gran daño que hoy se está causando a la Patria y a la humanidad, es el desgano por el trabajo.

Permitidme terminar con el anuncio que os hará compartir mi júbilo, de que nos hallamos en las vísperas de la iniciación de los trabajos que levantarán aquí el Hogar de la Empleada sin techo y sin familia. La edificación se inicia. ¿Es que ya disponemos del capital necesario? Todavía no. Pero disponemos de lo que la generosidad de argentinos y extranjeros, de muchos pobres y de algunos acaudalados, nos ha hecho llegar. Dios lo sabe y El los recompensará sobreabundantemente. En su oportunidad, el público conocerá esas dádivas. Deberá darse cuenta minuciosa de todas ellas. Invertiremos la suma de que disponemos, y continuaremos alargando la mano por el amor de Dios y de nuestros hermanos. Las socias de la F. A. C. E. se empeñan con una dedicación emocionante; pero son pobres como yo. No

nos lamentamos de nuestra pobreza, que más bien nos honra. Es la librea exigida a todo el que aspira a desposarse con Cristo. Todos deben resolverse a vestirla, aun los ricos, que deben hacerse pobres de espíritu, es decir, pobres por el desprendimiento de las riquezas. Por lo que respecta al sacerdote, su mejor nobleza la constituye su pobreza. Es la que reconoce Dios y bendice el pueblo. El sacerdote cuanto más pobre más edifica al pueblo y más consuela a la Iglesia, porque esta Madre lo encuentra más semejante a su Hijo.

Pero porque somos pobres necesitamos la ayuda de todos, sin exclusión alguna de nacionalidad, de clase, de política, de raza ni de religión. El Hogar de la Empleada sin familia tiene que ser un monumento de confraternidad cristiana y de conciliación humana. Ayúdesenos a erigirlo cuanto antes. Sirva de estímulo esta consideración final. Si alguien se detuviera a enumerar las inconsecuencias en que incurre la sociedad su número sería causa de alarma. Una de ellas es ésta: si alguien se halla en peligro los oídos suelen hacerse sordos a las demandas de auxilio; pero cuando sobreviene el desastre, cuando se produce el desenlace del drama, todas las recriminaciones, todos los anatemas parecen pocos para fulminar a los que sucumbieron porque nadie les tendió la mano a tiempo. ¿Y hay alguien que se encuentre más asediada de peligros físicos y morales que la empleada solitaria? La sociedad tarda demasiado en comprender que al prestar un digno refugio a los millares que se encuentran en tales condiciones, no tanto favorece a ellas y me estimulan cuanto se protege a sí misma. El bienestar que se procura a cada uno de los sectores populares, es el seguro más eficiente de la paz social.

Señores: esperanzados en la ayuda privada y pública y puesta nuestra fe en la Divina Providencia, ante quien interviene siempre victoriosamente nuestra querida Teresita, echaremos las redes en el nombre de Dios, y mañana, 5 de julio, comenzarán las obras de nuestro bendito Hogar.

¡Ninguna celebración más promisoria y más jubilosa del Día de la Empleada, para el bienestar del pueblo y la grandeza de la Patria!

EL MENSAJE DE FATIMA

La Iglesia Primacial de la República abre sus puertas de par en par para acoger en su seno a la Madre, que entra en su efigie representativa de la más reciente de sus apariciones documentadas.

Celestial Peregrina bajo del cielo a Fátima y desde allá inicia su peregrinación por toda la tierra. No se conforma con esperar a que nosotros vayamos como lo hace bajo otras advocaciones. Ella viene. Se constituye en Misionera. Esta vez viene desde el templo dedicado a su Corazón, al de la Santísima Trinidad.

Advirtamos que los trayectos que en sus peregrinaciones recorre, quedan siempre sembrados de flores. Las flores son las maravillas preferentemente de orden moral, que a su paso realiza.

¡Quién sabe cuántas de esas flores se han abierto durante la procesión de esta noche! La claridad vacilante de las antorchas no las descubre a las miradas de los que nos hallamos en la tierra; pero desde el cielo se perciben las nuevas estrellas que se encienden al paso de la Reina y Madre sobre el suelo de esta Nación que Ella quiere salvar. ¡Que las estrellas se multipliquen sobre toda la extensión del territorio de la Patria, para formar bajo la Cruz del Sud, una nueva y grandiosa constelación espiritual!

Ahora que nos hallamos rodeándola en este sagrado recinto, bendigámosla y pidámosle que nos haga comprender el Mensaje que nos ha venido a traer y que nos lo haga cumplir. Bien sabemos que en el plan divino, todos los bienes que necesitamos nos llegan por Ella y que todos los males que tememos nos los aparta Ella. Y como Ella en la luz de Dios está

viendo que los males que amenazan a nosotros y al mundo son terribles, se adelanta a prevenirnos. ¡Es un gesto de madre! Cuando la madre descubre que un gran peligro amenaza a su hijo, corre y vuela hasta él. He aquí el porqué de la aparición de la Virgen de Fátima. Viene del cielo trayéndonos un mensaje. El mensaje de la posibilidad de nuestra salvación. Se trata de una doble salvación: individual y colectiva: salvación del alma y liberación de la guerra. Viene a decirnos que Dios pone nuestro destino en nuestras manos. Somos los árbitros de nuestra suerte. Esta depende de nuestra libre elección. Es la eterna táctica de Dios. Dios repudia la violencia. Confía nuestro destino a nuestra libertad. Sólo así la humanidad es responsable. Desde Fátima la Virgen anuncia a la humanidad contemporánea que si quiere puede salvarse con la gracia de Dios que nunca la niega. Pero sin pérdida de tiempo. ¡Si se decide a vivir el cristianismo, se salva; si se resiste, se pierde!

* * *

Para salvar el alma debe cada uno de nosotros cristianizar su vida individual. Para liberarnos de la guerra debemos cristianizar la vida social. Tal es el Mensaje de Fátima.

¿Cómo se cristianiza la vida individual? Jesucristo lo ha dicho inequívocamente: "el que quiera seguirme, niéguese a sí mismo". Es decir: reprima los malos instintos, mortifique las propias pasiones. Sin esto, el cristianismo no es auténtico. Sin esto no hay más que sensualismo, ese sensualismo que en nuestros días está sofocando al espiritualismo en los diversos órdenes de la vida. ¡Qué subversión y qué vergüenza en civilizaciones que continúan llamándose cristianas! Lo que hoy se cotiza por encima de todo, son los valores materiales. ¡Con éstos se compra todo! Los valores espirituales están en baja, están por el suelo. Y, ya lo sabemos, cuando el espíritu predomina sobre la materia, florece la civilización, pero cuando la materia prevalece sobre el espíritu, cunde la barbarie. La verdadera civilización comienza cuando se vive el cristianismo. Y sólo cuando reina el espíritu se salvan las almas.

* * *

El mensaje de Fátima nos advierte además que de nosotros depende la liberación de la guerra. De toda guerra, interior y exterior, civil e internacional, regional o mundial.

Para asegurar esta liberación, es imprescindible cristianizar la vida social. ¿Cómo? Amando al prójimo. Corresponde aquí una segunda afirmación: Sin el amor al prójimo el cristianismo deja también de ser auténtico. Más aún: deja de ser cristianismo. Cuando el alma se separa del cuerpo, muere el hombre; cuando el amor fraterno no informa al hombre, muere el cristiano. Y cuando en el hombre muere el cristiano, muere también la esperanza de la liberación de la guerra. Y sólo cabe repetir: "déjese que los muertos sepulten a sus muertos".

* * *

Dígase y hágase cuanto se quiera, sin amor no puede haber paz, ni doméstica, ni social, ni internacional. Los cristianos de hoy olvidan la inspirada advertencia de San Pablo a los cristianos de todos los siglos: "Aún cuando yo hablara con toda la elocuencia de los hombres y de los ángeles; si no tengo caridad, soy lo mismo que un bronce que vibra y que una campana que suena. Si poseyera el don de la profecía y penetrase todos los misterios y conociese todas las ciencias, y si además tuviese tanta fe como para trasladar las montañas; si no tengo caridad, no valgo nada. Si fuera dueño de grandes bienes y los distribuyese entre los pobres, y entregase además mi cuerpo a las llamas; si no tengo caridad, todo eso no me sirve de nada".

Pero ¿puede hacerse todo esto sin caridad? Sí, puede hacerse: lo afirma San Pablo y lo confirma la experiencia. ¿Acaso no se continúa hablando de caridad por todas partes? Se habla y se hace. Pero no es la caridad del cristianismo, no es la caridad auténtica recomendada por el Apóstol. Es una caridad desmonetizada, que se la confunde con la dádiva. Y no hay que confundir la caridad con la dádiva. Puede haber caridad sin dádiva y dádiva sin caridad. Porque puede darse por ostentación, por interés o por política.

La caridad auténtica no es precisamente la que se hace

consistir en dar, sino en darse. Dar lo que se tiene no siempre es caridad; es caridad dar de lo que se es.

Dar de lo que se tiene puede ser justicia: sólo cuando se da con algo de lo que se es, es caridad. Sin esta caridad ni el clero, ni el pueblo, ni los gobiernos del mundo pueden no ya establecer la paz, pero ni aún hablar con sinceridad de ella. El Vicario de Jesucristo al clausurar el Congreso Eucarístico Nacional de Brasil acaba de proclamarlo, hace hoy una semana: "La crisis social, ha dicho, que en la actualidad aflige a la humanidad, sólo podrá resolverse mediante una justicia inspirada por la caridad.

"Esta caridad debe ser sincera, generosa, desinteresada; capaz de nivelar todas las diferencias de raza, de suprimir todas las distancias sociales, de conciliar todos los antagonismos de clase y de sobreponerse a todos los intereses encontrados. Solamente de esta manera desaparecerá la crisis social que aflige a la humanidad, crisis que no tiene ninguna solución fuera de la solución cristiana de una justicia inspirada por la caridad".

* * *

Prevalece en nuestros días como preocupación mundial la incertidumbre acerca de la guerra. En el mensaje celestial de la Virgen se la alude directamente y se la hace depender de la actitud que adopten los hombres. Abundan todavía los que continúan pensando que con la preparación para la guerra se logrará el afianzamiento de la paz. He aquí el error que persiste como resto de la barbarie que confía a la fuerza y no al derecho, la solución de los litigios. Todavía la humanidad no ha progresado lo bastante en el culto de la justicia para reemplazar la máxima: "Si quieres la paz, prepara la guerra", por esta otra: "Si quieres la paz, prepara la paz". Cifrar la paz en el arrasamiento de las regiones prolíferas de ideas disolventes, equivale a ignorar la filosofía y olvidar la historia. Las ideas salvadoras no se imponen matando sino muriendo por ellas.

Quienes las vuelven victoriosas, no son los tiranos sino los mártires. Bien claramente lo ha demostrado al mundo,

Nuestro Señor Jesucristo: "Cuando yo haya sido clavado en la Cruz y levantado en alto, entonces comenzaré a atraer a todos hacia mí".

Ni los comunistas, ni los totalitarios desaparecen por medio de la bomba atómica. A los enfermos no se los sana matándolos.

La solución que busca la humanidad no está en las energías que atomizan y desintegran, sino en los principios vitales que aproximan, unen e identifican. Por fortuna, el espíritu no es susceptible de disgregación porque es simplicísimo. Lo mismo es el amor. Por eso el espíritu triunfa de la materia y el amor es más fuerte que la muerte. Todo el que ama desinteresada y generosamente, puede repetir con San Pablo: "¿Quién será capaz de separarme del amor a Jesucristo, y podemos añadir, del amor al prójimo? Ni el hambre, ni la amenaza, ni la violencia". Cuando la voluntad de los hombres se haya unificado por amor con la voluntad de Dios, desaparecerán las discordias y las guerras.

El mundo comenzará a tener menos de infierno y más de cielo, cuando los hombres se decidan a traducir en hechos esto que pronuncian con palabras: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". "Como en el cielo", es decir: ¡con espontaneidad, con libertad, con amor!

* * *

La confirmación de todo esto la tenemos en una de las más reconfortantes revelaciones de Lucía, la vidente de Fátima: "Rusia va a convertirse y se establecerá la paz en el mundo, tan pronto como haya un número suficiente de católicos, que obedezcan a Nuestra Señora del Rosario de Fátima".

En consecuencia nuestra misión es el cumplimiento del Mensaje celestial: Vivir el cristianismo en lo individual y en lo social. Y para ayudarnos en el cumplimiento de este propósito, rezar devotamente y en familia el Rosario que es la contemplación de los misterios de nuestra redención, invocando a nuestra Reina y Madre.

* * *

No hay más que dos fuerzas en el mundo: la material y la espiritual. Tarde o temprano, pero infaliblemente, la espiritual triunfa sobre la material. No lo olvidemos, la historia es maestra: cuando el oriente en tiempos del Papa San Pío V pretendió echarse sobre el occidente y sepultarlo entre sus ruinas; para detener el aluvión pudo más el rosario que el cañón.

Reverendos Padres del Corazón de María, y devotos de la Santísima Virgen de Fátima: Si yo pudiera atribuirme la representación del clero y del pueblo de la República, os daría las gracias en su nombre por haber inaugurado las peregrinaciones de su imagen, porque los favores preferentes que a su paso multiplica son espirituales. ¡Qué consuelo y qué esperanza! En nuestros tiempos abundan más los enfermos del alma que los del cuerpo. En vísperas de la guerra del catorce se dijo que el mundo de entonces era un mundo sin alma: ahora tendríamos que decir del nuestro, que es un mundo sin corazón, sin amor. ¡Está enfermo de odio!

Aquí pues, ante la efigie de la Madre del Amor, resolvemos comenzar nuestra colaboración con ella, haciendo nuestra, esta plegaria del seráfico y dulce San Francisco de Asís:

"¡Señor, haz de mí un instrumento de tu paz! Allí donde haya odio que yo ponga amor. Donde haya ofensa, que yo ponga perdón. Donde haya discordia, que yo ponga unión. Donde haya error, que yo ponga verdad. Donde haya tinieblas, que yo ponga luz. Donde haya tristeza, que yo ponga alegría. "Amén".

EL AÑO SANTO

El principal objetivo de nuestro reciente viaje ha sido el mismo que está decidiendo el de tantos millones de creyentes que irán a Roma desde todas las naciones del mundo: la celebración del Año Santo.

Me parece, pues de interés y de actualidad, iniciar esta conferencia con una noción sintética acerca de su origen y de su esencia.

El origen del Año Santo es eminentemente popular. Por vías misteriosas transmitíanse a través de los siglos y las generaciones, las reminiscencias de los Jubileos y del Gran Perdón del Antiguo Testamento. El Nuevo Testamento no es otra cosa que la Cristianización y el perfeccionamiento del Antiguo.

En las épocas subsiguientes a las grandes convulsiones de Europa, reaparecía siempre el fenómeno de la necesidad del espiritualismo. Después de los fracasos de los ensayos materialistas, sobreviene siempre un desencanto, un remordimiento, una necesidad de volver a Dios y de obtener su perdón. En los siglos del renacimiento de la verdadera fe, las ansias de Dios, hacían volver las miradas a Roma, residencia de su Vicario en la tierra.

Dos ancianos de Beauvais recordaban el Gran Perdón del año 1200. Un español emparentado con Santo Domingo de Guzmán, declaró ante el Papa que en ocasión de un jubileo anterior, teniendo 15 años, había llegado a Roma y que volvía al iniciarse el siglo con el propósito de lucrar la nueva indulgencia.

En la Navidad de 1299, observóse en Roma un movi-

miento inusitado que rememoraba las épocas del primitivo fervor cristiano. En el Vaticano se confrontaban con diligencia las tradiciones orales. En sus archivos, sin embargo, no existía documentación oficial. Pero la movilización de las almas creyentes, ansiosas de reconciliación con Dios, era una hermosa realidad. El pueblo sentía hambre de perdón y de paz.

El 22 de febrero, fiesta de la cátedra de San Pedro, el Papa Bonifacio VIII, publicó desde los balcones de la basílica de San Juan de Letrán, la bula denominada "Antiquorum habet fida relatio" — "El fidedigno relato de los antepasados atestigua". Seis días después se trasladó a la Basílica de San Pedro; rompió los sellos de un rollo de pergamino; y leyó la bula. Hizo luego una alocución al pueblo y fué a depositarla sobre el altar del primer Vicario de Jesucristo, como se hacía con los documentos de trascendencia extraordinaria. La bula decía: "A todos cuantos en el presente año de 1300, y en todos los años centésimos del porvenir, visiten las basílicas de San Pedro y de San Pablo, con profundo respeto, y sinceramente arrepentidos y confesados, Nos, concedemos la completa remisión de todos sus pecados".

El origen de semejante jubileo había sido, como dijimos, eminentemente popular. Pero cuando el otorgamiento de la gran indulgencia fué anunciado oficialmente por el Vicario de Jesucristo, el mundo entero se conmovió. Aristócratas y plebeyos; industriales y filósofos; artistas y literatos; ricos y pobres; estadistas y poetas, sentíanse impelidos a formar en las filas de las piadosas caravanas que se organizaban en todas partes para acudir a Roma, ávidas del Gran Perdón. Los peregrinos que sumaban millones crearon serios problemas a la ciudad de Roma. En las proximidades de la pirámide considerada como la tumba de Rómulo y del puente de Sant'Angelo, fué necesario abrir en las murallas circundantes dos puertas más: una para los que se dirigían a San Pedro, otra para los que volvían. Las muchedumbres que, como las aguas acrecidas de los ríos corren por sus cauces, se movían por las estrechas calles de Roma, llegaban rumorosas rezando y cantando a la escalinata de la Basílica y la subían de rodillas como cinco siglos antes lo hiciera Carlo Magno. Internadas

en su recinto imponente, desahogaban su emoción y volcaban sus ofrendas. Alguien pudo dejar escrito: "que los reyes de nuestra época se avergüencen, al verse superados por los donativos procedentes del trabajo de los humildes".

Un gran escritor llegado de Florencia, escribió las crónicas de los doscientos mil peregrinos con quienes había convivido en Roma durante algunos días. Y otro hijo de Florencia dió la nota saliente de aquel memorable jubileo. Abrumado bajo las angustias de su espíritu, deambulaba un día por las calles de aquella su ciudad histórica y poética y al pasar por la puerta de un convento se detiene maquinalmente y da un aldabazo. El hermano portero abre y le pregunta: "¿Qué buscas?" El contestó: "¡La paz!" En busca de la misma se ha marchado a Roma formando parte de la piadosa caravana investigadora del secreto del perdón. Llegado a Roma hállase melancólico y pensativo en medio del júbilo universal de los espíritus que lo rodean. Se recoge dentro de sí mismo y auxiliado por su talento poderoso, medita profundamente el misterio de los grandes movimientos humanos, causados por las inquietudes infinitas del espíritu. Y en la profundidad de su meditación tuvo la visión admirable de los contrastes en el reino de la tristeza y de la alegría, de la desesperación y de la esperanza, de la impotencia de la materia y de la preponderancia del espíritu, del remordimiento de la culpa y del júbilo del perdón, de lo que conduce a la muerte y de lo que devuelve la vida. Y ante esa admirable visión de su genio, concibe su obra maestra de la Divina Comedia.

¡Dante creyó que su viaje a Roma durante el Año Santo era un designio de la Providencia, porque sintió en lo más hondo de su alma, grande y atormentada, que Dios le hacía experimentar el intenso júbilo de la grande Indulgencia para que pudiera revelar al mundo angustiado en cualesquiera de las épocas que sólo en la luz de la verdad divina puede hallar su salvación, que sólo en la vitalidad del espíritu puede esperar su resurrección y que sólo en la misericordia infinita puede gustar el júbilo de su reconciliación con su propia conciencia, con la humanidad y con Dios! ¡Quién sabe si la más grande gloria de aquel primer Año Santo oficializado, no fué el haber causado la inspiración del inmortal poema!

Dante había gustado intensamente el júbilo del perdón. Paréceme que el júbilo del hombre que se siente perdonado sólo puede compararse con el hombre que venciéndose a sí mismo se resuelve a perdonar. Dícese que la venganza es el placer de los dioses. Pídase cuenta de ello a quienes lo dicen, porque yo no conozco a los dioses y no los conozco porque no existen, sino sólo para aquellos que tienen interés en endiosar sus pasiones. ¡Lo que conozco por la revelación y por la experiencia es que el perdón es el placer de Dios y el placer de los hombres que creen y confían en Dios!

* * *

El segundo jubileo fué el año 1350. La Santa Sede había sido trasladada a Avignon. Era pontífice Clemente VI. Teniendo en cuenta la brevedad de la vida, dispuso que el jubileo fuese celebrado cada cincuenta años. Por análogas razones posteriormente el plazo quedará reducido a veinticinco.

En 1550, durante el Año Santo celebrado por el Papa Julio III, se creó la Archicofradía de la Santísima Trinidad por San Felipe Neri. Esta fué un prodigio de providencias para los concurrentes a los jubileos posteriores. En 1575 el Año Santo inaugurado por Gregorio XIII, el día de la apertura de la puerta santa, se congregaron cuatrocientas mil personas. Uno de esos peregrinos fué el autor de la "Jerusalén libertada", Torcuato Tasso.

El de 1650 fué inaugurado con extraordinaria solemnidad por el papa Inocencio X. Numerosas delegaciones extranjeras y el patriciado romano acrecieron su esplendor. Más que éste, sin embargo, edificó al mundo la humildad del Pontífice que lavó los pies a siete peregrinos pobres y los sirvió a la mesa. La penitencia rivalizó con la humildad.

El cardenal Lante de la Rovere, de noventa años, cubierto de cilicios visitó descalzo las basílicas quince veces y subió de rodillas la Escala Santa. Un eminente peregrino fué desde Baviera hasta Roma a pie, llevando sobre sus espaldas una cruz de ciento sesenta libras. Viajó de esa manera durante cinco meses.

* * *

Una serie de acontecimientos obstaculizó la solemnidad de varios años santos.

Todos conocen las grandes dificultades por que debió atravesar el largo pontificado de Pío IX.

Correspondió a León XIII la gloria de reiniciar su celebración con pompa extraordinaria, solemnizando así cristianamente la terminación del siglo XIX y la iniciación del XX. Cúpome la dicha de ser testigo presencial de aquel acontecimiento. Por esta causa y por otras que demarcan etapas de mi vida, confío en que puedo permitirme alguna evocación personal.

¡León XIII! ¡Astro de primera magnitud en la constelación de los pontífices de la Iglesia, cuyo genio fulgurante iluminó el ocaso del siglo XIX y la aurora y el meridiano del XX!: ¡Con cuánta claridad nos descubristeis la senda que conduce a la meta de la pacificación social! ¡Cuántos desastres irreparables, cuántas generaciones juveniles, cuántas lágrimas, cuánta sangre, cuántas "matanzas inútiles", cuántos retrocesos de la civilización a la barbarie, habrían evitado al mundo los que debieron aplicar las directivas de vuestra "Rerum Novarum" a la positiva elevación moral y material del pueblo, en vez de limitarse a ponderarlas o a servirse de ellas para polemizar con los adversarios!

Durante su pontificado glorioso, la nave de la Iglesia debió superar la confabulación de los más difíciles y complicados embates. La masonería internacional concertaba alianzas; el maximalismo esencialmente materialista descristianizaba y sublevaba las masas trabajadoras, el filosofismo ateo se empeñaba en eliminar a Dios de las regiones universitarias, los estados pontificios habían sido arrebatados a la Santa Sede y el Vaticano había quedado reducido a ser una reclusión augusta.

En tan duras y críticas condiciones, León XIII impuso a todos los sacerdotes del mundo la recitación de una plegaria compuesta por él, que debía hacerse al pie del altar en que se celebrase el Santo Sacrificio de la Misa. ¿Qué ordenó que se pidiera en ella para obtener el triunfo y la exaltación de la Iglesia? ¡No la protección ni la tutoría de los poderosos,

sino sólo la libertad! "Pro libertate et exaltatione Sanctæ Matris Ecclesiæ".

¡Nos enseñaba con esto que la Iglesia para ejercer su misión y para triunfar no tiene otra necesidad que de la libertad! Sus armas no fueron ni serán jamás ni el oro ni la fuerza. Jesucristo, su Divino fundador, le ha dejado dicho que quien se subordina a la riqueza no es digno de servir a Dios, porque deja de ser libre y al rehusar el auxilio de la fuerza le advirtió también que quien a hierro mata a hierro muere. La Iglesia actúa sobre las almas y los medios de que debe valerse son puramente espirituales: la verdad y la moral. Jesucristo no inauguró su reino sobre la tierra, matando sino muriendo por la verdad; ni lo estabilizó halagando la materia, sino exigiendo la moral.

Bajo ese pontificado y recibiendo esas lecciones, fuí ordenado de sacerdote con dispensa de edad el 23 de diciembre de 1899 y el 25 celebraba mi primera Misa en la capilla del Colegio Pío Latino Americano. El 24, día intermedio, ante una muchedumbre inmensa formada de pobladores de todos los continentes, León XIII, a los noventa años de edad, en la plenitud de su lucidez mental procedía con toda la pompa litúrgica a la apertura de la Puerta Santa que Dios me permitió presenciar animado del fervor de mi iniciación sacerdotal.

¡Si entonces alguien hubiese intentado profetizarme que cincuenta años DESPUES, en 1949, celebraría yo la misa el 23 de diciembre en el altar de la cátedra de San Pedro y el 25 en el mismo en que celebraba la primera, confieso que me habría costado creerlo!

* * *

¿En qué consiste la apertura de la Puerta Santa?

Después de las reiteradas promulgaciones del Año Santo, éste se inicia con la imponente ceremonia de la Apertura de la Puerta Santa, en la Vigilia de Navidad. Dicha ceremonia se realiza conjuntamente en las cuatro grandes basílicas de Roma. En la de San Pedro, se celebra con solemnidad indescriptible porque en ella actúa en persona el soberano Pon-

tífice. En la mañana de ese día, el Papa se dirige con su corte a la sala denominada "de las tapicerías", donde se encuentran ya reunidos los cardenales y los más altos dignatarios de la Iglesia. Se reviste con hábitos pontificales blancos, y va luego a la Capilla Sixtina, donde se ha expuesto el Santísimo Sacramento.

Después de haberlo adorado e incensado, el Sumo Pontífice recibe de manos del Primer Cardenal Diácono un cirio dorado, adornado con una cinta de seda blanca bordada en oro. Otros cirios son distribuídos luego entre todos los asistentes, cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos de las diversas regiones del mundo. Se entona el himno de invocación del Espíritu Santo "Veni Creator Spiritus" que continúa cantando la capilla pontificia. Se organiza la procesión solemne que desciende por la Escala Regia hasta el atrio de la basílica.

En otras épocas la procesión salía a la Plaza y rodeaba el obelisco central. El atrio se adorna con cortinados rojos y candelabros y se levantan tribunas destinadas a las representaciones extranjeras, cuerpo diplomático, patriciado y personajes ilustres. El pueblo se congrega en el recinto de la basílica, donde se reservan sectores para los peregrinos. Junto a la Puerta Cerrada se erige el trono del Pontífice. Cerrando la procesión cardenalicia y episcopal sobre la cual se mueven avanzando pausadamente varios centenares de mitras blancas, llega el Papa conducido en la silla gestatoria y escoltado por la Guardia Noble. Una vez llegado, baja de la silla y sube al trono y al terminar el canto del himno el Papa desciende de él con mitra; entrega el cirio encendido al Primer Cardenal Diácono y recibe del Cardenal Penitenciario un martillo de plata con empuñadura de marfil. Se aproxima a la puerta y da con él un primer golpe diciendo en latín: "Abreme las puertas de la justicia". En seguida reitera un segundo golpe agregando: "Yo entraré hasta Vos, Señor". Y golpea por tercera vez ordenando: "Abrid las puertas porque Dios está con nosotros". Los cantores pontificios responden cada vez a las las instancias del Papa con las secuencias litúrgicas. Al tercer golpe de martillo, el muro que ha sido seccionado con anterioridad por los "Sampietrini", se desprende como por arte mágico y cae hacia el interior de la Basílica sobre un soporte

montado sobre rodajes y es apartado inmediatamente de su sitio. El Papa vuelve a subir al trono y recita las plegarias correspondientes mientras los Penitenciarios de San Pedro, limpian con esponjas empapadas en agua bendita el piso sobre el cual se apoya la base de la Puerta Santa.

En ese momento los cantores entonan el salmo: "Regocíjese en Dios toda la tierra". Entonces el soberano Pontífice, teniendo en la mano izquierda el cirio encendido y en la derecha la cruz que le ha entregado el Cardenal Diácono, baja del trono y va a arrodillarse en el centro del umbral de la Puerta Santa. Entona en seguida el "Te deum laudamus", que se continúa cantando solemnemente mientras el Papa se incorpora y entra solo y el primero en la Basílica. Síguenlo después la corte pontificia, los cardenales, patriarcas, arzobispos, obispos, el cuerpo diplomático, y completando el séquito imponente los que tuvieron la dicha de presenciar en el pórtico la ceremonia solemne, impresionante, inolvidable. Esta vez cúpome la suerte de estar ubicado frente a la Puerta Santa, a una distancia de unos ocho metros.

Terminados los ritos solemnes de la iniciación del Año Santo en el interior de la basílica, se reorganiza la majestuosa procesión y retorna al Vaticano volviendo a subir por la Escala Regia. El pueblo desde ese momento comienza a entrar con emoción profunda por la Puerta Santa arrodillándose sobre el dintel, ávido de alcanzar el Gran Perdón y la condonación de las penas merecidas por sus pecados. Lo que acontece entonces en la intimidad de las almas ofrece un espectáculo ante el cual toda la exterioridad magnífica de la ceremonia que acabo de describir, resulta pálida. Pero eso está reservado a las miradas de Dios y de sus ángeles. ¡Cuántos regresos al redil, cuántos hijos pródigos volviendo al padre, cuántos arrepentimientos, cuántas resurrecciones, cuántas transfiguraciones! ¡Tal es la finalidad sobrenatural del Año Santo!

* * *

Corresponde ahora consignar algunas de las lecciones que por cierto serán imperecederas, recibidas en nuestro viaje por Francia y por Italia.

En estos tiempos, los que se deciden a viajar deben disponerse a superar una serie de preocupaciones: pasaportes, aduanas, moneda. Nosotros, aunque peregrinos, éramos también viajeros. Pero con cuánta satisfacción nos corresponde cumplir con un deber de justicia, al dejar constancia pública de que para todos nosotros, por disposición de los altos funcionarios gubernamentales de aquellos dos países, no hubo fronteras. Mejor dicho: las hubo, pero sólo para proporcionarnos la gratísima sorpresa de sentirnos no solamente liberados de toda investigación, sino además distinguidos con omnímodas franquicias. Pero hay más. La grata sorpresa que nos causaban estas primeras deferencias, se convertía en emoción intensa cuando se nos anunciaba que seríamos objeto de recepciones oficiales, no obstante nuestro carácter puramente privado.

La recepción efectuada en el Palacio Massena, por el Presidente de la comuna de Niza, y por el obispo de la diócesis; la ofrenda en los históricos salones del Hotel de Ville de París, en la catedral de Notre Dame, en la Basílica del Sagrado Corazón en Montmartre, en el Instituto Católico de París y antes de salir de Francia en los salones del municipio de Dijon; así como los discursos pronunciados por los jefes de las comunas y por los obispos de las diócesis, han jalonado nuestro viaje con acontecimientos inesperados, cuyo recuerdo nos reconfortará siempre en la vida. En todas partes se nos recordaba que veían en nosotros a nuestra patria; y esto, al paso que justificaba los desproporcionados homenajes, acrecía nuestro orgullo de argentinos. En todas esas oportunidades, como es natural, debí improvisar algunas palabras de agradecimiento en nombre de mis queridos acompañantes y en el mío propio.

Dije en una oportunidad que al tributar esos conmovedores homenajes a nuestra patria, demostraban tener conciencia del alma de nuestro pueblo que se siente espiritualmente emparentado con el de Francia. Para demostrarlo bastaba recordar un hecho acontecido en estos últimos años. Un día, los diarios anunciaron la liberación de París. La noticia electrizó a la sociedad. Toda ella, sin distinción de clases, ni de sangre, ni de raza, ni de política partidaria, se dió esta cita: "A la plaza de Francia". Y su monumento se halló en un instante cubierto de flores, y las flores quedaron mojadas con lágrimas, y al

evaporarse las lágrimas subían a la atmósfera electrizada con la vibración de las voces que cantaban el grito francés y argentino: "Le jour de gloire est arrivé!"

Y en ocasión de la recepción ofrecida en el aula magna del Instituto Católico de París por su rector ilustre, dije que Francia se incorporaba de nuevo para reiniciar la marcha de la pacífica conquista de las inteligencias. Esa conquista no se hará nunca por medio de la fuerza material. Uno de sus más grandes oradores del cual esos muros guardan vivos recuerdo, dijo que en el mundo no hay sino dos fuerzas: la física y la espiritual; la de la espada y la de la idea, y que a la larga, la de la espada queda siempre vencida por la de la idea. ¡Que el Instituto Católico de París, corone con éxito su sublime misión de purificar de sus desviaciones profanas, a las tres grandes ideas de libertad, igualdad y fraternidad, restituyéndoles la pureza de su auténtica procedencia cristiana, para la paz y el progreso de la humanidad!

* * *

Después de los dos días inolvidables pasados en la hermosa y plácida Suiza, entramos en Italia con las franquicias ya mencionadas. Al llegar a Milán se nos anuncia la recepción que el "Síndaco", es decir, el Jefe de la Comuna, había resuelto ofrecernos en los suntuosos salones de la sede del Municipio. Las señoras y los caballeros de nuestra comitiva fueron obsequiados con sendos claveles y con un vino de honor. Se formaron grupos y se entablaron conversaciones cordiales. El mío, lo constituían el "Síndaco", el vice y otros funcionarios. La conversación se vuelve pronto afectuosa y efusiva. El "Síndaco" es socialista, simpático, dinámico, comunicativo; el vice, democrático cristiano. Por casualidad, o mejor por causalidad —porque en todo hay causas misteriosas— el clavel que había tocado al "Síndaco" era rojo, el del vice, rosado y el mío blanco. La circunstancia me resultó oportuna para recordar que en los años de mi formación en Roma, el clavel blanco era el distintivo de los jóvenes democráticos cristianos. A este propósito se hicieron alusiones directas y afectuosas.

Llega el momento del discurso del "Síndaco", que fué

conceptuoso y expresivo, terminado el cual me obsequió con una plaqueta de bronce con la efigie de San Ambrosio, patrono de Milán. En mi respuesta, aludiendo a los claveles, dije: No es tanta la distancia que separa al rojo del rosado y al rosado del blanco. En todo caso, prescindo de los claveles que tienen todos su tallo verde, y elevándome con la imaginación a regiones más altas, fijo mi atención en los colores rojo, blanco y verde, que son los de la bandera de Italia, bajo cuyos pliegues veo con júbilo a sus hijos fraternizando, no obstante la diferencia de sus credos políticos, para colaborar en la tarea común de la reconstrucción y el engrandecimiento de Italia.

* * *

Hemos recorrido casi toda Italia. Hemos podido comprobar con gran satisfacción que el país se recupera en forma acelerada y perseverante. ¡Cómo nos convendría descubrir el secreto de ese esfuerzo generoso de resurgimiento! ¿Cuál es? El de todos los esfuerzos nobles. ¡El amor! ¡El amor a la familia y el amor al trabajo! He observado que en Italia el amor a la familia tiene raíces milenarias, profundas. En la época actual, allá como en todas partes, las masas trabajadoras pugnan por el aumento de los salarios, porque éstos están resultando siempre inferiores a los precios. Los salarios suben como por escaleras, los precios como por ascensores. Pero allí la ambición de salarios mayores no es fomentada como en algunas partes por la pasión de poder holgar, beber, jugar, dilapidar. ¡No!, sino por el anhelo de poder subvenir a las necesidades de los padres; de vestir, de alimentar y educar a los hijos; de mejorar o ampliar la vivienda; de adquirir una pequeña propiedad. El establecimiento de la paz social no resultará de la abolición, sino de la multiplicación indefinida de la pequeña propiedad. ¿Acaso los inmigrantes con su afán de poder enviar sus ahorros a sus familias, no constituyen una bella prueba de esta verdad? Y no se eche nunca en olvido que la familia es la célula de la sociedad. Como sean las espigas serán las mieses. Lo que sean las familias será la sociedad.

El secreto del resurgimiento de Italia está, además, en un

segundo amor alimentado por el amor a la familia: el amor al trabajo. Una de las peores epidemias entre las que pueden debilitar y hacer peligrar a los pueblos, es el desgano del trabajo. El trabajo es ley divina: "Comerás el pan con el sudor de tu frente". Es, además, ley redentora: el esfuerzo que pone en actividad el cerebro o el músculo dignifica, perfecciona y redime. Esta ley que produce esas dos sublimes consecuencias, no podrá ser sustituída por ninguna invención humana sin terminar con el progreso y la paz de los pueblos.

La fórmula: ¡a menor esfuerzo mayor recompensa es suicida y no procede de la actividad que redime, sino de la holganza que enerva!

Tales son algunas de las saludables lecciones que nos brindaba Italia, mientras al pasar por sus campiñas transformadas en jardines y por los blancos caseríos de sus poblaciones reconstruídas, parecía saludarnos con el reflorecimiento de su perenne vitalidad.

* * *

Durante las largas excursiones realizadas, hemos recogido algunas otras también.

Resulta siempre singularmente aleccionador el espectáculo de las ruinas imponentes que recuerdan a las nuevas generaciones, las grandezas de las épocas y de los hombres que pasaron. De los emperadores de la edad antigua, de la media, de la contemporánea y de los que pretendieron serlo en la moderna. Hemos vuelto a contemplar las ruinas de los coliseos, los teatros, los mercados, los circos, las termas y los foros; de los arcos de triunfo, las pirámides, las columnas, los monolitos y los obeliscos. Hemos visitado los grandes palacios conservados para museos, los castillos feudales, los "chateaux de la Loire".

¡Cuánta grandeza, cuánta riqueza, cuánto oro, cuántos metales, cuántos mármoles! .. ¡Cuánto fausto, cuánto sibaritismo, cuánta ambición! ¡Y para satisfacer esas pasiones, cuántas expoliaciones perpetradas en todo el mundo, cuántas guerras, cuánta opresión, cuánta servidumbre, cuánta esclavitud!

Hemos contemplado también las grandes ruinas que aún

restan de las últimas guerras provocadas por quienes se dejan enceguecer por la ambición, que es la más demoledora de las pasiones.

Y al presenciar el contraste que nos ofrecía el noble esfuerzo de la reparación de aquellas ruinas, no podíamos dejar de exclamar: ¡Hacen más por la humanidad los humildes labriegos que con el viejo azadón remueven la tierra para plantar una legumbre que mitigue el hambre causada por la guerra, que todos los poderosos que empeñaron su dinero y su genio para crear las máquinas de la destrucción! ¡Hacen más por la humanidad las hermanitas consagradas a hacer sonreír a los niños defectuosos, a los inválidos que forman siempre el saldo fatal de las guerras, que todos los grandes ambiciosos que causaron tanta miseria, tanta viudez y tanta orfandad!

* * *

Pero por dicha nuestra, hemos tenido además otras visiones que han reconfortado nuestros espíritus, elevándonos a regiones sublimes donde se respira aire de cielo: ¡Lourdes, Lisieux, Asís, Roma! Es el momento de levantar los corazones para dejarlos cantar su gratitud al Señor. Sólo a Dios se debe el singular beneficio de no haber tenido que lamentar ni el más mínimo inconveniente desde la salida de Buenos Aires hasta la llegada a Buenos Aires. La longitud de las distancias recorridas, la diversidad de los climas, la diferencia de las alturas, no nos han perturbado la salud y tal vez a todos nos la han mejorado. Las altas cumbres blanqueadas por las nieves. Las laderas de las montañas exuberantes de vegetación. Los rientes valles fecundizados por los arroyos alimentados por cascadas espumantes. Las praderas tendidas como esmeraldas inmensas luciendo toda la gama del verdor. La multiplicidad de los árboles en quienes parecía haberse estacionado el otoño, como para que alcanzáramos a deleitarnos con la policromía de sus hojas. En fin, toda la naturaleza nos incitaba a cantar el salmo: "Benedicite omnia opera Domini, Domino" —¡Bendecid al Señor todas las creaturas del Señor!

En este estado de espíritu llegamos a Lourdes. En la concavidad de la montaña privilegiada nos aguardaba Ella, la Madre, representada en su efigie blanca, con su nívea túnica, su faja celeste, su rosario de perlas, sus ojos abiertos, sus manos juntas y sus rosas de oro sobre los pies. ¡El mundo de sentimientos elevados que se formó en nuestros espíritus cuando al atardecer caímos de rodillas ante Ella y cuando en los dos amaneceres celebramos en la gruta bendita la Santa Misa, queda guardado en el relicario espiritual de las almas!

Cuando nos aproximábamos a Lisieux prorrumpimos con espontaneidad en una imploración colectiva. Era natural. Constituía el segundo objetivo de nuestra peregrinación. La congregación de Santa Teresita de la Parroquia de San Miguel era su organizadora. La Federación de Asociaciones Católicas de Empleadas prospera bajo su patrocinio. Y sobre todo, conducíamos la reproducción auténtica de Nuestra Señora de Luján para ser colocada en el altar de los argentinos en la nueva Basílica.

En las primeras horas de la mañana del 21 de noviembre de 1949 la conducíamos procesionalmente a la capilla del Carmelo. Colocada junto al altar mayor frente al coro de la comunidad, donde se hallaban presentes las dos hermanas que sobreviven a nuestra Teresita, y las demás religiosas, inicié la celebración del Sacrificio de la Misa en la cual tuve la dicha de darles la santa comunión en el mismo lugar donde diariamente la recibía su santa hermanita. ¡Y las plegarias de los peregrinos subían mezcladas con las de ellas, por nuestras intenciones, por nuestras familias, por nuestra patria!

A pesar de los rigores de la estación invernal en la región de la Normandía, Sor Inés, casi nonagenaria, nos iba a recibir en el locutorio. Su aparición nos produjo una emoción que no es como las de este mundo. Es toda celestial. Ha de ser algo semejante a la que sentirán sus hermanas cuando se les aparece Teresita. Los labios enmudecen. ¡Sólo habla el corazón!...

Allá en el amplio recinta de la grandiosa basílica, que como el Carmelo y como "Les Buisonettes" quedó intacta en medio de la destrucción general, será colocada Nuestra Señora de Luján. Cuando Teresita a los diez años de edad, so-

portó aquella misteriosa enfermedad que parecía mortal, Nuestra Señora en una imagen que adquirió vida, sonriéndole, le devolvió milagrosamente la salud. Ahora está junto a su urna y se la venera como a la "Virgen de la sonrisa". ¡Teresita a su vez intercederá para que Nuestra Señora de Luján, patrona de la República, sonría a nuestra patria! Así nos lo asegura la carta que una semana después, durante nuestra segunda visita me entregó sor Inés. Dice así: "Quedo profundamente reconocida por las generosas ofrendas que Vuestra Excelencia me ha entregado de parte de los peregrinos y de los devotos de Santa Teresita en la Argentina, y por la imagen tan bella y tan preciosa de Nuestra Señora de Luján destinada a la capilla votiva de la Argentina en la nueva basílica. Llegue a todos la seguridad de mis plegarias, de las de Genoveva de la Santa Faz y de toda la comunidad. Tenemos la firme convicción de que nuestra queridísima santa, recompensará tanta generosidad para con ella y responderá a la confianza en ella depositada, esparciendo sobre todos sus bellas "rosas" celestiales. ¡Que ella cubra con su protección a la Argentina, donde es tan amada!... Sor Inés de Jesús".

* * *

Después de Lisieux, evoquemos a Asís. Las dos localidades se hallan muy separadas en el territorio y en la historia. ¡Pero cuán próximas, o más bien, cuán identificadas por el misticismo que irradian! Al encontrarse en ellas se pregunta uno si estos oasis del alma continúan formando parte del mundo en que vivimos y si son regiones pobladas por nuestra misma humanidad! Estas callejuelas de Asís, estrechas y modestas, en ascensión indefinida ¿adónde nos llevan? ¿No es cierto que nos alejan de la tierra y nos aproximan al cielo? A medida que avanzamos, sentimos que el espíritu se nos va oxigenando con saludable misticismo. Cómo se siente que ahí vivió, se santificó y murió el hombre que más se asemejó a Jesucristo. Cuando San Francisco pasaba por las calles de Asís, sus contemporáneos respiraban una atmósfera de paz y de confraternidad cristiana. Ahora, cuando después de tantos siglos las recorremos nosotros, experimentamos la misma sensación. Aquí no nos

inquieta la ambición, nos encanta la humildad, no nos seduce el sensualismo, nos atrae el renunciamiento, no nos deslumbra la riqueza, nos subyuga la pobreza.

En los claustros de Santa María de los Angeles, donde murió San Francisco, nos detuvimos ante una estatua que lo representa con los ojos puestos en el cielo y las manos tendidas hacia la tierra con las palmas casi juntas y vueltas hacia arriba. Sobre ellas, echadas ya para dormirse —era el anochecer— había dos tórtolas blancas como la nieve. Movían la cabeza, abrían los ojos, pero no se intimidaban. El franciscano que nos acompañaba nos hizo notar que el hecho se viene repitiendo desde hace muchas décadas. Allí anidan y allí se reproducen las palomas. ¡Oh! si los que vivimos en esta hora tormentosa y apasionada del mundo nos resolviésemos a anidar en el espíritu de renunciamiento, de pobreza y de paz del Seráfico de Asís.

* * *

¡Si ante estas evocaciones confrontamos los sentimientos que provocan los hombres que se dejan dominar por las pasiones terrenas, con los que se resuelven a seguir las inspiraciones celestiales, ¡cuán diametralmente distintos los encontramos! y también, ¡qué diversidad de suerte la que aguarda a los unos y a los otros en la apreciación de las generaciones que los suceden!

¿Quién bendice hoy los nombres de los que pretendieron hacerse grandes subyugando clases, razas y pueblos por la fuerza o por el temor? ¿Quién los venera, quién los invoca?

¡En cambio todos queremos y pedimos que el renunciamiento, la humildad, la confraternidad y la paz cristiana de San Francisco, comiencen a reinar en nuestro mundo!

* * *

Roma. ¡Oh, Roma! ¡Centro augusto del universo de las almas! ¡Capital de la patria de los espíritus, donde todos los creyentes de las diversas naciones de la tierra se sienten conciudadanos! ¡Ciudad del Vaticano! ¡Territorio minúsculo, ape-

nas suficiente para que pueda asentarse sobre él, la sede del soberano moral de todo el mundo! ¡Cómo me agradaría poderme detener en la evocación de las elevaciones sublimes que nos habéis proporcionado, si no me lo impidiesen los límites de una conferencia!

Pero debo conformarme con la recordación de algo que no puedo, que no debo omitir, porque es la sanción de mi pasado, el estímulo de mi futuro y la corona de mi vida: la carta del soberano Pontífice Pío XII.

"Al Venerable Hermano Miguel de Andrea —Obispo Titular de Temnos; Pío Papa XII. Venerable Hermano: Salud y Apostólica Bendición.

Con grande satisfacción hemos sabido que próximamente vas a celebrar en Roma el quincuagésimo aniversario de tu ordenación sacerdotal. El anuncio de este fausto acontecimiento Nos proporciona la oportunidad de confirmarte Nuestra estimación y benevolencia y de acrecer tu alegría con Nuestra autoridad. Porque desde la iniciación de tu ministerio, sostenido por una egregia piedad y dotado de doctrina sagrada y elocuencia, desempeñaste con solicitud las misiones que te fueron confiadas, en primer término tu cargo parroquial, y elevado a la dignidad episcopal, con mayor dedicación y celo te consagraste con redoblado afán al bien y progreso de las almas.

Y debe considerarse digna de especial alabanza, la obra de tan grande utilidad que fundaste para prestar el apoyo de la caridad y la religión a las mujeres dedicadas a las actividades civiles y comerciales. Por todo ello, Venerable Hermano, al mismo tiempo que te felicitamos de corazón, por el prolongado y solícito desempeño de tu sagrado ministerio pedimos al Señor para ti todo cuanto pueda serte saludable y próspero. Y como auspicio de tales dones celestiales y en testimonio de Nuestro particular afecto, impartimos amantísimamente la bendición apostólica a ti, Venerable Hermano, a los que colaboran contigo en tus obras y a todos los que están confiados a tu actividad y solicitud.

Dada en San Pedro, el día veinte de diciembre de 1949, undécimo de Nuestro Pontificado. Pío P. XII".

Tres días después, el 23 de diciembre, en presencia de los

cardenales, patriarcas, arzobispos y obispos, dirigiéndose a todo el mundo, el Papa pronunciaba su magistral discurso de apertura del Año Santo. Los asistentes se aproximan luego a besarle la mano. Al llegar mi turno extiende sus brazos paternales y me hace esta pregunta: ¿Le satisfizo la carta? —Santidad, inmensamente, aunque me humilla el convencimiento de no haberla merecido.

De todas maneras, vuelvo a afirmar que ese documento es la suprema sanción de mi pasado y el más grande estímulo de mi futuro.

Adquiere un relieve singular el reconocimiento y la aprobación de la doctrina expuesta durante mi apostolado sacerdotal. He atravesado períodos oscuros y difíciles. He debido superar obstáculos y seducciones. Pero expuse siempre la verdad sin presunción y al mismo tiempo sin cobardía. Aun en medio de las contrariedades no falté jamás el respeto a nadie ni con mi actitud ni con mi palabra. Para mí todas las personas son sagradas, todos los hombres son hermanos; los únicos adversarios son el error y la mentira. Aun cuando estaba seguro de la doctrina porque no es mía sino del Evangelio y de la Iglesia, tuve momentos de secretas angustias cuando arreciaban la confusión y los riesgos. ¿No sería más oportuno enmudecer? Y me decía: Pero si por miedo silencio la verdad, ¿no la traiciono?

San Pablo nos grita que la palabra de Dios no se encadena y Jesucristo nos enseña que la luz no es para esconderla.

La angustia de la oportunidad podía torturar la conciencia del sacerdote hasta el momento de adquirir seguridad de que su predicación se ajusta bien a la mente de la Iglesia. Y la hora de esa seguridad definitiva, ya sonó para mí. ¡Loado sea Dios!

Entonces, ¿estaba yo en lo cierto e interpretaba la doctrina verdadera cuando repudiaba las dictaduras soviéticas y totalitarias y establecía la preferencia del sistema democrático de gobierno que implica la elevación del nivel moral y material del pueblo para ponerlo en condiciones de saber gobernarse a sí mismo?

¿Estaba en lo cierto y era oportuno cuando combatía el

nacionalismo cerrado, exclusivista y agresivo y lo estigmatizaba como a germen abominable de las guerras?

¿Y cuando sostenía que los hombres no somos más dichosos porque hemos comenzado a vivir la hora de los derechos y que lo seríamos si se inauguraba la hora de los deberes?

¿Y cuando defendía el humanismo cristiano, afirmando que cuando se comienza por dejar de ser humano, se termina por dejar de ser cristiano?

¿Y cuando afirmaba que para la Iglesia es preferible a la protección, la independencia?

Y en fin, ¿estaba yo en la verdad y mi predicación era oportuna, cuando defendía la libertad afirmando que es en el orden natural, después de la vida, el don supremo del Creador; que sin libertad la vida no vale la pena de ser vivida porque deja de haber responsabilidad y sin responsabilidad no hay ni mérito, ni heroísmo, ni santidad y que por todo ello se debía defender tanto como la inviolabilidad de la vida, la inviolabilidad de la libertad?

El Vicario de Jesucristo acaba de decirme que sí. Y los polvos que levantaban mis afirmaciones pretendiendo oscurecerlas acaban de ser aventados por la brisa purificadora y refrigerante que nos ha llegado desde las alturas del Vaticano. Continuaremos, pues, más seguros que nunca la predicación de la verdad, purificándola, indefectiblemente, envuelta en el ropaje del amor.

Proseguiremos también con cristiana perseverancia la obra iniciada en beneficio exclusivo del pueblo y últimamente auspiciada por el Soberano Pontífice que anhelando consolidarla y engrandecerla, otorga paternalmente su Bendición Apostólica a cuantos colaboren en ella. Colaborad por lo tanto conmigo, solicitando la ayuda que hoy más que nunca necesito para continuar y terminar el edificio del Hogar de la Empleada sin familia. Ningún miramiento humano puede justificar la falta de apoyo a esta obra destinada a llenar el gran vacío de que lamentablemente adolece nuestra Capital.

Mis cincuenta años de sacerdocio pueden bastar para infundir en todos las convicción de que al hablar y al realizar, no busco ni quiero nada más que servir desinteresadamente a mi patria, sirviendo abnegadamente a Dios.

AMAR

"TRAHAM EOS VINCULIS CHARITATIS" — Oseas 11-4
Los atraeré con vínculos de amor

El generador perenne de la vida es el amor. Es la ley que actúa en el orden divino y en el humano. Todo cuanto existe ha sido creado por amor. Porque Dios es amor. El amor de Dios a los hombres, crea el amor de los hombres a Dios y el amor a Dios, crea el amor entre los hombres que mutuamente se reconocen hijos e imágenes de Dios.

El amor es a su vez el gran nivelador. El amor acorta las distancias y suprime las diferencias. "Similes invenit aut facit". Los encuentra iguales o los hace. Induce dulcemente a los de arriba a descender hasta los de abajo y a éstos les pone alas misteriosas para elevarlos hasta los de arriba. Esto revela el error funesto de los sistemas que pretenden establecer la igualdad fomentando el odio entre las clases. ¡No! Sólo el amor es quien establece conjuntamente la fraternidad y la igualdad.

Abramos la historia del cristianismo y leamos sus primeras páginas. Ellas contienen la narración emocionante de la edad de oro del amor cristiano. Reinaba en el mundo pagano la más profunda división entre las patrias, las razas y las clases. El extranjero era el enemigo irreconciliable del ciudadano, el aristócrata del plebeyo, el señor del esclavo. El estado normal era el de la servidumbre. El Cristianismo inicia la más grande y universal de todas las revoluciones, pero no por medio de la violencia sino del amor. El paganismo desata contra él las más implacables y sangrientas de las persecuciones. Y mientras éstas se ceban sobre la superficie de la tie-

rra al grito de "Los Cristianos al fuego", "Los Cristianos a las fieras", los cristianos se refugian en las catacumbas. En ellas se encuentran extranjeros y connacionales, negros y blancos, aristócratas y plebeyos, señores y esclavos. Todos adoran al mismo Cristo, nutren sus almas con la misma eucaristía y sus cuerpos con los mismos alimentos; forman un solo corazón, un alma sola. San Pablo escribe entonces a las gentes: "Ya no hay judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer. Todos están ya igualados y unificados en Jesucristo".

El amor es, pues, el alma de la convivencia humana, y el sostén de la verdadera civilización. La ausencia del amor, y peor aún, el odio, es por el contrario quien origina la barbarie, la guerra, el suicidio social. Cuando uno rememora las escenas del salvajismo, experimenta una rebelión contra los tiempos en los cuales se realizaron. Pero ¿para qué indignarse contra la historia? Hoy, en la plenitud de la civilización del siglo veinte, cuando se ha eliminado a Dios, cuando se ha apagado el amor cristiano, y ha renacido en su lugar el egoísmo, germen de la rivalidad y del odio, hemos comprobado exterminios, masacres, bestialidades, de las cuales no teníamos idea, porque nos parecía imposible que pudieran engendrarse en la naturaleza humana.

* * *

Conviene recordar hoy porque es el día del gigantesco drama del Amor. El Verbo de Dios se encarnó por Amor. Y en un día como hoy se inmoló por Amor. Por el amor de la gloria de Dios y de la salvación universal de los hombres.

Por razones misteriosas creyó necesaria la colaboración de la humanidad en la redención, y creó una creatura humana dotándola de un corazón con una capacidad casi infinita de amor. ¡Es la que eligió para Madre!

Para madre suya y de los hombres que quiere redimir. Cuando creó el sol, puso en él una reserva inmensa de luz y de calor para que sus rayos pudieran tocar y licuar a los copos de nieve que se estacionan en las más altas cimas de las montañas, y alcanzar y fecundizar las briznas de la hierba que nace en las profundidades de los valles.

Cuando creó el corazón de María, lo dotó de una capacidad sin límites para el amor. La "Llena de gracia" es también llena de amor.

El Evangelio al narrar la escena de la entrevista del Arcángel con la Virgen Nazarena, durante la cual le ofrece de parte de Dios la maternidad divina, consigna un detalle, desbordante de misterio. Dice que la Virgen se estremeció. ¿Y cómo no había de estremecerse? ¡Ella conocía por la revelación y el conocimiento de las Escrituras, que a la dignidad de Madre de Dios se hallaba asociada la de Reina de los Mártires y pensaba si tendría el amor necesario para superar tanto martirio! ¡Ella sabía que a la autoridad de Madre de los hombres, estaba vinculado el perdón que debería implorar hasta para con los verdugos de su Hijo, y dudaba si tendría el amor suficiente para sentir tanta piedad! ¿Cómo, pues, no habría de estremecerse?

¡Oh, Madre desolada! ¡Frente a todos estos acontecimientos, toca a nosotros estremecernos! ¿Qué sería de nosotros si tú hubieres rehusado tu consentimiento?

No nos corresponde divagar por las hipótesis de la suerte que habríamos corrido, ni de la desesperación en que estaríamos hundidos en el tiempo y en la eternidad; lo cierto es que en el plan divino que conocemos, sin la libre aceptación por parte de la Virgen el Verbo no se habría encarnado en sus entrañas, ¡y sin Verbo encarnado no habría habido redención!

Comprendamos, pues, la deuda de amor que tenemos para con esa Madre que a tales martirios se ha sometido a causa de habernos aceptado por hijos.

* * *

Suele decirse: "Nobleza obliga". Bien está, ¡pero inmensamente más obliga el amor! Si hemos recibido gratuitamente tanto amor, ¿por qué no nos decidimos a dispensar ese amor?

Nos lamentamos del estado en que se halla el mundo, sin caer en cuenta de la culpa que a cada uno de nosotros corresponde. El mundo se encuentra así y quién sabe hasta dónde sucumbirá, porque hemos dejado de practicar el primero y más grande de los preceptos, que es el del amor.

Hasta hace poco pudo decirse: es un mundo sin espíritu; Hoy, para definirlo con exactitud hay que agregar lo peor: es un mundo sin amor, un mundo sin corazón. Y es éste el signo de la decadencia. Al notarlo San Pablo en el paganismo, anunció que estaba muy próximo el derrumbe del imperio.

* * *

Si de veras queremos contribuir a salvarnos, debemos comenzar por la práctica del precepto divino del amor.

Caín, poseído del espíritu maligno mató a su hermano. ¿Por qué lo mató? Por envidia. La envidia engendra el odio y el odio la muerte. La muerte del odiado y la muerte del que odia. Dice el Evangelista del amor: "Sabemos que hemos sido transportados de la muerte a la vida porque amamos a nuestros hermanos". Y continúa diciendo: "El que odia a su hermano, es homicida". Esta afirmación del Evangelio parece excesivamente enérgica. Pero si reflexionamos un momento veremos que es exacta. ¿Acaso no la oímos con lamentable frecuencia? ¿No hemos oído decir más de una vez: "Fulano para mí está muerto"? ¿Quién lo ha muerto? El que así se expresa; porque con ello revela que él lo ha suprimido de su corazón.

El Evangelio contiene esta segunda afirmación: el que no ama es suicida. Voluntariamente se quita la vida sobrenatural de la caridad. El texto evangélico dice: "Qui non amat manet in morte", el que no ama está muerto.

El Evangelio condena el odio donde quiera que se encuentre. No lo tolera en nadie, ni contra nadie. El que niega uno de los dogmas se separa de la Iglesia; el que odia uno solo de sus semejantes, se aparta de Jesucristo.

¡Con cuánta razón escribió San Agustín: "Haced cuanto queráis la señal de la cruz, responded en coro el amén, cantad el alleluya, recibid el bautismo, colmad nuestras iglesias... Todo esto no me convence todavía de que sois cristianos. Una sola es la señal inequívoca de los verdaderos hijos de Dios, distinguiéndolos de los de Satanás: el amor"!

* * *

El amor cristiano es lo único que puede salvar al mundo. El mundo se halla entre las garras de la muerte, porque se ha materializado, y se ha materializado porque en él ha renacido y se va vigorizando el viejo paganismo. Para vivificarlo es necesario, es imprescindible desenterrar de las catacumbas el cristianismo primitivo, el cristianismo originario, el cristianismo auténtico. ¡Contra el materialismo integral no hay otra reacción que la del Evangelio integral!

* * *

Hay, en las ceremonias de este día una escena imponente. Poco después de iniciados los divinos oficios, el celebrante empieza a quitar el velo que durante la semana de Pasión cubría la efigie del Crucificado. Después lo coloca sobre el pavimento y lo adora. Y mientras los fieles continúan la adoración, recita las lamentaciones que pone en labios de la Víctima la santa madre Iglesia.

Nos hallamos acompañando en su Soledad a la Augusta Madre de Jesucristo. Ella, la corredentora, es en este momento el altar palpitante sobre el cual se ha tendido el cuerpo exánime del que acaba de ser inmolado. Consumado ya el martirio, todo el anhelo de la Madre se concentra en que no resulte estéril. Escuchemos con reverencia filial de sus labios maternales las lamentaciones que nos dirige: "Pueblo mío, nos dice —cada uno de nosotros pertenece a ese pueblo que apostrofa— pueblo mío, ¿qué te ha hecho mi Hijo, en qué te ha contristado? Respóndeme.

¿Hay algo más que hubiese podido hacer por ti, que no lo haya hecho? El te plantó en su heredad y te cultivó como a una vid elegida, y tú te le has vuelto muy amarga, porque en su sed devoradora lo has abrevado con vinagre. El hizo saltar del seno de la piedra aguas vivas para que no murieras de sed, y tú le has abierto el costado con una lanza, sacándole del corazón las últimas gotas de sangre y agua. El castigó al Egipto que te esclavizaba, privándolo de sus primogénitos, y tú lo has hecho azotar por tus verdugos. El te condujo de retorno a la patria guiándote por el desierto con la luz de una nube, y tú lo hiciste conducir al Pretorio de Pilatos.

El te alimentó con maná en tu larga peregrinación para que no murieras de hambre y tú en su sed lo has abrevado con hiel. El te preparó una diadema de predilección y un cetro de libertad, y tú has contribuído a poner en su cabeza una corona de espinas y en sus manos una caña para burlarlo. El lo ha hecho todo para levantarte de tu postración, y tú lo has elevado del suelo clavado en una cruz. Pueblo mío, ¿qué mal te ha hecho, en qué te ha contristado? ¡Respóndeme!"

¡Esto nos está diciendo a cada uno de nosotros esa Madre desolada, mientras nos lo presenta en su regazo maternal en forma tan distinta a cuando nos lo ofrecía en Belén! Cada uno de nosotros sabe lo que debe contestar en el fondo de su conciencia.

* * *

Jesucristo vino al mundo para redimirnos. Para su efectividad es necesaria nuestra cooperación. La cooperación consiste en la sujeción de la materia y la prevalencia del espíritu. La generación contemporánea de Jesucristo se había vuelto materialista. Resolvió, en consecuencia hostilizar al Redentor y suprimirlo. Para esto era necesario desprestigiarlo, indisponerlo con el pueblo.

Es lo que continúan haciendo los perseguidores de todos los tiempos, según acaba de decirlo el Papa, al dictarse la sentencia de un juicio que ha conmovido al mundo. La sentencia promovida contra un Eminente Cardenal de la Iglesia desde las márgenes del Danubio, ha levantado en las márgenes del Tíber un grito de indignación digno de la eternidad de Roma. En ese grito, proclama el Pontífice que es característica común a los victimarios de todos los tiempos, no contentarse con aplastar físicamente a sus víctimas, sino que se empeñan en presentarlas como sujetos despreciables y odiosos ante la Patria y la sociedad.

¿Quién no recuerda los mártires romanos, de quienes habla Tácito, sacrificados bajo Nerón y presentados como incendiarios, traidores al imperio, enemigos del gobierno y aún del linaje humano? Los modernos perseguidores, continúa diciendo, en su afán de dominación absorbente se muestran sus

dóciles discípulos y superan a sus maestros, gracias a los continuos avances de la astucia y de la técnica, intentando satánicamente intoxicar las facultades mentales de sus víctimas para eclipsar el esplendor de su heroísmo.

Las persecuciones llenan de amargura el alma del Pontífice, pero al mismo tiempo, ¡loado sea Dios!, la colman de satisfacción la falanges de los buenos, cuyas virtudes están evocando los primitivos tiempos del Cristianismo por el mérito de la fortaleza y por la gloria del martirio.

El mundo sigue las alternativas del martirio físico y moral de una de las grandes víctimas.

La Unión Internacional de Ligas Femeninas Católicas, entidad constituída por organizaciones de sesenta Países, acaba de levantar su voz. En su carácter de órgano consultivo de la Organización de las Naciones Unidas, la ha instado a que utilice todos los medios conducentes a obtener la revisión del proceso al Cardenal Mindszenty, abriendo así el camino a otras reparaciones judiciales que se refieren especialmente a eminentes personalidades encarceladas por sus convicciones religiosas o sus opiniones políticas.

El proceso de revisión se ha iniciado pero si no se lograra un pronunciamiento reivindicatorio, habría que perder toda esperanza en la eficacia de la Declaración de los Derechos del Hombre a los cuatro meses de haber sido promulgada. Y esa falla sería la primera demostración de su ineficacia, porque los Derechos del Hombre resultan inoperantes cuando no se los reconoce como derivados de Dios, fuente de toda razón y de toda justicia.

* * *

Observemos una circunstancia que actualiza la tragedia del Calvario y nos ayuda a penetrar el dolor inconmensurable de la Madre del Hombre-Dios. Un ilustre purpurado acaba de revelar que el Cardenal Mindszenty le dijo hace dos años: "Mis enemigos no pueden quitarme más que la vida, y ésta ya la tengo entregada a Dios". Las torturas físicas y morales abreviarán sus días irremisiblemente. Pero la circunstancia a que me refiero exacerba el martirio del Cardenal: ¡es el mar-

tirio conjunto de su anciana madre, casi nonagenaria! Hasta en esto se está asemejando el martirio del discípulo al del Maestro.

¿A cuál de las plegarias nos uniremos? ¿A la del hijo o a la de la madre? Seguramente la madre estará ofreciendo sus torturas morales porque se apresure la libertad del hijo, y el hijo se hallará ofrendando las suyas para que Dios anticipe la gloria a la madre. ¡Para qué sobrevivirlo, si esto implicaría para ella la prolongación de su indecible martirio!

Pero en el Calvario el Hijo sabía que la Madre tendría que sobrevivirlo; la madre lo sabía también. La excesiva prolongación del dolor de la soledad de la Virgen era necesaria, según el plan divino, como elemento de corredención. ¡Era necesaria además porque María debía ser el modelo y el sostén de los que sufren las consecuencias prolongadas de las injusticias humanas, de las madres que soportan los encarcelamientos, los exilios, las muertes prematuras de sus hijos y de todos los seres heroicos que aceptan sus sacrificios y los ofrendan por el bien de algunos que los ignoran o los menosprecian, y aún de los mismos que se los causan!

* * *

Hermanos: en la cima rocosa del Calvario donde se meció la Cuna de la Iglesia Católica, brotó un río misterioso. Río de sangre y de lágrimas, sus ondas correrán durante todos los siglos hasta que haya dejado de existir el último de los hijos de Adán. Sus ondas llevan la regeneración. Los que con las debidas disposiciones se lavan en ellas quedan redimidos y liberados. Los que las dejan pasar con despreocupación y peor aún, con desprecio, permanecerán esclavizados.

¿Cuáles son las disposiciones debidas? Han sido formuladas proféticamente en siglos anteriores a la venida del Redentor del mundo.

En el primer capítulo de sus profecías, Isaías lanza este grito: "Lavaos, limpiaos de toda mancha. Alejad de vosotros los malos pensamientos y dejad de hacer el mal. Comenzad resueltamente a practicar el bien; no quebrantéis las normas de la justicia; tended la mano al desvalido; poneos de parte

del injustamente oprimido; defended a los huérfanos y las viudas. Y entonces venid a mí, os dice el Señor, venid a reclamarme con todo derecho porque si estabais ennegrecidos por vuestros pecados, quedaréis blancos como la lana prolijamente lavada". Lo que en otros términos equivale a decir: nuestra salvación está en el amor. La caridad, según nos lo revela el Espíritu Santo por boca de San Pedro, cubre la muchedumbre de los pecados. No nos desaliente ni su gravedad ni su número. Tengamos presente que Dios siente una compasión infinita hacia nuestra debilidad, pero profesa una aversión irreconciliable con la malicia. Sin ninguna presunción, por lo tanto, pero con una confianza infinita acerquémonos humildemente a los Sacramentos que son los canales por donde corren las ondas del perdón.

Así se verificará en nosotros el anhelo divino: "Los atraeré con vínculos de amor".

De esa manera no habrán sido estériles para nosotros, sino infinitamente fecundas, la sangre del Hijo y las lágrimas de la Madre.

CONFIAR.

"Confidite, ego vici mundum", Juan, 16 - 33
Tened confianza, yo he vencido al mundo

Desde hace veinte siglos la Iglesia celebra con júbilo excepcional el día de la Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo.

Este hecho histórico es el fundamento inconmovible de la fe y de la esperanza.

Por eso, aun cuando las apariencias sean pesimistas y adversas las circunstancias, el día de la Resurrección los altares se adornan, los sagrados recintos resplandecen, los órganos resuenan, las campanas repican, los coros cantan aleluyas, los sacerdotes lucen ornamentos níveos y dorados.

En consonancia con el espíritu de la Iglesia, yo quiero con mis palabras de hoy, hacer brillar en las almas un rayo de esperanza e inyectar en los corazones una fuerte dosis de optimismo.

* * *

En toda la historia de la humanidad no se registra un episodio durante el cual hayan concurrido tantos y tan decisivos factores destinados a hacer fracasar definitivamente a hombres y doctrinas, como los que intervinieron para lograr el fracaso de Jesucristo, en su persona y en su fe.

Las autoridades civiles y religiosas se confabulan contra El; sus discípulos vacilan, desertan y huyen en el momento de la adversidad, y el pueblo tan tornadizo, olvidando los beneficios, las maravillas, los milagros con que tantas veces lo había conmovido y entusiasmado hasta la exaltación incontenible que lo obligaba a proclamarlo Rey; el pueblo, tan tornadizo, se agolpa en torno de El para gritarle muera, muera en la ignominia, ¡muera crucificado! ¡Qué lección para la humanidad, que con lamentable frecuencia olvida que el Viernes Santo dista muy pocos días del Domingo de Ramos y que la roca Tarpeya se halla a muy pocos pasos del Capitolio!

Jesucristo, pues, bajo la conjuración de tantos factores adversos, es condenado, crucificado, muerto y sepultado. Humanamente hablando, después de un final tan humillante, poco tiempo habría bastado para que quedara borrada su memoria.

Pero ese hombre, según todas las apariencias tan definitivamente vencido, cuenta en su fracaso con su Divinidad. Había dicho a sus perseguidores: matadme, ya que lo queréis, pero sabed que a los tres días después de muerto, voy a resucitar. La fuerza misteriosa que había de resucitarlo, no le llegaría de afuera, no le vendría ni de las autoridades, ni de los discípulos, ni del pueblo. Procedería de sí mismo, de su esencia, de su Divinidad. ¡El Taumaturgo no se hallaba fuera sino dentro del sepulcro!

* * *

Hermanos míos: con frecuencia oigo decir a mi alrededor: las perspectivas mundiales son inquietantes; las circunstancias nos son adversas; todo conspira contra nuestro bienestar y amenaza nuestro porvenir; ¿qué debemos o qué podemos hacer? Y se contestan: ¡Nada! Y desalentados por la concurrencia de tantos factores adversos aparentemente superiores a sus fuerzas, se dejan dominar por un enervante pesimismo.

¿Qué podemos hacer, qué debemos hacer contra ese estado de ánimo que es el más funesto para uno mismo, para la familia y para la sociedad?

Suponiendo que sean tales las características del medio en que se vive y que nada se pueda esperar del exterior, lo que puede, lo que debe hacerse es reaccionar apelando a las energías todopoderosas que residen en nuestro interior.

En la esencia de cada persona humana se hallan latentes dos energías: una natural, la voluntad; otra sobrenatural, la gracia. Estas dos energías pueden ser utilizadas por todo hombre, cualesquiera que sean las circunstancias contra las cuales deba debatirse. Y sólo puede quedar despojado de ellas el que por su culpa se vuelve indigno de conservarlas.

El hombre en general reflexiona poco o nada en la inmensidad de la fuerza con que Dios lo ha armado al crearle un alma con el atributo de la voluntad. La voluntad es el más fuerte de los poderes de la tierra. Es el poder del espíritu libre contra el cual nada pueden las fuerzas exteriores. Aun cuando todas las seducciones y todas las amenazas mancomunadas se turnen para arrancarle el sí, caerán sucesivamente vencidas ante la voluntad que se decide por el no.

Si en algunas épocas resultan escasas las resistencias al mal y si entre los vencidos dejan de ser frecuentes las resurrecciones para el bien, es porque el sensualismo de la vida propaga por todas partes la funesta epidemia de la abulia.

Habría que meditar con frecuencia la parábola del hijo pródigo. ¿Qué le fué necesario para volver de la miseria a la abundancia, del vicio a la virtud, de la servidumbre a la libertad, de la muerte a la vida? ¿Qué le bastó para operar su propia resurrección? Concentrarse en sí mismo, adquirir conciencia de la energía de su voluntad y arrancarle esta resolución: "surgam!" ¡Me levantaré!

Pero aun hay mucho más para intensificar el rayo de la esperanza en las almas y para robustecer el optimismo en los corazones.

Cuando a la energía natural de la voluntad se suma la sobrenatural de la gracia, no hay nada que el hombre no pueda esperar de sí mismo. Robustecido con ésta, todo hombre puede exclamar con San Pablo: "No hay nada que yo no pueda en Cristo que me reconforta".

Pero para que la gracia venga en auxilio de la voluntad, es indispensable que el objeto de ésta sea el bien. Y bastaría que los hombres pusiéramos nuestra voluntad al servicio del bien, para que el mundo tuviese menos de infierno y más de cielo.

Cuando se habla del estado deficiente y aun regresivo de la civilización, suele decirse con bastante ligereza que el cristianismo ha fracasado. Pero ¿a quién debe imputarse el fracaso? ¿Al cristianismo, o a los cristianos que dicen profesarlo, pero que ni lo asimilan ni lo viven?

Si yo poseo una energía capaz de una realización, pero no la utilizo, ¿a quién debe imputarse el fracaso? ¿A la energía? ¡No! ¡A mí, que no la empleo!

Los que con tanta ligereza se permiten hablar del fracaso del cristianismo, y los que pretenden sustituirlo con doctrinas, según ellos más eficaces, son los que coinciden con los que obstaculizan la penetración del cristianismo verdadero en las masas populares, dificultando el apostolado de la Iglesia Católica, que es la única promotora auténtica del cristianismo integral.

Cuando nosotros proclamamos los derechos de la Iglesia, suelen creer que los circunscribimos a los de un sector, al Pontificado, al Episcopado, al Clero. He ahí un error fundamental. La Iglesia es todo el organismo del cuerpo místico de Jesucristo. Es el conjunto de todos los creyentes esparcidos por el orbe. Es la sociedad universal de los que profesan la misma fe, cuya jefatura corresponde al Vicario de Jesucristo. Esto significa que cuando el Papa, y por su delegación, el Obispo o el Sacerdote defiende los derechos de la Iglesia, no vindica los de un solo sector, sino los de la universalidad de los creyentes; vindica los derechos a la libertad y a la actividad de los clérigos y los laicos, de los aristócratas y los plebeyos, de los empleadores y los empleados, de los gobernantes y los súbditos, es decir: todos los derechos naturales y divinos inherentes a cada individuo y a la entera humanidad.

* * *

La bondad es la esencia del cristianismo. Por eso pido al Divino Resucitado que todo el resto de mi vida lo emplee yo en el apostolado de la bondad, por medio de la palabra y del ejemplo. Es el único que contribuye con eficacia a la pacificación de los espíritus, de las familias, de las clases y de las naciones. La sabiduría puede causar orgullo, la riqueza fomentar sensualismo, la violencia provocar reacción y la política engendrar división. La bondad, en cambio, difunde siempre la paz.

Desde que descubrí su hondo sentido, continúa impresionándome siempre una de las bienaventuranzas evangélicas: "Beati mites quoniam ipsi posidebunt terram". Bienaventurados los mansos porque son ellos los que conquistarán la tierra. No se promete en esta bienaventuranza la conquista del cielo, sino de la tierra. Se refiere por lo tanto, no al futuro sino al presente.

Discutíase hace poco entre amigos, a quién correspondería la preeminencia, si a la inteligencia o a la bondad. Sin vacilar me decidí por la bondad. No son necesarias muchas razones. Basta esta sola: la inteligencia suele aliarse con la maldad: pero la bondad jamás. Tal vez por eso dijo Lacordaire: "Si fuera lícito adorar el polvo humano, yo me postraría más bien ante el polvo del corazón que ante el del genio."

* * *

La eficacia infinita de la bondad surge también del hecho que el mundo moderno que se ha atrevido a desprestigiar la caridad, acaba por sentir la necesidad de ella, necesidad emanada de los mismos éxitos del egoísmo, de la difusión del odio, y de las violaciones de los derechos de la divinidad humana con todas sus consecuencias que tarde o temprano se traducen en tragedias de dolores físicos y espirituales.

Ese mundo que siente desprecio y hostilidad hacia las grandes virtudes cristianas, que desprecia la pobreza, repudia la castidad, critica la obediencia y vilipendia la humildad, se encuentra desarmado para atacar a la bondad y termina

por amarla, porque no tarda en sentir que la necesita. La bondad es por lo tanto el oasis en que todos nos encontramos y el punto de convergencia para todos los que militan en los extremos.

* * *

Hagamos un acto de fe en la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo. Si Jesucristo, dice San Pablo, no hubiese resucitado, los cristianos seríamos los más miserables de los hombres. Pero si ha resucitado, ¿qué deberá decirse de los que se obstinan en permanecer incrédulos y de los que siendo creyentes continúan viviendo como los que carecen de fe?

La sola subsistencia del cristianismo veinte veces secular que continúa vigorizándose sobre la tierra hasta el fin de los tiempos para perpetuarse en el cielo por toda la eternidad, es el argumento incontestable de la verdad de la Resurrección. Comprobar este hecho y no creer en la Resurrección, equivale a admitir que un edificio monumental puede existir careciendo de cimientos.

Y terminemos con un acto de confianza. Confianza en la energía natural y sobrenatural que Dios deposita y acrecienta dentro de nosotros mismos y en la protección constante del Divino Resucitado que nos dice: "Confiditi, ego vici mundum". Tened confianza, yo he vencido al mundo.

El Evangelio contiene el relato de una escena de la cual se desprenden enseñanzas reconfortantes. En cierta oportunidad, al caer de la tarde, hallábase en medio del mar una barca pescadora y Jesús en tierra solo. Los discípulos entregados a la tarea de la pesca, representan a los creyentes de todos los tiempos y consiguientemente, de los nuestros. Aquéllos, absorbidos por sus tareas, no advertían la presencia de Jesús que los observaba desde la playa.

La tierra es como el océano. Tiene sus amarguras y tiene sus tempestades. Mientras vivimos sobre ella trabajamos, luchamos. A veces nos vemos azotados por los vientos, amenazados por las tempestades y nos sentimos solos y desvalidos. Solemos pensar: ¿por qué nos abandona Dios, por qué nos deja

solos en nuestras tribulaciones?... "Ut quid, Domine, recessisti longe, despicis in tribulatione?"

Pero no, nunca nos hallamos desvalidos; el Divino Resucitado jamás nos deja solos. Allá está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, observando con su visión infinita nuestra situación y nuestros esfuerzos, sosteniéndonos con su omnipotencia y prodigándonos el auxilio de su gracia. Confiemos en la asistencia de esa energía divina y pongamos en actividad la energía de nuestra voluntad humana. En el universo físico nada se vuelve a la nada. En el mundo moral, nuestros esfuerzos tienen proyecciones infinitas capaces de causar nuestra resurrección individual y asociados a los demás, la resurrección general.

AYER Y HOY

Los que vivimos en esta hora indecisa de la historia, hemos entrado ya en el período de las consecuencias derivadas de las causas que hemos venido denunciando desde hace cerca de medio siglo.

En una de las conferencias pronunciadas desde el púlpito de la Catedral de Buenos Aires el año 1919, dije lo siguiente:

"Ciertas medidas de orden económico podrían contribuir a conjurar no pocos de los males que nos amenazan. Organícense por lo tanto la producción y el consumo, en forma tal que la especulación tenga sobre la una y el otro, una acción cada vez menor. Créense y ayúdense las Cooperativas de consumo. Facilítese al asalariado la obtención de una casa higiénica y barata, donde pueda vivir independiente y feliz con su familia. Unase la iniciativa privada a la pública para constituir las pensiones a los inválidos por enfermedad o por vejez. Adóptense otras medidas del mismo orden y en algo podrá conjurarse el mal. Digo en algo, porque junto con las necesidades puramente materiales, se están creando otras artificiales que suelen resultar más imperiosas, y a la vez más difíciles de satisfacer.

"El materialismo sustituyéndose a la moral, multiplica las exigencias artificiales. Se está creando imprudentemente en la conciencia del proletariado la convicción de que tiene derecho sobre la totalidad de los bienes económicos, de que los afortunados son injustos detentadores. Se está enseñando que el colectivismo en cualesquiera de sus formas es el medio necesario para obtenerlos, y con ello se crea en las masas una nece-

sidad artificial violenta, que no se aquietará con mejoras parciales, porque no se satisface con una parte a quienes se han persuadido de que tienen derecho a todo.

"Grave error pensar que sólo los cuerpos están necesitados; hambrientas están además las conciencias. Las catástrofes sociales no se conjurarán únicamente con oro y pan. Si las causas del mal radican también en las almas, no se lo remediará actuando solamente en beneficio de los cuerpos. Ahora más que nunca conviene recordar que "no sólo de pan vive el hombre".

"Cuando las conciencias comprueban injusticias, no reprimen el estallido de sus reacciones. Como el delito individual engendra el remordimiento, la injusticia social provoca la anarquía, y para salir de ella, el despotismo".

En aquel mismo año —han pasado treinta desde entonces—, al denunciar con todo respeto pero con evangélica valentía la culpabilidad de las clases altas y también la de las bajas, pronuncié, en uno de los teatros de nuestra capital, estas otras palabras que hoy adquieren actualidad:

"Los privilegiados de la fortuna, la inteligencia y la jerarquía, no tienen derecho a inquietarse al ver que el sacerdote favorece al proletariado, pues deben recordar que la seguridad de las altas torres, es proporcional a la solidez y las buenas condiciones de las bases que las sustentan.

"Y a su vez, los hijos del pueblo no lo deben recriminar cuando lo ven subir hasta la aristocracia. Los valles profundos, si tuvieran conciencia, exultarían de júbilo al comprobar el ascenso del sol, cuyos rayos al tocar las cumbres nevadas de las montañas las derriten y hacen bajar hasta ellos el riego que los fecunda y vivifica.

"No ignoramos cuál es la senda de una existencia bonancible, sin luchas y sin tribulaciones. Sabemos muy bien cuál es el camino que conduce a la comodidad enriquecida con los baratos prestigios de una tolerancia, que en ciertas horas es claudicación. Y conocemos por experiencia, que si el sacerdote, consciente de su responsabilidad y aun de los peligros de las circunstancias en que la debe afrontar, prefiere el cumplimiento del deber a su propia tranquilidad; si escucha y sigue las voces

imperiosas de la conciencia, aun cuando corra el riesgo de perderlo todo en la jornada; si, posponiendo su tranquilidad personal, prefiere inmolarse por el bien común, su abnegación conocerá las torturas del martirio moral, y sus labios se abrevarán en el cáliz amargo propinado por aquellos mismos a quienes pretende salvar".

En esas palabras, que he creído oportuno recordar, se hallan contenidas algunas de las razones en virtud de las cuales procedimos a la fundación de la F.A.C.E. hace veintisiete años, y continuamos sin interrupción, trabajando por la conquista de sus aspiraciones progresivas y la satisfacción de sus imperiosas exigencias, entre las cuales es ahora la más apremiante la construcción del Hogar de la Empleada sin familia.

Hay en nuestra sociedad, un sector que es el más desamparado y a la vez el más digno de ser protegido: el de las mujeres solas que no se resignan a ser una carga para quienquiera que sea; que se sienten capaces de trabajar para bastarse por sí solas en la lucha por la conservación de su existencia y por la defensa de su honra, y que no quieren llegar al caso de tener que pedir limosna. ¡Bella oportunidad la que nos proporcionan estas mujeres abnegadas y heroicas, para recordar a todos lo que he repetido cien veces: la mejor de las limosnas es la de tender a tiempo la mano al que pueda bastarse a sí mismo, para evitarle la humillación de tener que necesitar de la limosna!

El mundo suele incurrir en contradicciones sangrientas. Tiende lazos y brinda seducciones, y si alguna vez la incauta cae, la castiga con su excomunión y la estigmatiza con la ignominia.

Nosotros queremos no sólo preservarlas de todos los peligros físicos y morales, sino, además, volverle llevadera su soledad y venturosa su existencia. Nos duele que con las veinticinco mil socias activas, alternen tantos centenares de mujeres indefensas, sobre cuya existencia una nube permanente la vuelve sombría.

La gran exigencia del momento actual, es que cada uno de los que no quieran pertenecer a la masa parasitaria haga cuanto le sea posible para que algún núcleo o algún sector,

experimente un poco de bienestar y sienta la caricia de la felicidad. ¡Así se trabaja por el bien común; así se beneficia a la sociedad entera; así se hace Patria!

* * *

Al empeñarnos con abnegada decisión a levantar este edificio, cooperamos también en la solución del pavoroso problema de la vivienda. Nunca nos sedujo el propósito de competir con nadie. Sólo anhelamos colaborar con todos para bien de todos.

La iniciativa privada, cuando es benéfica, desinteresada y humana, condiciones indispensables para que sea auténticamente cristiana, es la más eficiente colaboración con el Estado.

* * *

Nos hallamos congregados sobre esta superficie de sesenta y un metros de largo, por diez y nueve de ancho, destinada al emplazamiento del amplio salón-comedor para las Empleadas. Si se tiene en cuenta la total ausencia de columnas que será su característica, se advertirá que no existe en la capital un salón de tan amplias dimensiones. Sobre él se elevarán los seis pisos que han de constituir este monumento de fraternidad cristiana y de solidaridad humana.

¿Lo veré terminado? ¿Alcanzaré a ver realizado este otro ensueño, tal vez postrero, de mi vida? Es la incertidumbre que anubla un tanto la claridad luminosa de esta vigésima séptima conmemoración del Día de la Empleada.

El santo sacrificio de la Misa, que acaba de celebrar en este sitio el ilustrísimo señor Encargado de Negocios de la Santa Sede, las plegarias coincidentes de las socias, en especial de las futuras beneficiarias, y la ininterrumpida protección de la Divina Providencia obtenida por nuestra Teresita, nos alientan, nos dicen que sí.

* * *

Si el difícil desalojo y la consiguiente demolición de las habitaciones sitas en esta propiedad adquirida con este destino, no hubiesen retardado por más de un año y medio la inicia-

ción de los trabajos, y si durante ese lapso no se hubiese triplicado el primitivo presupuesto de un millón y medio de pesos, casi nos habría alcanzado lo que, habíamos obtenido gracias a la bendición de Dios, a la generosa acogida de cooperadores de toda clase social, de todo color político, de toda posibilidad económica, de todo credo religioso, y al esfuerzo edificante y heroico de las socias que, quitando horas a su recreo, su alimentación y su sueño, pusieron en juego sus inagotables industriosas actividades. Todas estas contribuciones acumuladas dieron la suma de un millón, doscientos ochenta y seis mil seiscientos noventa y un pesos. Es la suma hasta ahora invertida en la adquisición del terreno, las excavaciones, la submuración y construcción de subsuelos y basamentos.

* * *

Considero que es para mí un deber ineludible el presentar a la consideración pública, para provocar su admiración y recabar su aplauso, el resultado del esfuerzo realizado por las socias desde el día en que anuncié el propósito de erigir el Hogar de la Empleada sin familia. Por los medios a que antes me he referido, obtuvieron ellas la suma de trescientos cuarenta y cuatro mil quinientos ochenta y nueve pesos. ¡Honor a ellas y gloria a la patria, que alberga mujeres capaces de abnegarse alegremente por el bienestar de sus hermanas!

¡Qué hermoso ejemplo, pero a la vez, qué advertencia y qué responsabilidad para tantos otros que pueden dar! A todos ellos vuelvo a dirigirme tendiéndoles la mano, pidiéndoles que por amor a Dios y al prójimo nos quieran ayudar, para que no nos veamos en el duro trance de tener que suspender esta obra tan anhelada y bajo tan buenos auspicios iniciada.

Su feliz coronamiento será la documentación del concurso de muchísimas voluntades que decidieron olvidar las disidencias que las separan y buscar las coincidencias que las unen, procedimiento éste que debiera ser, en todos los sectores, la voz de orden en el momento actual, a fin de que resulten efectivas la grandeza y la felicidad de nuestra patria.

LOS OBISPOS SOCIALES

CUANDO los inspirados promotores del Ciclo de Divulgación de destacadas figuras del Catolicismo Social, me invitaron con insistencia a iniciarlo, mi decisión permaneció vacilante ante la alternativa de una doble responsabilidad: la de aceptarla y la de rehusarla. Al fin me pareció que debía optar por la primera. ¿Acaso era admisible que un núcleo de jóvenes católicos, por destacados que sean en erudición y en observancia, resultaran más celosos que los sacerdotes y los obispos en materia de apostolado?

Por eso, una vez aceptada la honrosa invitación de los jóvenes Difusores Vicentinos, me tenéis aquí inaugurando el ciclo con la presentación de "Los Obispos Sociales, Ketteler, Mermillod, Manning, Gibbons y Mercier".

Es entendido que de cada una de estas verdaderas eminencias, sólo podré hacer una síntesis brevísima.

MONSEÑOR KETTELER

MONSEÑOR Guillermo Manuel Ketteler fué nombrado Obispo de Maguncia en 1850.

Dedicó veinte años de su infatigable actividad a la reconstrucción de su diócesis. La vitalidad del catolicismo se encontraba en ella sumamente debilitada a causa de la tolerancia o la complacencia de sus inmediatos antecesores, ante los avances del Josefinismo absorbente. El Estado ejercía sobre la Iglesia una influencia preponderante. Llegaba al extremo de someter a su *placet* previo, las comunicaciones con Roma.

El gran obispo maguntino meditó desde la iniciación de su gobierno, sobre cuál debía ser la preferencia de su apostolado, y vió con claridad meridiana que su primer deber pastoral consistía en la reconquista de la libertad para la Iglesia Católica en Alemania. Sin esa libertad resultarían estériles todos los esfuerzos que anhelaba realizar para la implantación del catolicismo social, aspiración predominante de su apostolado. Y él se propuso por todos los medios a su alcance, crearse la posibilidad con el restablecimiento de la libertad.

A ello tendieron las convenciones con el gobierno, las negociaciones con la Santa Sede, las disquisiciones acerca de la infalibilidad pontificia y de los problemas que habían de dilucidarse durante las sesiones del futuro Concilio Vaticano, las relaciones entre la Iglesia Católica y el Estado Josefinista y las polémicas suscitadas por la iniciación del "Kulturkampf" germánico.

Entre tanto la cuestión social continuaba asumiendo proporciones alarmantes y venía creciendo la marea revolucionaria.

En 1864 publica su trabajo sobre "La cuestión obrera y el cristianismo" y en 1869 sintetiza su doctrina en su discurso a los trabajadores, que tuvo gran resonancia y trascendencia. Estimulados por él, otros representantes del pensamiento católico se esforzaron por influir en la orientación de la historia social del siglo XIX.

¿Por qué no pudo resolverse favorablemente la crisis? ¿Por qué la penetración católica no fué decisiva?

Nadie nos dará una respuesta más autorizada que el mismo Ketteler: "El pérfido Kulturkampf", dijo el gran obispo a una delegación de cristianos sociales en 1876, el pérfido "Kulturkampf" robó todo mi tiempo y mi actividad de tal modo que con inmensa pena, no pude conceder más dedicación a la importante cuestión social a la que me consagraba con tanto interés."

El gran obispo social cuyo heroico apostolado proseguido por sus discípulos ha comenzado a triunfar del comunismo en su patria, murió en 1877.

¡Con cuánta razón y cuánta clarividencia el gran León XIII, que observaba el proceso de los trabajos de los

católicos sociales, ordenó que todos los sacerdotes del universo al terminar el Santo Sacrificio se prosternen ante el altar, y junto con el pueblo rueguen a Dios "pro libertate et exaltatione Sanctæ Matris Ecclesiæ" —por la libertad y exaltación de la Santa Madre Iglesia— haciendo comprender que para su exaltación y su triunfo en cualquier época del tiempo y en cualquier punto del espacio, la Iglesia no necesita más que la libertad!

MERMILLOD

Monseñor Gaspar Mermillod fué Obispo de Lausana y de Ginebra. Le tocó iniciar y desarrollar su episcopado en un ambiente completamente hostil. En Ginebra preponderaba un acentuado liberalismo sectario. En 1868 estalló una huelga de relojeros. El obispo utilizó esa oportunidad para sostener que sólo el espíritu cristiano podía establecer la pacificación social.

Ahondaba la división de clases y se promovían entre ellas luchas ardorosas. Para superarlas demostró la necesidad de proceder a la creación de organizaciones, pero "con la condición de que éstas no matasen la libertad individual".

Formuló a este respecto serias advertencias. Por esta causa debió afrontar un sinnúmero de contradicciones. El mismo recordará, más tarde, en el Congreso de Lieja, en 1886, que había sido inculpado de socialista. Y hasta tuvo que soportar el exilio.

Pronunció en París, un discurso social a invitación de un grupo de católicos que tenían la impresión de que la aparente prosperidad del tercer imperio ocultaba una revolución profunda que se estaba preparando en el subsuelo.

El elocuente orador de Ginebra incitaba a la unión y preparaba para la resistencia y la lucha a los católicos parisienses. Pero para ello, les proponía como único medio la vitalidad interior del catolicismo social. He aquí su admonición: "Ninguno se atreva a apelar a la fuerza; ella silencia pero no pacifica. Sólo el amor cristiano reúne los elementos disgregados y da a la sociedad unidad y vida".

"La Iglesia posee esta fuerza de reconciliación porque da

al obrero las tres cosas de que tiene necesidad: la ciencia de la vida, el valor de la vida y el honor de la vida".

"Que ninguna barrera impida a la Iglesia aproximarse a ellos, esparcirles a manos llenas el valor y la esperanza y darles el remedio balsámico del amor y de la dignidad".

"Si la actual generación proletaria, decía, es inconvertible, impónese al menos salvar a la próxima".

Y en un último arranque lírico apela al próximo Concilio Vaticano: "El augusto Pontífice verá pronto en torno a su Sagrada Cátedra, al Episcopado de todo el mundo para estudiar con él las actuales agitaciones, las crisis sociales, las luchas modernas del proletariado... Nos parece necesario que este sagrado Concilio Ecuménico oponga a todos los execrables errores sociales la verdad católica y haga conocer los principios de la justicia social derivados de la moral cristiana. No se debe predicar solamente a los súbditos el sometimiento, sino, además, es necesario amonestar a todos los investidos de cualquier género de superioridad contra todas las violaciones del quinto y séptimo mandamiento".

Todos sabemos por qué el interrumpido Concilio Vaticano no pudo satisfacer estas y otras esperanzas.

Las serias admoniciones que Mermillod había anticipado desde el púlpito de Santa Clotilde en París, fueron recibidas con cierta apatía y aun resistencia. No importa; las repetirá desde la misma tribuna en 1872. Pero esta vez será con éxito diverso. En ese lapso de cuatro años había acontecido la guerra y la Comuna. "Existe una gran diferencia —escribe entonces Gautier en el "Monde"— entre un discurso antes y un discurso después del petróleo".

¡Lástima que la humanidad olvide tan pronto estas lecciones de la historia y aprenda tan poco en la experiencia ajena!

Más tarde encontramos a Mermillod en Friburgo y en Roma. Aquí culmina la influencia preponderante de esta mentalidad cuyas proyecciones llegan a ser mundiales. Bajo su dirección constitúyese en Friburgo un grupo internacional de católicos sociales, que actúa desde 1884 hasta 1891, estableciendo y promulgando los principios de acción social que llegaron a ser de los católicos sociales de todo el universo al ser ratificados y auto-

rizados por la promulgación de la Encíclica Rerum Novarum. El año anterior, es decir, en 1840, León XIII elevaba a la púrpura cardenalicia, al que con la luz de su mente y el fuego de su corazón había preparado la aurora para la mañana de la aparición del catolicismo social.

MANNING

Enrique Eduardo Manning, nacido y formado en el anglicanismo, abrazó dentro de él el estado eclesiástico. No obstante esa circunstancia, leía con marcada preferencia la vida de San Carlos Borromeo y "Lugares Teológicos" de Melchor Cano.

Su conversión fué consecuencia de estudios serenos y profundos. Fué promovido al sacerdocio católico y se dedicó a trabajar por la unidad de la Iglesia de Jesucristo, en régimen y doctrina. Era orador elocuentísimo. Manning fué designado por Pío IX en 1865 com sucesor de Wiseman. Ese mismo año fué a Roma a recibir de manos del Pontífice el palio que lo habilitaba para asumir el gobierno del Arzobispado de Westminster.

En el Concilio Vaticano, concentró su maravillosa actividad, secundada por su gran elocuencia, en la defensa de la infalibilidad pontificia.

Fué su actuación un gran impulso, que aun perdura en el sentido de la orientación del pueblo inglés hacia el catolicismo. En 1875 volvía a Roma para recibir el capelo cardenalicio.

Su doctrina y su acción en lo social y lo económico han impreso orientaciones firmes y marcado huellas profundas. Denunció al individualismo como al mayor peligro para el bienestar de la colectividad. "Al próximo siglo, dijo, le tocará demostrar que la sociedad humana es más grande y más noble que la mezquindad de lo individual".

Exaltó al trabajo como la fuente de toda riqueza y de toda prosperidad. Todo trabajador honrado tiene, por lo tanto, derecho a que se respete la dignidad de su condición. No hay nada más injusto que la pretensión de someter al hombre por la violencia de la necesidad. Si el Estado protege, como es su deber, los derechos de la propiedad individual, debe proteger necesariamente los del trabajo, pues ninguna propiedad perte-

nece tanto al hombre como la de su trabajo. Intervino personal y eficazmente en casi todos los pavorosos problemas sociales de su tiempo.

En la célebre huelga que estalló en el otoño de 1889 en los docks de Londres, con admiración general se le vió intervenir personalmente tomando la defensa de los obreros y logrando mejorarles su condición, con lo cual evitó a Inglaterra una espantosa crisis industrial de consecuencias incalculables.

El elogio merecido por este eminente promotor del catolicismo social, que lo prestigió en su patria y en el mundo, lo ha dejado escrito en una página histórica de la Revista "La Campania Sacra" de Capua, el eminente Cardenal Arzobispo Alfonso Capecelatro. "En la Europa civilizada —dice—, no conozco entre los católicos sociales ninguno más atrevido que mi queridísimo amigo el cardenal Manning; tan eficaz en sus obras y avanzado en sus conceptos. Los manifiesta, como lo hacen las inteligencias soberanas y seguras de sí mismas, sin abstracciones nebulosas y poco accesibles, antes bien con fórmulas precisas y breves, de las cuales irradia una luz intensa. Viviendo en medio del libre y tenaz pueblo inglés, Manning no ha dudado en ponerse al frente del movimiento social católico. Amigo del pueblo porque es amigo de Dios, va delante de sus bienhechores, economistas y filósofos modernos, en el estudio y el descubrimiento de los medios para elevar la dignidad del proletariado y mejorar su condición. No hay hombre que sea más amado y venerado que él en Inglaterra por los obreros y por los agricultores. Los protestantes le aman casi con la misma intensidad que los católicos, los ricos lo mismo que los pobres".

Al morir acudieron en masa a su entierro todas las clases humildes de Londres, rindiendo el precioso tributo de sus lágrimas a aquel Príncipe de la Iglesia que una voz autorizada calificó de "Santo pofundamente humano".

GIBBONS

Monseñor Jaime Gibbons, ordenado de sacerdote en 1861, fué promovido al Arzobispado de Baltimore en 1877.

Desde la iniciación de su sacerdocio demostró un afán hu-

manitario y perseverante por la abolición de la esclavitud. Era ya una revelación evidente de su vocación social.

Lo que puso en evidencia la predilección del Cardenal Gibbons por la acción social católica fué la existencia y la actuación de la Orden de los Caballeros del Trabajo, fundada en 1869 en Estados Unidos con carácter de sociedad secreta. Era una de las organizaciones obreras más importantes del siglo XIX por su número y por su jerarquía. Su procedencia y su índole la hizo pasar por muchas vicisitudes respecto de la apreciación que debía merecer por parte de la Iglesia Católica.

El Cardenal Gibbons comprendió muy luego la trascendencia que ese formidable ejército de trabajadores podía tener sobre la paz social. La elección de un obrero mecánico de gran inteligencia, enérgica voluntad y catolicismo práctico le presentó la oportunidad de modificar en sentido favorable la orientación originaria de aquella formidable fuerza obrera.

Las principales aspiraciones de la organización eran legítimas: Reducción a ocho horas de la jornada de trabajo. A igual trabajo, igual remuneración. Amparo contra el despido sin causa y plazo prudencial. Impuesto sobre los terrenos incultos de una superficie mayor de sesenta acres. Repudio contra toda acción de violencia y de fuerza.

Se presentó la oportunidad de promover una revolución industrial. Los Caballeros del trabajo la realizarían pero sin convulsiones violentas. La opinión de los jerarcas eclesiásticos no fué coincidente. El carácter de la organización dividía sus opiniones.

El Cardenal Gibbons asumió entonces una actitud decisiva y enérgica. Se sentía apoyado por diez millones de católicos unidos a sus obispos, y sobre todo por la justicia de la causa que había resuelto patrocinar.

Envió un Memorial al Secretario de Estado de León XIII, en el cual, entre otras observaciones consignaba la siguiente: "Algunos se inquietan por las tendencias al parecer revolucionarias de las nuevas organizaciones. Otros entre los cuales figura el Cardenal Manning y me encuentro yo, no se alarman menos del peligro que corre la Iglesia de verse considerada en nuestros tiempos como la aliada de los poderosos y de los ricos y la adversaria de los desvalidos y los pobres, porque semejante

alianza, aunque no fuera más que aparente, no sólo causaría a la Iglesia un mal inaudito, sino que arruinaría además el sentido de nuestra historia: de ser el único poder en el mundo que desde hace dieciocho siglos ha venido siendo el protector de las clases pobres y desvalidas, y la Iglesia no va a abandonarlas ahora, en la época de la desgracia.

Y el mismo cardenal Manning hace notar, muy sabiamente, a este propósito, que las condiciones en que se hallan las clases inferiores no pueden continuar por más tiempo, pues ningún edificio social podría subsistir sobre tales fundamentos".

La resolución de la Santa Sede, favorable a la tesis del cardenal Gibbons, desagradó a no pocos reaccionarios monárquicos, aristócratas y burgueses, pero contribuyó con otros acontecimientos a preparar los espíritus para recibir la proclamación de la Carta Magna del Catolicismo Social, la Encíclica Rerum Novarum. En ella queda indicada por la autoridad suprema la senda de la penetración evangélica en los sectores del pueblo. Tal es la cruzada para esta hora de la historia. "Beati pedes evangelizantium pacem, evangelizantium bona" —Benditos sean los pies de los que evangelizan la paz y la bondad. Así realizan sus conquistas pacíficas los apóstoles de Cristo, no oprimiendo sino libertando; no matando, sino muriendo por la justicia y la caridad.

MERCIER

La fundación del Instituto Superior de Filosofía llamado León XIII, en 1892, en la Universidad de Lovaina, cuya presidencia ejerció hasta 1906, difundió la celebridad intelectual de Monseñor Desiderato Feliciano Francisco José Mercier en toda la Iglesia y por todo el mundo.

Las manifestaciones con que fué recibida en Lovaina su exaltación al episcopado en 1906, fueron extraordinarias. Y nunca se ha desmentido en la práctica el ofrecimiento que le hizo entonces de coadyuvar a su acción pastoral, la Universidad de Lovaina, con sus dos mil estudiantes. En psicología, filosofía, teología y sociología, puede afirmarse que con sus libros y sus

conferencias fué el faro señero de la juventud estudiosa por todo el ámbito de catolicismo europeo. El 7 de febrero de 1906 fué nombrado Arzobispo de Malinas, primado de Bélgica. Y el 15 de abril de 1907 Pío X lo elevaba a la Púrpura afirmando que no tanto lo hacía por ser primado de Bélgica cuanto por las pruebas extraordinarias que había dado, de virtud y de ciencia.

Por la piedad de su vida, la austeridad de sus costumbres y el desprendimiento de todo lo material, era un asceta. Su ascetismo se transparentaba a través de su físico. Y todo este conjunto confería una prestancia singular a la actividad preponderante con que promovía el catolicismo social.

No me es posible detenerme a enumerarla ni a ponderarla. Por suerte es suficientemente conocida, ya que puede decirse que se ha desarrollado en nuestra época.

Basta consignar un hecho que evidencia la importancia y la trascendencia que asigna al catolicismo social. Hemos recordado a la Unión de Friburgo.

Su doctrina y sus principios fueron perdurables porque eran la aplicación a las actividades económicas, sociales, políticas e internacionales del catolicismo integral. Pero en todas las naciones la guerra mundial había suscitado problemas que no pudieron suponerse en Friburgo, y para los cuales había que buscar soluciones seguras y auténticas.

Respondiendo a esa necesidad mundial, surgió en la mente del cardenal Mercier la iniciativa de crear en Malinas "La Unión Internacional de Estudios Sociales". Esa Unión fué constituída por los más eminentes sociólogos y moralistas de toda Europa, con representación de los de América del Norte.

Durante cinco años esas inteligencias selectas trabajaron en silencio. Sus conclusiones saldrían a luz en el momento oportuno. Para ello fué elegida la fecha de la celebración del centenario del nacimiento del cardenal Mermillod, en 1924.

Se realizó una gran asamblea internacional, y en ella el cardenal Mercier se expresó de esta manera: "Puede afirmarse que nuestra Asociación ha realizado un trabajo serio. Ha formulado apreciables directivas sobre no pocos problemas graves, y la presente sesión está destinada a prestar servicios

importantes a los que se preocupan de las relaciones entre la economía y la moral".

"Sin embargo, si no me equivoco, la Asociación ha tenido principalmente en vista a los dirigentes. La noción de su importancia no ha penetrado aún las masas. Por esta razón pienso que sería conveniente complementar el programa especial de la Asociación con otra parte más genérica, aunque sintética. Con ello no sólo ofrecerá una colaboración eficaz a los dirigentes de la política y de las obras sociales, sino que, además se conferirá una gran autoridad a nuestra Asociación, ya que sus miembros más capacitados formularían un programa de acción social de actualidad, en perfecta armonía con la filosofía cristiana. "Catecismo Social" indispensable para todos los hombres decididos a la acción pero faltos del tiempo o de la erudición suficiente para adquirir por sí mismos la noción exacta de los principios genuinos de la doctrina social de la Iglesia".

La Unión de Malinas ha sobrevivido a su ilustre fundador. Los acontecimientos que han continuado convulsionando al mundo, exigían nuevas luces para juzgarlos. La confusión de las inteligencias se había vuelto tan densa como el caos en que parecían precipitarse las naciones. Y la Unión de Malinas, presidida por el sucesor del Cardenal Mercier, llegó a las conclusiones contenidas en un segundo Catecismo denominado "Código de Moral Internacional". La observación de esas normas habría evitado todas las guerras, abominable flagelo de la humanidad.

En ese código se rechazan por igual los excesos del nacionalismo y los del internacionalismo, y se establece la correlación que debe existir entre las "justas exigencias del particularismo nacionalista y las del universalismo humano".

El cardenal Mercier murió en enero de 1926 en la mayor pobreza material y en la mayor riqueza moral. Su testamento al Clero bastaría para inmortalizar su prestigio.

Permítaseme una evocación personal. Yo lo conocí y lo veneré. Primero en Roma, después en Malinas. Acompañado por el padre Rutten lo visité en Malinas en agosto de 1923. Conversamos a solas. Hubo confidencias íntimas. Debí expo-

nerle las dificultades con que tropezaba en mi acción social. Un pigmeo se vaciaba en un gigante.

Al terminar me dirigió con sus ojos serenos y penetrantes una mirada que me llegó tan a lo hondo como la palabra con que se dignó acompañarla. "Usted llama dificultades a las que me acaba de exponer. Yo le recordaré algunas de las que se me han opuesto a mí. En cierta época hasta se intentó indisponerme con la Santa Sede. Estas cosas deben servir para acrisolarnos, pero no para detenernos. Adelante. ¡Dios lo quiere!"

* * *

Tengo la convicción de que no habría satisfecho las aspiraciones de los promotores de este ciclo de conferencias con sólo esta deficiente síntesis histórica de "Los Obispos Sociales". Su evocación resultaría inoperante si no fuera utilizada como modelo.

Exaltarlos y no imitarlos sería elogio vano y estéril. Si hubo en nuestra historia una época en la cual vuestra conducta debe adaptarse a esos ejemplares, es la actual.

En consecuencia, no podría pensar que he cumplido la tarea que me ha sido encomendada sino contestando a estas dos preguntas.

¿Por qué estos grandes hombres, dotados de tanta virtud y de tanta ciencia se han consagrado sin reservas al Catolicismo Social?

¿Y por qué han sufrido tanto en el desempeño de ese apostolado?

* * *

¿Por qué se entregaron tan abnegadamente al catolicismo social?

Porque tuvieron la noción exacta de lo que debe ser el catolicismo para no limitar el alcance de su virtud. El catolicismo, según las proyecciones de su esencia, debe ser integral.

No es necesaria una observación demasiado detenida o profunda para darse cuenta de la deficiencia por demás generalizada en la apreciación del Catolicismo por parte de los

mismos que se consagran a su apostolado. Suele creerse que se cumple suficientemente ejerciéndolo con los individuos, con las personas. Se sienten convencidos por este razonamiento: hagamos bueno a cada individuo y habremos hecho buena a toda la sociedad. Este argumento simplista, suele también primar en el desempeño del ministerio sacerdotal. No hay ningún recinto por sagrado que sea, del cual esté excluída la penetración del individualismo.

Los que así proceden demuestran desconocer u olvidar la realidad de las proclividades alarmantes de la naturaleza humana y del poder impresionante del medio. ¿Acaso la madre cristiana no se desvela por inculcar buenos sentimientos en el hijo? ¿Acaso el maestro católico no trata de formar la voluntad de su discípulo? ¿Acaso el sacerdote no procura santificar las costumbres de su penitente? Madres, maestros, sacerdotes, decidme: ¿estáis satisfechos del porcentaje de la perseverancia? ¡No! ¿Qué es lo que pasa? La naturaleza se rebela y el medio actúa poderosamente en el hijo, en el discípulo y en el creyente. Es por lo tanto, necesario, imprescindible, restaurar, cristianizar los cuadros, los círculos, las instituciones, las sociedades donde los jóvenes desde la primera iniciación de sus actividades, deben comenzar a convivir. El catolicismo, entonces, debe penetrar también las colectividades. No sólo debe tratarse de que sea sana la planta. Para que pueda continuar viviendo es necesario que le sean propicios el terreno y el clima donde va a ser trasplantada. El apostolado del catolicismo no será integral si no es social.

Uno de los obispos recordados escribe: "Es necesario saber si debemos encerrarnos en una nueva Arca de Noé, o si deberemos, como todos los grandes Pontífices después de León, el Grande, obrar sobre el mundo. Y responde: la parábola de la oveja perdida basta para dirimir la cuestión".

* * *

¿Por qué han sufrido tanto los que se entregaron al apostolado social? Porque la naturaleza misma del apostolado lo exige. Demasiado lo sabían. Mientras el sacerdote desempeña sus deberes ministeriales dentro del recinto de la Igle-

sia y del ámbito de la sacristía, enseñando la doctrina, insumiendo largas horas en el confesonario, pronunciando sus homilías evangélicas y velando a la cabecera de los enfermos, podrá llevar una vida apacible y podrá también aparecer, nimbado de un halo de santidad aún a los ojos del mundo.

Pero, cuando además de cumplir con todos esos deberes sacerdotales, su vocación lo lleva hacia afuera para desalojar de los múltiples sectores de la sociedad la vida pagana e infundir la cristiana, cuando tiene que elevarse hasta las esferas patronales para hacer llegar sus censuras contra los abusos de la ambición y cuando, con igual intrepidez, debe descender a los círculos proletarios para recriminar los excesos de quienes pretenden vengar las expoliaciones del pasado con sus violencias reaccionarias del presente y del futuro; cuando organiza la resistencia a la ley que cuando no es promotora, sino atentatoria al bien común deja de ser ley; cuando, intérprete fiel de la justicia divina, denuncia las fallas de la justicia humana, que si es unilateral y se extrema contra una de las partes deja de ser justicia para volverse injuria "summum jus, summa injuria"; cuando extralimitándose las dictaduras comunistas o totalitarias, pretenden despojar a personas humanas o entidades jurídicas de sus inviolables derechos materiales o espirituales; cuando, obedeciendo a Dios antes que a los hombres, vindica en su nombre el respeto de la propiedad y de la libertad, éste más sagrado que aquél, porque la propiedad se refiere a lo que se posee y la libertad a lo que se es; cuando como está aconteciendo ya en algunas regiones remotas, debe intimar al poder temporal la ilicitud de su avance en el dominio espiritual, oponiendo el "non licet" del indefenso Pontificado de la Iglesia; en una palabra: cuando empieza a cumplir con las exigencias indeclinables del catolicismo social, comienza su vía dolorosa — "Hae initia sunt dolorum". Cada uno de esos sectores que se han cerrado a la penetración del Evangelio, se defiende como de un intruso del apostolado del sacerdote y del obispo, y trata de repelerlo o de silenciarlo, como a un turbafiestas, o como a un invasor. He ahí el secreto de tantas animadversiones, de tantas hostilidades ostensibles o encubiertas, que llegan a veces a pretender justificarse apelando a imputaciones calumniosas.

Para defenderse de la cristianización general, que es la finalidad del catolicismo social, suele apelarse a la inculpación de que invade el campo de lo económico o de lo político. ¡Ah, no! En el fondo de todo problema económico, social, político o internacional hay siempre una falla moral; ¡y el código de la única moral verdadera que es la eterna, es el Evangelio de Jesucristo!

* * *

Sobre los católicos que vivimos en la actualidad, pesa la responsabilidad de una obligación sagrada para con los hombres abnegados que con tanto sacrificio fueron elaborando las normas auténticas y exactas del catolicismo social, que es hoy una exigencia imperiosa e impostergable. Todos los favorecidos por la gracia divina de la fe católica tenemos vocación apostólica. Pertenecemos a una sociedad que es esencialmente apostólica. "Credo in unam Sanctam Catolicam et Apostolicam Ecclesiam".

El primer deber de todo apóstol consiste en adquirir un perfecto conocimiento del tiempo en que vive y del medio en que actúa. De lo contrario, su apostolado por activo que sea resultará estéril, porque será desplazado.

He aquí el acierto de aquellos grandes obispos, a quienes me ha cabido la honra de recordar.

Ellos observaron las deficiencias de su tiempo y descubrieron estas dos: la neutralidad y aún el ateísmo en la constitución de los cuadros sociales, a causa del sectarismo o del laicismo predominante en su época, y la disminución progresiva de la libertad de la Iglesia, por el avance creciente del absolutismo del poder temporal.

¿Nuestro tiempo no guarda alguna semejanza con el de ellos? Creo que sí, y pienso que estamos viviendo en un período de transición, cuyas proyecciones serán inmensamente más dilatadas, porque las fuerzas que se debaten tienden a refundirse en dos que se disputarán la civilización del mundo: el materialismo y el espiritualismo, que en sus formas concretas están representados en el comunismo y el cristianismo.

Todo cuanto hagamos en orden al catolicismo social

contribuirá al triunfo del espiritualismo. En el universo físico nada vuelve a la nada; lo mismo, pero con mayor trascendencia, acontece en el mundo moral.

Es lo que aconteció con el apostolado de los grandes obispos sociales, que no siempre comprobaron por sí mismos el éxito de sus trabajos abnegados. Pero sus ideas y las palabras con las cuales las divulgaban, iban a caer en el crisol incandescente del genio de León XIII. Allí se habían de purificar de toda la escoria que pudo adherírseles durante las luchas. Allí se habían de aquilatar, para que con ellas se elaborara esa lámina de oro en la cual el gran Pontífice había de cincelar con caracteres eternos la Carta Magna de los principios del Catolicismo Social. Así hizo su aparición en el mundo la Encíclica "Rerum Novarum" el 13 de mayo de 1891. Y cuando poco después las representaciones obreras de varias naciones, acudieron al Vaticano para congratularse con el Pontífice genial, éste hizo abrir de par en par los portones de bronce para que subieran por la escalera regia, como se hacía con los soberanos. Y uno de los católicos sociales de aquella época pudo decir que León XIII, al dispensarles esa solemne recepción abría los brazos y besaba en la frente a la nueva realeza que hacía su presentación en el mundo: ¡la realeza de la democracia cristiana!

Los últimos Pontífices han adaptado más, si cabe, a los actuales acontecimientos las ideas y las expresiones de la doctrina social católica, y el que hoy gloriosamente nos gobierna las ha puntualizado concretamente como normas salvadoras de la civilización.

Si para resolvernos no tuvieran fuerza decisiva las doctrinas y los ejemplos de los grandes obispos sociales, ténganlas las augustas directivas del Papa.

Actualicemos el mandato de Jesucristo: "Amarás a Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con toda tu mente." A Dios que está en el cielo y a Quien lo representa aquí en la tierra. "Con toda tu mente", es decir: con toda tu inteligencia, sin ninguna de las reservas de los regateos sofísticos. Si hay un sacerdote, si hay un obispo que puede expresarse así, es el que habla, y no como un arranque de su presunción sino como una consecuencia de su humillación.

Las juventudes contemporáneas aguardan la orientación hacia los grandes ideales que las entusiasman y por los cuales se juegan.

¡Qué responsabilidad para nosotros si alguien al escribir la historia de nuestros días utilizara para consignar las causas de la inacción el lamento de Jeremías: Las juventudes pedían el pan de la orientación y no había quienes se lo ofrecieran.

Hoy estamos comprobando con júbilo cómo sobre ciertas comarcas europeas afloran victorias democráticas cristianas, sobre las cuales se afirma la esperanza de algunas naciones. Pero tengamos presente que ellas no brotan como generaciones espontáneas. Las simientes se hallaban muy profundas y los riegos venían desde lejos fecundándolas por debajo de los escombros que sobre ellas venían acumulando acontecimientos posteriores. ¡Pero no olvidemos que no tienen derecho a pretender éxitos iguales los pueblos en que no se haya sembrado nada!

Señores Vicentinos: ¿seréis vosotros los predestinados? ¿Estaréis realizando en medio de nosotros el ensueño de vuestro fundador? ¿Será que Dios quiere demostrar, una vez más, la necesidad inmprescindible del amor fraterno como base única de toda restauración social, y que sin amor no puede haber ni justicia ni libertad? ¿Será la hora de la reviviscencia de Ozanam, y la hora de la recompensa de la caridad de los Vicentinos? ¡Dios lo quiera!

LLAMADO MATERNO

"Gemitus Matris tuae ne obliviscaris". Nunca eches en olvido las angustias de tu Madre.

ECCLI. 7 - 29.

El supremo dolor de la soledad de la Virgen fué causado por la inmolación que debió ofrendar de su amor sensible a la persona de su divino Hijo con quien había convivido durante treinta y tres años. Y esa inmolación debió realizarla mientras soportaba en sí misma el peso abrumador de la más cruel de las tragedias.

Pero esa inmolación tuvo esta inefable recompensa. La de la universalidad de su amor que sin perder en intensidad, se extendió a todo el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, a todos los individuos del género humano, que no se rehusaran a corresponderle. Antes de expirar, se lo puntualizó Jesús al decirle: "Mujer, he ahí a tu hijo." Desde ahora en adelante son hijos tuyos todos mis seguidores, todos mis discípulos. María aceptó la inmolación necesaria con la misma conformidad heroica con que había aceptado la Maternidad divina. Manteniéndose de pie junto a la cruz, inclinó la cabeza para repetir el "Fiat mihi secundum verbum tuum." Por insoportable que me parezca el desgarramiento de tu separación, Hijo mío, cúmplase en mí una vez más y siempre tu divina palabra.

Esta maravillosa lección debe enseñarnos a mortificar nuestro egoísmo cada vez que las causas desinteresadas y generosas exijan levantar y dilatar nuestro corazón para ponerlo a tono con la elevación y la universalidad de la caridad de Cristo.

El Evangelio es muy conciso. Parece que cuanto más trascendente es en su contenido, más lacónico es en su expresión.

Todo el incomprensible martirio de las tres interminables horas que pasó la Virgen frente al cadalso de su Hijo enclavado en su Cruz, está sintetizado en una sola palabra: "Stabat", se mantenía de pie. Mantenerse de pie en presencia del hijo a quien se está sacrificando, implica en una madre un heroísmo supremo. Y se mantenía de pie no sólo su cuerpo. Manteníase firme también su alma plena de vitalidad, de comprensión, de ofrecimiento, de inmenso amor. ¡Y cómo no! La que había aceptado conscientemente la maternidad divina y con ella la corredención humana, la Mujer fuerte, la Madre del Hombre-Dios, ¿podía en los momentos supremos de actualizarlas, desmayar o desfallecer? ¿Podía sustraer un solo instante de su inmolación por la humanidad, para pensar en sí misma? Los dos palos atravesados de los que pende el Hijo se mantienen rígidos. La naturaleza no será más fuerte que la gracia. La muerte no será más fuerte que el amor. La Madre se mantendrá firme también junto a la Cruz porque el Hijo tiene más que nunca necesidad de Ella. Tiene necesidad de su amor y de su dolor.

El Hijo en los momentos en que más necesitaría de todos está solo. Los discípulos lo han abandonado por pura cobardía. Su pueblo lo ha traicionado por sórdido interés. El velo del Templo se ha rasgado. La tierra se ha estremecido. Las piedras se han agrietado. El sol se ha escondido como para no iluminar tanta desolación. Al pie de la Cruz sólo queda firme la Virgen Madre. Ella sabe que el Hijo la necesita. No para amamantarse en su pecho, ni para reposar en sus brazos, como cuando era Niño. Ahora necesita su alma, su inteligencia, su corazón, su adhesión abnegada y total. Y ella mira, oye y se entrega. Aprende allí cómo hay que conducirse con los enemigos y hasta con los verdugos de su Hijo: "Perdónalos, Padre, no saben lo que hacen." Cómo hay que portarse con los pecadores que se arrepienten: "hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso".

Su corazón de Madre, se dilata hasta lo infinito para dar cabida a todos los individuos del linaje humano, inocentes y culpables, justos y pecadores, oprimidos y opresores, víctimas y victimarios. Nadie quedará excluído de su corazón, a no ser el que se obstine en sustraerse a él.

* * *

Corresponde desacar aquí la cooperación de la Virgen Santísima en la realización del plan divino de la universalización del amor. Formaba parte de los designios divinos el infundir en el pueblo Israelita el convencimiento de que Jehová es Dios de todos los hombres y de todos los pueblos y no solamente el Dios de Israel. Esta verdad es de una trascendencia que recién ahora comienza a apreciar el mundo. En ella está la causa profunda de todo el drama de Israel. Durante siglos ha continuado persuadiéndose a sí mismo que es el único elegido entre todos los pueblos de la tierra. En los designios de Dios estaba el hacerle comprender que su elección no había sido para establecer una exclusividad, sino para servirse de él con el propósito de atraerse a todos los pueblos. Estaba predestinado para preparar la venida del Mesías, pero cuando el Mesías llegara, ese pueblo debía hermanarse con todos los pueblos del mundo para recibirlo, reconocerlo y proclamarlo Señor de la entera humanidad.

La Virgen Santísima, flor del pueblo judío, es la primera creatura que comprende y acepta el plan divino e inaugura el reino del amor universal a Cristo y en Cristo a todos los hombres desde Adán hasta el último sobreviviente que se extinga antes de iniciarse el juicio final.

Ella no se limita a ser una hija de Israel. No se encierra dentro de los límites de una raza. Trasciende de ella y se dilata a toda la humanidad. Su amor adquiere la amplitud de la universalidad y queda constituído en refugio de todo el género humano, al cual puede ya dirigirse Jesucristo, diciéndole: "Ecce mater tua". Esto es lo que el misterio de la Pasión crea en la profundidad de su corazón inmensamente dilatado por el más grande de los dolores humanos.

Al morir Nuestro Señor Jesucristo, en la tarde del Viernes Santo, muere también en el corazón materno de la Virgen el amor limitado, el amor humano, por decirlo así, hacia la persona particular de su Hijo Divino y nace en su lugar el amor de su maternidad universal para todos los hombres. Y para esto ha tenido que morir previamente en su Corazón, la dicha inmensa que le comportaba la convivencia con el Hijo de Dios hecho Hombre en sus virginales entrañas. La gloria de la resurrección no había de darse en Jesucristo sino mediante el terrible dolor de la muere que separaba su alma de su cuerpo. La gloria de

la universalidad del amor en María no podía conquistarse sino mediante el desgarramiento de la separación del Hijo que la dejaba en la más angustiosa soledad.

* * *

¡Pobre Madre! En presencia del impresionante cuadro vivo de su desolación, debemos recordar las palabras que me han servido de texto: "Nunca eches en olvido las angustias de tu Madre". ¡Cuántos martirios has tenido que soportar y con cuánto heroísmo, con cuánta resignación, con cuánta conformidad para adquirir la facultad de auxiliarnos y de salvarnos como madre!

Gracias a esos inenarrables martirios, no hay en toda la tierra un punto desde el cual un ser humano que se sienta culpable o se considere desgraciado, se vea privado de la necesaria confianza para volverse a ti invocándote con la palabra o con el corazón en términos como éstos: Madre de Dios y Madre mía, ruega por mí aunque soy un pobre pecador, ahora que me encuentro en esta gran necesidad o que me debato en esta gran miseria, y en aquella otra hora en la cual de nada me servirán mis ambiciones cumplidas o insatisfechas, en la hora lejana o próxima de mi muerte.

¿Cómo no hemos de tener confianza de acudir a ti, si tú, Madre buena, te adelantas y les sales al encuentro para salvarlos a aquellos que se alejan de ti y aún a los que te reniegan y persiguen?

* * *

El mundo ha de hallarse en algún gran peligro, la humanidad ha de estar en vísperas de alguna tremenda crisis, cuando esta Madre infinitamente buena está apareciéndose en tantos lugares, para advertir a los hombres que se arrepientan de sus culpas, que se aparten de sus extravíos, que dejen de hacer el mal, que hagan penitencia, que se decidan a practicar el bien, y que se unan para salvarse.

Quiero referirme a la más reciente de estas apariciones, cuyo fiel relato seguramente producirá en vuestras almas, la misma

fuerte y saludable impresión que ha causado en la mía, la comprobación que de ella acabo de hacer en el último mes de diciembre en Roma.

El hecho que voy a relatar sobre cuya autenticidad dictaminará a su tiempo la Iglesia, es de data muy reciente: tuvo lugar el domingo 12 de abril de 1947. Todos los habitantes de Roma y cuantos tienen la dicha de visitarla, conocen el lugar donde se produjo. En los contornos suburbanos de la Ciudad Eterna, fuera de sus antiguas murallas, más allá de la Basílica de San Pablo, se halla el sitio denominado "Le Tre Fontane": Las Tres Fuentes que, según la tradición, brotaron en los tres puntos a los cuales saltó la cabeza del Apóstol al ser separada del tronco por el hachazo del verdugo que lo ejecutó por orden de Nerón.

Al finalizar el siglo VI levantóse allí un monasterio que en el siglo XII pasó a pertenecer a los Monjes Cistercienses y en tiempos de Pío IX a los Trapenses. Los terrenos adyacentes eran malsanos y palúdicos. Los monjes lograron sanearlos con plantaciones de eucaliptus y otros cultivos. Sobre una prominencia contigua hay una pequeña gruta formada naturalmente en la tierra greda. Los eucaliptus de su alrededor son fragantes y frondosos. A este lugar acudió a pasar la tarde de aquel domingo, un obrero tranviario de unos 35 años, llamado Bruno Cornacchíola con sus tres hijos, una mujer de 10 años y dos varones de 8 y 4, respectivamente. El obrero es un hombre sano, fuerte, vivaz, de mirada penetrante y de temperamento sanguíneo y fogoso. Se había transformado en un anticlerical furioso: odiaba a la Iglesia y al Papa. Blasfemaba de la Virgen Santísima y atacaba con encarnizamiento el dogma de su Concepción Inmaculada. Había cavado un abismo entre la fe católica y su familia. Se había incorporado a una secta Protestante y desarrollaba un activísimo apostolado, preferentemente entre sus jóvenes compañeros de trabajo.

Mientras los niños juegan entre los árboles, él se sienta, saca de su bolsillo la Biblia y la estudia a su manera, preparando la conferencia que debe pronunciar al día siguiente contra el culto de la Santísima Virgen. Al llamado de uno de los niños, interrumpe la lectura y a los pocos pasos, al mirar en dirección a la gruta, ve al más pequeño de sus hijos en una actitud que

lo sorprende. En esa posición no lo había visto jamás. El niño está de rodillas, como en éxtasis, con sus manecitas juntas y sus ojos fijos en el fondo de la gruta. Pronuncia palabras que el padre percibe reiteradamente: "¡Oh bella señora, bella señora!" Bruno llama a su hija que se encuentra sobre la gruta juntando flores silvestres. Le pregunta: ¿ves algo dentro de la gruta? No. La misma pregunta dirigida a su otro hijo que se halla a su lado, es contestada de la misma manera. Pero al instante, la niña cae de rodillas, junta sus manos y absorta exclama a su vez: "¡Oh bella señora!" Y esto mismo hace también su otro hermanito. El obrero, según su propia confesión, se siente en ese momento invadido por un misterioso terror. Le asalta a la mente la posibilidad de una intervención diabólica. Trata nerviosamente de hacer volver en sí a sus hijos, creyéndoles sugestionados. Asoma a sus labios esta invocación: "Sálvame tú, Señor". Pronunciadas estas palabras, siente una rara impresión: dos manos lo empujan hacia adelante y luego hacen caer de ante sus ojos una especie de velo que le intercepta la visión, se siente con la agilidad de un cuerpo etéreo y ve un resplandor celestial en cuyo centro está una mujer paradisíaca, cuya descripción le resultaría imposible, según su propia declaración. Pero ha logrado documentar que su rostro era de nobilísima belleza, ligeramente ovalado y de tez más bien oriental. Sus cabellos negros, según pudo vérselos sobre la frente en la parte de la cabeza que dejaba descubierta el manto de un color verde como el de la vegetación primaveral, que le llegaba hasta los pies, cubriendo la blanca túnica, ceñida en la cintura con una faja de color de rosa. Sus pies desnudos, se apoyaban sobre una pequeña elevación y su estatura, consideradas las dimensiones de la gruta, era aproximadamente de un metro y setenta centímetros. Su actitud era majestuosamente benigna. La bella señora, apretaba con las manos sobre el pecho, un libro de tapas grisáceas. ¿Sería la Biblia?

En ese instante y sin haberlo resuelto, el obrero se encontró arrodillado con sus hijos, al lado de ellos y con las manos levantadas y juntas, en actitud de orar. Entonces oyó una voz bien timbrada pero suavísima, como jamás la había escuchado en la tierra. Con esa voz celestial la Bella Señora le dijo: "Yo soy Aquella que está en la Trinidad Divina. Soy la Virgen de

la Revelación. Tú me ofendes: ¡basta ya! Vuelve al santo redil, que es en la tierra una corte celestial. ¡Los nueve primeros viernes que hiciste, antes que te desviaras por la senda de la mentira, te han salvado!"

Con esta emocionante introducción comienza el coloquio entre la Virgen y el obrero. La conversación duró desde las 16 y 10 hasta las 17 y 30. Durante ella la Virgen se refirió al obrero y a todos los creyentes y le dictó un mensaje secreto destinado al Papa. Insistió en que se ore mucho y se rece diariamente el rosario, implorando la conversión de los pecadores, la fe para los incrédulos y la unión entre todos los cristianos.

La Virgen Santísima terminó recomendándole una gran discreción y que para entregar el mensaje al Papa fuera acompañado por un sacerdote al cual reconocería por la consigna que Ella misma le dió.

En seguida de haber terminado de hablar, la Virgen, conservando las manos sobre el pecho, sonrió y dió algunos pasos hacia el fondo de la gruta. El niño Carlos se levantó y corrió a tomarla del manto; pero Ella continuó alejándose a través de la gruta y en dirección a Roma. Terminada la visión, Bruno dijo a sus hijos: "¿Habéis visto? ¡Esa era la Virgen!" e inmediatamente se sentó sobre una piedra para escribir todo cuanto acababa de escuchar.

Las apariciones se han repetido varias veces. Desde el 28 de abril hasta el 7 de mayo el sacerdote designado por la Virgen dió una serie de instrucciones religiosas a Bruno, quien las comprendía y aceptaba jubiloso como si le hubieran sido reveladas con anterioridad. El 7 de mayo hizo con pleno convencimiento y emocionado fervor, su abjuración del protestantismo. El mismo día fué entregado a la Sagrada Congregación del Santo Oficio el relato de la Aparición, acompañado de una carta dirigida al Papa. Este mismo sacerdote será, seguramente, afirmó Bruno en aquella fecha, quien me acompañará cuando tenga la dicha de presentarme ante el Sumo Pontífice.

A mediados del último mes de diciembre se nos informó en Roma que el Santo Padre en esos días había rezado el Santo Rosario acompañado de diez trabajadores. Entre ellos estaba Bruno y el sacerdote confidente suyo. Terminado el rezo, el obrero entregó al Papa el Mensaje de la Virgen y, según se nos

informó, un pequeño envoltorio conteniendo el arma con que había de ultimarlo si se presentaba la oportunidad. La Iglesia, siempre cauta, no precipita su juicio definitivo. Pero entretanto, a nosotros, bajo la fe humana, ¡cuántas reflexiones nos sugieren estos extraordinarios acontecimientos!

* * *

Inmediatamente después de las apariciones referidas, un escultor insigne fué encargado de esculpir en madera policromada, una estatua que representara lo más fielmente posible a la Virgen de la Revelación. No sé si lo ha logrado del todo. Pero vestida de la blanca túnica ceñida por la faja de color rosa, cubierta con el manto verde azul y las manos apretando el libro contra el pecho; su rostro celestial revela un no sé qué de serena bondad que al verla causa la impresión de la Madre que sigue a los pecadores, llamándolos con la ternura de la mirada para devolverlos a Dios. La impresión que he experimentado al venerarla no es comparable con ninguna de las recibidas en la contemplación de tantas otras imágenes.

* * *

Cuando se terminó la estatua, fué llevada a la Plaza de San Pedro el 5 de octubre. Bajo los ventanales de las habitaciones del Papa, fué colocada sobre la carroza de gala, destinada a conducir a los soberanos extranjeros. Llevaban la carroza tres yuntas de caballos blancos. Le formaban cortejo, niñas vestidas de blanco. Toda Roma acompañó la imagen. A su paso por las calles, las flores llovían desde los balcones y las multitudes engrosaban incesantemente su séquito. Al llegar a la gruta, la ceremonia terminó en medio de una emoción general que se intensificó en forma extraordinaria, al saberse que los que bajaban de la carroza la imagen, habían sido favorecidos con grandiosos milagros.

Desde entonces los hechos maravillosos se multiplican, los ex-votos cubren los rústicos muros, las lámparas arden, los ci-

rios se consumen, las multitudes se agolpan, las conversiones se suceden y la fe se expande y vigoriza.

Ausente Bruno de Roma por aquellos días, he conversado con los niños videntes, sus hijos, y he venerado la imagen de la Virgen de la Revelación.

¿Por qué se denominó Ella misma: "La Virgen de la Revelación"? Tal vez para recordar al mundo en esta época de desaprensión religiosa, que es la misma que fué prometida por Dios el día de la caída de la humanidad. El día en que Dios, previendo los desastres que le sobrevendrían, como consecuencia del pecado, dijo al seductor Satanás, al padre de la mentira: "Crearé una irreconciliable enemistad entre ti y la Mujer y quedará enablada una guerra encarnizada y sin tregua entre tu descendencia y la suya".

Nosotros pertenecemos a la descendencia de la Mujer, de la Virgen de la Revelación. Ella cumplió su destino, desde que llegó la hora de presentarse en el mundo para ser Madre de Dios y Madre de los hombres, afrontando con heroísmo, resignación y conformidad todos los martirios que fueron necesarios. Desde el cielo continúa su misión. La humanidad sigue pecando y Ella se empeña con sus apariciones en procurar su arrepentimiento para preservarla de los castigos de la Justicia Divina.

El materialismo de la vida está sofocando al espiritualismo. Las conveniencias temporales están quebrantando la resistencia moral. Las transgresiones del Decálogo se multiplican mientras disminuyen los heroísmos de la virtud. Es excesivo el número de los incrédulos y aún de los creyentes y cristianos que están cediendo ante los halagos del sensualismo. La descendencia del tentador que trata de esclavizarnos al mal, arrecia en su lucha contra la decencia de la Mujer celestial que se esfuerza por libertarnos con el bien.

Y hoy desde el fondo del dolor de su Soledad en el Calvario, como desde el fondo de la Gruta a su perseguidor, la Virgen de la Revelación nos dice maternalmente a cada uno de nosotros: "tú me ofendes, hijo mío, basta ya". "No eches en olvido las angustias de tu Madre". Aquí no cabe sino una respuesta: Sí, Madre nuestra, basta ya, para que de esa manera cada uno de nosotros se salve y también para que se alejen las amenazas que se ciernen sobre la humanidad.

RENOVACION ESPIRITUAL

"Si consurrexistis cum Cristo, quae sursum sunt quaerite ... quae sursum sunt sapite, non quae super terram".
Si habéis resucitado con Cristo buscad y gustad las cosas celestiales, no las terrenas.

SAN PABLO EN SU EPÍSTOLA A LOS COLOSENSES. CAP. III, V. 1.

CUALESQUIERA que sean las circunstancias en las cuales incida la celebración de la Pascua de Resurrección; en las Catedrales y las Basílicas, en los Santuarios y los Templos, en las Capillas y los Oratorios diseminados por el universo, las campanas repican, los órganos resuenan, los altares se engalanan, los recintos resplandecen y los sacerdotes se revisten con los ornamentos de nieve y oro para la celebración de la primera entre las solemnidades del Año litúrgico.

Así ha sido desde los comienzos de la Iglesia militante y continuará siendo hasta su entrada en la eternidad como Iglesia triunfante, porque la Resurrección de Jesucristo es la prueba inconcusa y definitiva de la verdad divina, de la cual es la auténtica depositaria y porque es además la causa generadora de las infinitas resurrecciones que se operan de continuo en el mundo moral.

El espectáculo de la muerte nos asedia con harta frecuencia. A pesar de ello no nos habituamos y siempre nos sobrecoge. Ante la muerte nuestros sentidos se impresionan como en presencia de algo antinatural y nos esforzamos por evitarla. Pero no sólo mueren los cuerpos. Mueren también la virtud, la honradez y la libertad; mueren también la fe, la esperanza y la caridad en las almas. Y esas muertes morales, cuyos efectos no

siempre trascienden al exterior, no nos causan la misma repulsión. Al contrario, parece que nos connaturalizamos con ellas y no nos preocupamos de preservarnos de su contagio. Y cuando ese estado de depresión de las virtudes morales se generaliza y se vuelve endémico, sobreviene en seguida un notable descenso de la civilización cristiana y un simultáneo recrudecimiento de la pagana. Y es éste el estado lamentable en que al presente nos encontramos.

Y ¿qué sería de nosotros, qué sería del mundo contemporáneo, si no se operaran las resurrecciones sucesivas de las virtudes morales? La resurrección de los cuerpos es uno de nuestros dogmas. Después que se hayan convertido en polvo "pulvis es et in pulverem reverteris", el mismo Dios que los creó de la nada, los resucitará del polvo. "Creo en la resurrección de la carne". Esa resurrección de la carne será para muchos de gloria y para muchos otros de ignominia. San Pablo nos lo advierte: "Omnes resurgemus, sed non omnes inmutabimur". Todos resucitaremos pero no todos seremos transfigurados. La suerte de las resurrecciones corporales será por lo tanto diversa; pero las resurrecciones morales son siempre gloriosas.

Si Cristo no hubiese resucitado, los cristianos seríamos los más miserables de los hombres. Pero porque ha resucitado somos los más afortunados porque poseemos el manantial inagotable de la confianza en nuestras propias resurrecciones.

Podemos padecer tentaciones, soportar vejámenes y opresiones, sufrir desfallecimientos y aún lamentar caídas. Pero sabemos que se mantiene inmanente la Piscina Probática del Evangelio, en cuyas aguas podemos sanar, recobrar la vitalidad moral y resucitar.

La fe nos enseña que desde el momento en que comenzamos a ser cristianos nos incorporamos a Jesucristo haciéndonos miembros de su Cuerpo Místico.

Los miembros participan de la vitalidad del cuerpo. Cuando nos separamos de El, deja de circular en nosotros su vida y caemos en la muerte moral. Y se hace necesario volver a unirnos a El para tornar a participar de su vida.

* * *

Vosotros habéis leído y yo he tenido la dicha de haber oído el magistral discurso pronunciado por el Sumo Pontífice en la Sala del Consistorio el 23 de diciembre, anunciando para el día siguiente la apertura del Año Santo. En ese discurso el Vicario de Jesucristo, el Maestro Universal, el Padre de las almas, hace un férvido llamado de resurrección moral a los individuos, a las clases y a las Naciones.

En la ola cenagosa de materialismo que se expande sobre el mundo, continúan anegándose los valores morales. Por adquirir dinero y por aumentarlo; por escalar posiciones y por conservarlas; por fomentar el sensualismo y por disfrutarlo, se sofocan las adhesiones a los principios, las admoniciones de la conciencia, las consecuencias con la amistad, la lealtad para con los benefactores, las obligaciones para con la Patria y los deberes para con Dios.

* * *

El Vicario de Jesucristo anhela que el Año Santo determine en primer término la renovación espiritual del mundo moderno y resuelva la crisis moral que afecta a la civilización de nuestro tiempo.

El materialismo reinante se empeña en apagar las últimas chispas de la espiritualidad y amortiguar las debilitadas reacciones de la conciencia. Con este propósito explica las transgresiones a la Ley divina, como efectos necesarios de la debilidad humana y hasta pretende cohonestarlas, elevándolas a la categoría de virtudes humanas. De esta manera la subestimación de las virtudes morales, reinstala el paganismo. El Papa menciona al pagano Sallustio quien hastiado de la corrupción provocada por el materialismo de su época escribía: "hemos perdido hasta el significado de las palabras porque a la dilapidación de los bienes ajenos se la llama "liberalidad" y a la audacia en la ejecución del mal, se la denomina "fortaleza".

Transformando artificiosamente el sentido de las palabras expresivas de las más importantes actividades de la vida pública y privada, aplauden lo que la conciencia les recrimina, cohonestan lo que su alma les reprocha y reniegan de lo que en la intimidad aprueban.

El Año Santo con su abundancia de espiritualidad debe penetrar como la levadura en la masa, hasta el fondo de nuestra civilización para impulsar el gran retorno y hacer conseguir el gran perdón.

RETORNO DE LOS INDIVIDUOS

Las fascinaciones de la vida terrena operan victoriosamente no sólo sobre los individuos incrédulos, sino también sobre una infinidad de cristianos y católicos. Son creyentes, pero su espíritu tan débil como su carne los convierte en tránsfugas de su fe y en desertores de los deberes que comporta. En la práctica de la vida se confunden con los paganos. Se han alejado de la casa paterna y han olvidado los deberes de hijos. Han dilapidado los bienes del espíritu y se han convertido en pródigos morales. El viejo Padre de la parábola evangélica espera ansioso su retorno en el umbral de la Puerta Santa. Ojalá muchos de los que perecen en la miseria espiritual, hagan suya la resolución del que se decide a volver: "Surgam". ¡Me levantaré! He ahí la gran resurrección que si se multiplicara adelantaría la regeneración de la humanidad.

RETORNO AL ORDEN SOCIAL

El desorden social en que se debate la humanidad proviene de la total deformación del concepto acerca del origen y del destino del hombre. Se ha pretendido hacer del hombre un ser autónomo independiente de Dios y de sus leyes morales y por lo tanto irresponsable para con sus semejantes y para la sociedad. De aquí surgió y se afianzó durante muchas décadas el individualismo desenfrenado que terminó en una crisis de la libertad.

Para combatirlo —también fuera de las normas divinas— continúa todavía ensayándose el menosprecio de la dignidad de la persona humana, la negación de sus libertades fundamentales y el predominio de una sola clase social. Para establecerlo se exige el sometimiento de las personas y de los bienes al Es-

tado totalitario. He ahí las dos teorías trabadas en lucha para establecer el nuevo orden social en el mundo. Ni la una ni la otra lo conseguirán jamás. El individualismo, producto del egoísmo personal, actuará siempre en detrimento de la comunidad y el colectivismo, procedimiento para la absorción estatal, exigirá siempre el sojuzgamiento del individuo; y el individuo no es para el Estado sino el Estado para el individuo.

Uno y otro sistema igualmente contrarios a las normas divinas, no pueden crear el orden sino el desorden social.

RETORNO A LA UNIDAD ESPIRITUAL

¡Ah! ¡Si este Año Santo, satisfaciendo el anhelo del Pontífice pudiese saludar el gran retorno al seno de la Iglesia, que por ser Católica es universal, de todos los que se separaron de ella por desinteligencias y por intereses transitorios! Hoy más que nunca urge esta unión la apremiante necesidad que siente la civilización cristiana de unir todas las reservas espirituales contra el materialismo ateo que se halla en permanente militancia en todo el universo. ¿Para cuándo se posterga la defensiva, que sólo tendrá éxito mediante la vinculación de todas las energías del espíritu de justicia equitativa y de amor fraterno?

RETORNO A LA CONCORDIA INTERNACIONAL

La civilización cristiana debe culminar en la confraternidad universal. Las familias congregadas en una región constituyen la unidad de la Patria. Las Patrias diseminadas sobre la tierra deben establecer la unidad de la humanidad. Y esta unidad no puede establecerse en el aislamiento sino en la solidaridad, no en el egoísmo nacional sino en la generosidad humana. El amor de sí mismo no debe menoscabar el amor de la familia, ni el de la familia el de la Patria, ni el de la Patria el de la humanidad.

La Patria debe engrandecerse por el progreso en la paz y nunca por la fuerza en la guerra. Sirvan los desastres comunes de las guerras para crear el anhelo de la paz.

Durante el Año Santo se encontrarán en Roma, como lo hemos visto ya, aquellos a quienes se ordenó sembrar la muerte, con aquellos que fueron diezmados, los invasores con los sojuzgados, los que cercaron campos de concentración con alambres punzantes con los que fueron sus prisioneros en los angustiosos recintos. Esta hermandad en su retorno a Dios ¿no hará germinar en todos ellos para cuando regresen a sus Patrias el anhelo de la paz de Cristo en el reino de Cristo?

EL GRAN PERDON

El complemento del retorno a Dios, es su perdón. Y la condición indispensable del perdón es el arrepentimiento y la expiación. Es necesario resolverse a inmolar y sepultar el egoísmo, la sensualidad, la ambición, el odio, para que con la absolución divina resuciten la abnegación, el renunciamiento, la generosidad y el amor. Para que se produzcan estas gloriosas resurrecciones, para que sean realidades permanentes estas reconciliaciones del hombre con Dios, deben ser necesariamente precedidas de las reconciliaciones del hombre con el hombre.

No debemos olvidar jamás que el perdón divino de nuestras deudas ha quedado condicionado por Dios al perdón humano que otorguemos a nuestros deudores.

* * *

En la oportunidad providencial de nuestra visita al iniciarse el Año Santo, el Sumo Pontífice se dignó concederme el privilegio de impartir su Bendición Apostólica a mi Parroquia de San Miguel Arcángel, mi familia espiritual.

He querido fijar en vuestras almas los elevados pensamientos que acabo de exponer, extrayéndolos del magistral discurso pontificio, mencionado al principio de esta alocución. Cuando terminado el Santo Sacrificio de la Misa tenga

la íntima satisfacción de daros por delegación augusta del Vicario de Jesucristo, su Bendición con todas las gracias que la acompañan, haced el propósito de fijar y perpetuar en vuestras almas esos pensamientos que os harán preferir los intereses elevados y celestiales a los puramente bajos y terrenos. De esta manera se realizarán en vosotros las gloriosas resurrecciones morales a que se refiere el Apóstol, las únicas que pueden dar la paz a las conciencias, a las familias, a las sociedades, a la Patria y a la humanidad.

EL PROBLEMA DEL HOGAR DE LA EMPLEADA SIN FAMILIA

El año anterior conmemoramos el "Día de la Empleada" en el subsuelo inferior, entre los escombros removidos por las profundas excavaciones exigidas por la solidez de la cimentación de este magno edificio, corona de mis actuales aspiraciones y anhelo largamente acariciado por tantos centenares de Empleadas solitarias.

Aquel día y en aquel ambiente, desde el fondo del alma subió a mis labios esta duda angustiosa: "¿lo veré terminado?" No pude calcular en ese momento el grado de emotividad que esa expresión había de operar en mí; ni el grito con que las Empleadas presentes, en coro emocionante y unísono contestarían con aquel "¡sí!" que conmovió hasta las lágrimas al público que se hallaba congregado.

* * *

Este año lo celebramos en alto, en el primer subsuelo, en este salón inmenso de 61 metros de largo por 19 de ancho, totalmente libre de columnas, cuyo techo se ve sustentado por vigas formidables con resistencia para ochocientas toneladas y que sorportarán de manera inconmovible a los siete pisos de la importante construcción a punto de verse coronada. Para todo ello se ha invertido ya la suma de dos millones y doscientos mil pesos. ¿Cómo se la ha recolectado? Y ¿cómo se han obtenido los materiales requeridos? La intervención de la Providencia divina y la intercesión de nuestra Teresita del

Niño Jesús, cuya reliquia insigne obsequiada recientemente por su hermana, se halla en este Altar, se nos hacen a cada paso visibles.

Pero en la realización de las obras gratas a Dios y benéficas para los infortunados, la cooperación humana es absolutamente indispensable. Aquel ¡sí! que fué voceado hace un año causó en todos la sensación de un juramento. Y las Empleadas lo están cumpliendo. ¡Honor a ellas y a todos cuantos las secundan, porque están mereciendo bien de la Patria!

Todos tenemos el deber de contribuir en la correspondiente medida, al engrandecimiento y a la prosperidad de la Patria. Tal es entre otras la finalidad nobilísima de la iniciativa privada que no sólo es un derecho, sino además un deber.

Hay una cierta propensión a esperarlo todo del Estado. Es una tendencia funesta. En general no son partidarios de ella los que quieren servir al Estado, sino los que aspiran a servirse de él. El verdadero patriotismo consiste no en evadir los sacrificios que comporta la realización de las iniciativas privadas, sino en afrontarlos y superarlos.

En cuanto a nosotros, fieles a las normas de nuestra doctrina social católica, nos resulta más grato y más digno, ser para el Estado un alivio, que una carga.

La norma reguladora de la intervención de los Estados para el progresivo desenvolvimiento de los pueblos, debe ser ésta: dejar hacer a la iniciativa privada todo el bien que por sí sola puede, ayudarla en lo que no puede y sustituirla sólo en lo que ni puede ni debe.

Esta fórmula permite y legitima la colaboración de los individuos y las instituciones con los Estados para el mayor bienestar de los pueblos. Los Estados, desde los más poderosos hasta los más modestos, se hallan precisados a tener una administración esencialmente burocrática y hay muchas actividades humanitarias que resultarían ineficaces con la sola burocracia por perfecta que fuere, porque para ser eficientes requieren indispensablemente alma y corazón.

* * *

Todo el mundo cristianamente civilizado reconoce y proclama la seguridad de las normas que dicta el Vicario de Jesucristo para la prosperidad moral y material de la humanidad. Pío XII en una alocución reciente dirigida el 27 de abril de este año, a los delegados de la Conferencia Mundial de Cámaras de Comercio, defendió la iniciativa individual en el libre desarrollo del comercio, siempre que se mantenga dentro de los límites de la justicia y la moral. ¿Cómo entonces podría obstaculizarse la libertad de la iniciativa individual en la realización desinteresada del bien, sin otro objetivo que el mismo bien?

* * *

Si se ausculta el fondo de toda creatura humana bien nacida, se percibe en ella los latidos que la impulsan a bendecir y estimular a los que se consagran a la práctica del bien. Esos latidos son como resonancias de los pasos de aquellos que andan por el mundo sembrando como el pobre de Asís la paz y el bien, "pax et bonum", realización bellísima de estas palabras bíblicas "cuán celestiales son los pies de los que pasan por la tierra evangelizando la paz y practicando el bien".

Yo he estado experimentando, principalmente durante este último mes, aquella predisposición instintiva de la naturaleza humana. Ciertas circunstancias podían hacerme dudar de la eficacia y aún de la oportunidad del llamado público que el total agotamiento de los recursos para la prosecución de esta obra, hacía imprescindible. Después de meditarlo largamente y de encomendarlo a Dios, le dije como sus Apóstoles: "en tu nombre, Señor, echaré las redes".

No hay ninguna situación de la cual se deba desesperar. El optimismo puede fracasar alguna vez, pero el pesimismo es de antemano el eterno fracasado. Las dificultades que surgen no deben servir para detener y mucho menos para vencer a los hombres; los hombres se deben templar para superar las dificultades.

A veces cunde el desaliento porque se acumulan cenizas que ocultan a los espíritus timoratos la posibilidad de toda

reacción favorable. Y suele bastar que alguien entre los hombres que tienen puesta su confianza en Dios y en las reservas de la naturaleza humana, emita un soplo vigoroso de optimismo, para aventar las cenizas, reavivar las chispas y encender la llama. Y es esto lo que está conteciendo con esta obra destinada a llenar en la Capital de la República, un vacío de consecuencias funestas. No existe un sector político, religioso, social, económico y nacional, del cual no hayan surgido adhesiones entusiastas, congratulaciones efusivas y estímulos reconfortantes. Eclesiásticos, laicos y militares, cristianos e israelitas, ancianos y niños, afortunados y menesterosos han rivalizado para responder con espontánea premura al simple llamado de mi humildad, oblando contribuciones cuantiosas y modestísimas. Aquéllos han dado mucho de lo que pueden y éstos de lo que no pueden.

Es obra justa dar lo que sobra, pero es obra heroica dar lo que hace falta. Estas donaciones me han conmovido hasta lo más hondo, y si los muros que se levantan para este Hogar, pudieran sentir se estremecerían de afectuosa gratitud desde sus cimientos.

Con esas oblaciones espontáneas y entusiastas anuncio con hondo reconocimiento y con intenso júbilo que hemos obtenido más de lo que tímidamente habíamos solicitado (1). Lo oblado hasta ayer alcanza a 626.655.91 pesos.

Gracias sean dadas a Dios y a los millares de corazones que se han conmovido a quienes con nuestras férvidas acciones de gracias, les llega como a cooperadores en la obra de la F.A.C.E. la Apostólica Bendición paternalmente impartida por el Papa sabio, santo y Mártir incruento que es el Pontífice Pío XII.

Debo una mención especial y una palabra de público aplauso a las Comisiones Directivas de los sindicatos y a todas las socias de la F.A.C.E., porque quitando tiempo a su descanso y sus esparcimientos, a su alimentación y a su sueño, con ingeniosas inventivas de su inteligencia, con actividad infatigable y dedicación amorosa han alcanzado a reunir duran-

(1) Véase al final el texto de esta solicitud.

te el mes de preparación de este Día de la Empleada la suma de 175.227.69 pesos.

Con el resultado, pues, tan consolador de estos esfuerzos comunes, bendecidos por Dios, podemos techar el séptimo piso y continuar la construcción de este magno edificio. Pero ¿podremos terminarlo? Dejo la respuesta a las gentes acaudaladas. Tienen ellas la última palabra. Para exhortarlas a que sea afirmativa les diré que si no dan por amor al prójimo den por el amor de sí mismas, valiéndome de este apóstrofe de San Agustín: "Se te pide a ti, pero recuerda que también pides tú. Lo que hagas tú con el que te pide, Dios hará contigo. Estás colmado de algunos bienes, pero respecto de otros eres indigente. Sacia de tu abundancia la indigencia de quien te implora, para que Dios, de su plenitud, satisfaga la tuya" (Sermón sobre el salmo 53).

Yo no puedo, no debo y no quiero cejar en la prosecución de la tarea de poner en práctica las directivas sociales de la Iglesia en beneficio positivo del pueblo, teniendo siempre hasta el fin de mi vida en vista y con probado desinterés la prosperidad de la Nación.

Sin temor de ser desmentido puedo afirmar que durante mi larga vida sacerdotal he hecho lo posible por servirla. Lo único que no se me puede lealmente discutir es el derecho a contarme en el número de aquellos que sin nunca haber pretendido ni esperado nada de la Patria, han realizado esfuerzos para servirla como a la propia madre, y no sólo en épocas normales, sino también en trances extremadamente peligrosos, como en las vísperas del Centenario de la Independencia en 1910, cuando se intentaba anegar en sangre las fiestas aniversarias y en las trágicas y cruentas revueltas sociales de 1919, cuando se pretendía derrocar al gobierno constitucional y cambiar la fisonomía y aun la bandera que deben ser intocables, de nuestra Patria.

Alguna vez se hace necesario rememorar los hechos para que no sufra detrimento la verdad, ni se adultere el fallo de la historia.

* * *

A esta obra material en marcha, es necesario mirarla también en su contenido social y moral. Desde este punto de vista se levanta sobre estos cuatro pilares básicos: Dios, Patria, Familia y Propiedad. Puesta en salvo la incolumidad de estos principios no habrá ni preferencias ni exclusivismos sociales, raciales, religiosos o políticos. Albergará empleadas solitarias y que quieren bastarse por sí solas asegurando su existencia y su honra. Convivirán en una hermandad cordial en este confortable Hogar, al cual en un principio denominé: "monumento de conciliación humana y de confraternidad cristiana" y acerca del cual añado ahora que será también un salmo de piedra que transmitirá a las generaciones sucesivas, las excelencias de la iniciativa privada y las de esta única norma que deberá regirlo: "Libertad dentro del orden y alegría dentro de la moral".

LLAMADO A LA COOPERACION

De mi mayor aprecio:

El hogar de la Empleada sin Familia, viene a llenar en Buenos Aires, un gran vacío de perniciosas consecuencias. No es humano que continúen en el desamparo tantos centenares de empleadas obligadas a defender por sí solas su subsistencia y su honra. Mejor es prevenir que remediar.

Tal es la finalidad humana y cristiana del gran edificio que continúa levantándose merced a incontables y a veces heroicos esfuerzos, como bien lo sugieren los dos millones que hasta ahora se llevan invertidos, suma que sin los desequilibrios sobrevenidos habría bastado para terminarlo, según lo anteriormente presupuestado.

Para formarse una idea del esfuerzo que venimos realizando, basta echar una mirada a la obra monumental que continúa levantándose silenciosamente en la calle Cangallo, entre las de Libertad y Talcahuano, y comprobar la amplitud extraordinaria de su gran salón, en el que celebraremos el domingo 2 de julio de este Año Santo, el "Día de la Empleada".

Para poderla llevar adelante, necesitamos la oportuna y

generosa ayuda de quienes aún no han tenido ocasión de prestárnosla y de quienes en alguna forma lo han hecho ya. Para poner al edificio al abrigo de los deterioros que pudiera ocasionarle una posible paralización por falta de recursos, es indispensable levantarlo hasta su séptimo piso y techarlo. Para todo ello necesitamos disponer de quinientos mil pesos.

Venciendo pues la explicable resistencia y pidiéndoles perdón por la molestia que les ocasiono, me veo precisado a tender hasta Uds. mi mano suplicante.

Antes de resolverme a ello, lo he meditado ante Dios detenidamente y he considerado también las objeciones que sugieren las circunstancias.

Poco o nada me importa la humillación que debería soportar si por falta de cooperación nos viéramos forzados a paralizar la obra; pero mucho me hace sufrir el pensamiento del desamparo en que continuarían tantas jóvenes dignas de mejor suerte, que ansiosamente aguardan ampararse bajo un techo providencial y el de la desilusión que las amargaría.

Las socias de la F.A.C.E. con abnegación edificante realizarán su campaña de recolección de fondos durante el mes de junio en preparación al Día de la Empleada, y yo a mi vez las estimulo formulando por primera vez ésta súplica que Santa Teresita, protectora nuestra, volverá fecunda.

Considero además que resultaría saludable para todos la generalización del esfuerzo para el éxito de la iniciativa privada y que es meritorio ante Dios contribuir para una obra a cuyos cooperadores alcanza la Apostólica Bendición que acaba de acordarles benignamente Su Santidad Pío XII.

A la espera de su reconfortante respuesta, saludo a Uds. con mi mayor consideración y estima.

CONSECUENCIAS DE UN LLAMADO

La ayuda pecuniaria con que el público, sin distinción de de origen, ni de clase, ni de creencia, ni de militancia política, ha respondido a mi llamado para poder techar hasta su séptimo piso, el edificio en construcción para el Hogar de la Empleada sin familia, ha sobrepasado los cálculos más optimistas.

Llegada ahora la oportunidad del balance anual presentado por la Contaduría de la F.A.C.E., siento la necesidad de enviar la expresión de mi íntima gratitud a todos los contribuyentes, lo mismo al más espléndido que al más modesto, ya que el mérito está condicionado a las posibilidades de cada uno. En nuestro caso, todas las ofrendas son excepcionalmente meritorias por dos de sus características: la de la espontaneidad y la del silencio. Ninguna mira humana las desvirtúa, ni ante Dios, ni ante los hombres.

Mi satisfacción se ve doblemente colmada porque el éxito material queda enaltecido por el moral emanado de la confianza del pueblo que cree en la bondad y el desinterés de mi gestión en favor de las que constituyen su porción más desamparada y más indefensa: las empleadas solitarias. Mas, como "nobleza obliga", esa confianza del pueblo, debía ser correspondida por el envío de su respectivo comprobante a cada contribuyente, y por la publicación conjunta de las entradas y las salidas.

Desde el 29 de mayo, día en que se hizo público el llamado, hasta el 31 de octubre, fecha del cierre del ejercicio financiero de la F.A.C.E., ha ingresado la cantidad de pesos 1.200.932.25. De esta suma se han invertido en la prosecu-

ción de la obra y adquisición de materiales y artefactos en previsión del constante aumento de los precios, $ 976.573.54, quedando un remanente de $ 224.358.71. Gracias a él, se nos ahorra por ahora, la pena de tener que paralizar la construcción, y se nos proporciona la dicha de proseguirla aun cuando sea lentamente, esperando que una nueva circunstancia favorable nos permita darle el impulso final por todos anhelado.

La F.A.C.E. tiene la satisfacción de ofrecer a todos los contribuyentes la oportunidad de comprobar por sí mismos el estado actual de la construcción y la escrupulosidad con que se administra esta obra del pueblo. La reconfortante acogida dispensada por el público es aleccionadora. Permítaseme puntualizar las tres principales enseñanzas que sugiere:

Primera: la de la justificación del optimismo que nos hace confiar en las benéficas reacciones del pueblo cuando descubre sentimientos desinteresados, patrióticos y cristianos. Este convencimiento debe servirnos para que nunca desesperemos de él. Jesucristo, Dios y Hombre ha dicho que el reino de Dios, que es de fe, de esperanza, de justicia y de amor, es semejante al puñado de levadura con que la mujer hace fermentar la totalidad de la masa. Con satisfacción inefable estamos comprobando que en el alma popular hay levadura cristiana que conserva su virginidad. Y esto es por sí solo presagio de victoria porque no debe echarse en olvido que virginidad es aptitud para el martirio.

Segunda: la de la predisposición latente del pueblo que para entregar su simpatía espera, y con razón, que las palabras que se le dirigen, llenas de buenas intenciones, se comprueben con hechos.

Por fortuna, nunca me sedujo el empeño que suele ponerse en plantear problemas, enumerar deficiencias y denunciar los defectos de las obras de los demás. Quienes así proceden, malgastan tiempo y energías en un esfuerzo puramente negativo. Sólo me entusiasman las realizaciones positivas tendientes a elevar moral y materialmente al pueblo, aun cuando adolezcan de imperfecciones humanas porque tales realizaciones constituyen un empeño constructivo.

Tercera: la de la actitud del pueblo que como condición de su ayuda al clero: exige que éste se consagre a su misión

evangelizadora sin exclusivismos ni raciales, ni religiosos, ni mucho menos políticos. Que el clero se entregue no a una parte del pueblo, que eso quiere decir "un partido" sino a todo el pueblo. Suele discutirse apasionadamente acerca de la conveniencia o inconveniencia de la intervención de la Iglesia en la política partidista. Sin temor a ser desmentido, afirmo apoyado en la ciencia y la experiencia, que la Iglesia nunca hace una política más elevada, eficiente y fructífera que cuando se abstiene de intervenir en política.

Ante estas legítimas exigencias del pueblo corresponde afirmar que son un eco de la voz de Dios: "Vox populi, vox Dei". Y por ello continuaré siempre procurando satisfacerlas para merecer su favor cuando la fuerza de la necesidad me obligue de nuevo a demandárselo. Así colaboraremos juntos para la paz y el bienestar de la Patria.

SANTA TERESITA

"Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo et ex tota anima tua et ex tota mente tua et ex tota virtute tua... et proximum tuum tamquam teipsum".

Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu inteligencia y con todas tus fuerzas... y a tu prójimo como a ti mismo.

San Marcos XII. 30 y 31.

La trágica lucha en que según lo estamos comprobando, se halla trabada toda la humanidad, no es ni más ni menos que la exteriorización de la que experimenta dentro de sí mismo cada individuo, desde el momento de la rebeldía de Adán.

Dios creó a la humanidad con el fin de llenar con hombres en el cielo, los vacíos dejados por los ángeles rebeldes. Estos, capitaneados por Lucifer, iniciaron desde entonces una guerra sin cuartel contra la humanidad. Por esta causa cada hombre soporta dentro de sí mismo una lucha incesante entre las dos fuerzas que se lo disputan. La que trata de levantarnos y la que se empeña por abatirnos. La del espíritu de Dios que procura la victoria del bien, y la del espíritu de Satanás que persigue el triunfo del mal.

¿Quién no se siente solicitado por estas dos fuerzas contrarias?

A San Pedro lo hizo prorrumpir en este grito: "Me siento disputado por dos fuerzas que me tiran en sentido contrario: la de la gracia, que quiere salvarme, y la de la naturaleza viciada que quiere perderme".

* * *

Esta lucha trasciende forzosamente, de los individuos. Estos, empeñados en la realización de sus aspiraciones buscan prosélitos y de ahí surgen las militancias colectivas.

La Iglesia Católica ha sido establecida por Jesucristo para ser la depositaria de las energías sobrenaturales que por medio de los Sacramentos, se brindan a las almas para reconfortarlas en la lucha. Frente a ella se organizan colectividades que pretendiendo satisfacer los instintos de la naturaleza humana les ofrecen ventajas terrenales y placeres inmediatos. En consecuencia, la verdadera lucha queda establecida entre la materia y el espíritu. El materialismo tiene un poder de seducción formidable, porque proporciona lo terrenal: mientras el espiritualismo promete lo eterno. Lo temporal, es inmediato y lo eterno, futuro. Añádase a esto que lo que halaga a los sentidos es placentero y lo que los frena y contraría, es mortificante.

Hay épocas en las cuales saturan el ambiente todas las seducciones del sensualismo. Suelen ser las que preceden o las que siguen a las catástrofes. Estamos viviendo en una de ellas. Tal vez la más desconcertante de la historia.

* * *

Los progresos han reducido extraordinariamente al mundo. Han suprimido las distancias. Las ideologías se difunden con una celeridad vertiginosa. Las noticias sensacionales hacen palpitar en un mismo instante al mundo entero. Las conciencias se informan o se deforman como en series. En todas partes privan las mismas pasiones, las mismas discordias, las mismas ambiciones, las mismas luchas. En los países tenidos por católicos, la vida no es mucho más espiritual que en los que no lo son. Tal vez se nota en ellos una mayor alar-

ma contra el comunismo. No obstante, la vida que se lleva denuncia la preponderancia del materialismo. Y he aquí una gran antinomía porque el materialismo es precisamente la característica del comunismo ateo.

En todas partes se halla hoy en boga una doctrina luciferiana. Hasta ahora nadie se ha atrevido a exponerla, pero de hecho casi todo el mundo la practica.

Un gran convertido, escritor tan audaz como profundo, dice en un libro reciente que esa doctrina, remedando a la nuestra, tributa su adoración a una especie de trinidad: la de los ídolos Moloch, Mammon y Priape.

Hay quienes añaden un cuarto: Beelfegor, el demonio de la confusión.

El reinado de estos ídolos termina siempre en tragedia para sus adoradores. Los hombres quieren dominar y sus ambiciones de poder los llevan a hacerse la guerra oculta o manifiesta, y la guerra devora y esclaviza a los vencidos y a los vencedores. Los hombres quieren enriquecerse y para lograrlo se hacen mutuamente la guerra que insumiendo las riquezas acumuladas, crea sufrimientos y multiplica miserias. Los hombres quieren gozar y para obtenerlo apelan a procedimientos innobles y desleales: si ganan, los placeres los enervan y si pierden, los desencantos los aplastan.

Las consecuencias trágicas que son el resultado de la adoración de tales ídolos crean en el mundo una gran confusión. La estamos comprobando. Todos coinciden hoy en anunciar que quieren la paz y una paz duradera. Mas para imponer esa paz no hacen otra cosa que alimentar odios y armarse, con lo cual acumulan amenazas de nuevas y más desvastadoras guerras. La confusión es tan desconcertante que las interminables consultas que vienen realizándose no dejan percibir si son tentativas de paz o conciliábulos de guerra.

Dominar, pues, enriquecerse y gozar, he ahí las ambiciones universalizadas en esta época que podría denominarse del desenfreno del egoísmo.

Y este egoísmo hace que la vida moderna sea una vida materialista.

Oigo con frecuencia denunciar con alarma la intromisión solapada de quintas columnas del comunismo en las so-

ciedades cristianas. Es llegado el caso de preguntar: ¿pero qué es el comunismo si no el materialismo de la vida? Y si las sociedades cristianas se vuelven espontáneamente materialistas, ¿no están adelantando por sí mismas el reinado del comunismo?

¿Y cuál es la causa profunda de este desenfreno del egoísmo aún dentro de la civilización cristiana? La causa es ésta: el hombre contemporáneo se ama con exceso a sí mismo y no ama suficientemente a los demás.

Y si no decidme: ¿qué se requeriría para que en esta humanidad sombría, inquieta y atormentada se operara una especie de transfiguración? ¿Qué sería necesario para que la vida adquiriese un colorido más sedante y proporcionase más encanto? Bastaría con que disminuyese un poco el amor excesivo que los hombres se tienen a sí mismos, y otro poco, el odio que profesan a sus émulos y adversarios.

En definitiva: lo que hace falta imprescindiblemente al mundo moderno para que pueda comenzar a vivir en paz es el cumplimiento del primero y más grande de los mandamientos divinos: amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a sí mismo. Amar a Dios sobre todas las cosas, es decir: por sobre todos los ídolos creados por las ambiciones desorbitadas de poder, de enriquecimiento y de sensualidad. Sobre todas las cosas, es decir: también sobre uno mismo, aun a costa de cualquier renunciamiento. Y juntamente con este amor de Dios por ineludible exigencia, amar al prójimo al menos como se ama uno a sí mismo.

Hay una sentencia inspirada por el Espíritu Santo al Evangelista del amor que todos los cristianos deberíamos comprender y practicar. Es ésta: "Dios es Amor y quien vive con amor vive en Dios y Dios en él". Y si Dios viviera en cada uno de nosotros; ¿qué más faltaría para que la humanidad y en primer término la cristiandad, comenzara a vivir en paz?

La humanidad se materializa porque no actúa el espíritu y el espíritu no actúa porque se enfría y se enfría porque en él languidece la caridad. Lo mismo acontecería en la naturaleza física: se congelaría y cesaría su vida si se apagara el sol.

Tenemos pues, necesidad de alguien que reanime la caridad, que reavive el amor. Hace poco tiempo apareció un li-

bro cuyo título bastó para provocar polémicas: "Francia, tierra de misión". Hoy puede decirse que todo el mundo es tierra de misión. De una misión cuya finalidad primordial debe ser la reviviscencia del amor. Todo el mundo la necesita y nuestra patria también, porque en nuestra tierra tan generosa y tan fecunda, no sólo ha languidecido el amor sino que ha germinado con profusión el odio. Y es sabido que la resurrección del amor cristiano, del amor de la edad de oro de los primeros siglos de nuestra era, no se obtendrá por medio de la fuerza, ni de la diplomacia, ni de la economía, ni de la política.

* * *

¿Y quién podrá realizar esta reviviscencia del amor? Todos vuestros corazones me responden: ¡nuestra Teresita! ¡Sí, nuestra Teresita!

Ella dijo que su misión de enviar lluvias de rosas sobre la tierra la comenzaría después de su muerte y profetizó que llegaría el momento en que todo el mundo la amaría. ¿Y con qué finalidad? Con la finalidad anunciada por ella misma, como lo ha dejado escrito en la "Historia de una alma". "Pedir ser atraído por alguien, dice, es querer unirse íntimamente con quien le cautiva el corazón. Si el fuego y el hierro tuviesen inteligencia y éste dijese a aquél: "atráeme" ¿no demostraría su deseo de identificarse con el fuego hasta participar de su substancia, hasta dejar de parecer hierro para ser como fuego? Y bien: esa es mi ambición. Yo pido a Dios que me una al fuego de su amor. Y yo siento que cuanto más el fuego de su amor abrase mi corazón, tanto más las almas que se acerquen al mío, ascenderán hasta el Corazón del Buen Jesús. Sí, ellas subirán, o mejor, subiremos todos juntos hasta el Amor de Dios."

* * *

He aquí pues, la misionera de quien hoy más que nunca necesita el mundo. He aquí la misionera contemporánea de la humanidad.

El 14 de diciembre de 1927, Pío XI declaraba a Teresita del Niño Jesús, patrona principal de las misiones de todo el mundo, con todos los derechos y los privilegios litúrgicos acordados a San Francisco Javier, el Apóstol del Japón y de las Indias. El mundo se maravilló. No comprendía, no podía comprender los títulos que pudieran corresponder a aquella humilde enclaustrada del Carmelo, para merecer los honores de ese patronato supremo. ¿Qué había hecho para impulsar las misiones mundiales esta jovencita, salida sólo una vez de los limitados horizontes de su provincia natal, y que voluntariamente los había reducido a los más estrechos de un claustro monacal?

La devoción fervorosa del Pontífice hacia la joven que él había beatificado y canonizado y que era la estrella de su pontificado, ¿no lo habrá inducido a exagerar sus méritos y sus títulos?

No. Ese gran Pontífice al estudiar a fondo su vida, había adquirido la convicción de que ella sin vestir el hábito y sin llevar el nombre, fué y continúa siendo una misionera auténtica con vocación y con heroísmo. Misionera que ejerció en la tierra y continúa ejerciendo desde el cielo una extraordinaria y continua actividad y que dejó a los apóstoles de todas las comarcas y de todos los tiempos, la única doctrina y la única conducta que harán fecundas las tareas apostólicas: ¡las del amor!

Cuando Dios le infundió esta vocación extraordinaria, Teresita tenía sólo 14 años. Ella refiere que hasta esa edad había sido de un temperamento excesivamente emotivo. Sentía la necesidad de una *conversión*. Por conversión entendía olvidarse a sí misma para volverse y entregarse total y definitivamente a Dios. Esta conversión tuvo lugar durante la noche de Navidad de 1886. Al regresar de la Misa de Media Noche, se encendió dentro de su alma como un sol de luz y sintió por primera vez el coraje de sobreponerse a los sentimientos naturales y de refrenar su sensibilidad instintiva. Dios le había cambiado súbitamente el corazón.

"Lo que no había logrado, dice ella, en varios años de esfuerzo, quedó consumado en un instante. Comprendí y sentí con júbilo la necesidad de renunciarme totalmente a mí

misma y de inmolarme por la conquista de las almas. Y para lograrlo, Dios se valió de un detalle simplísimo —¡La simplicidad es la norma de Dios!— Una mañana, dice ella, al cerrar el libro de Misa, una estampa de Jesús Crucificado quedó sobresaliendo de las hojas y dejaba ver una de las manos divinas, de cuya llaga caía sangre. Experimenté un vivísimo dolor al observar que nadie la recibía y trasportada por ese intenso sentimiento tomé la resolución de permanecer continuamente junto a la Cruz, para recoger esa lluvia divina y hacerla llegar a las almas. Jesús desde entonces aceptando esta resolución generosa, hacía resonar frecuentemente en mi corazón su grito de "Tengo Sed" alternándolo con las palabras que dijo a la Samaritana: "Dame de beber".

La conversión obtenida poco después, de Prauzini condenado a la guillotina por sus bárbaros crímenes y cuya impenitencia parecía predestinarlo a la condenación eterna, fué la prueba ostensible y emocionante del principio de la conquista de las innumerables almas que desde entonces viene liberando del mal, en todo el mundo.

Teresita hizo de su cuerpo y de su alma una inmolación total uniéndola permanentemente al sacrificio de Jesucristo; como las gotas de agua que se echan en el vino para quedar convertidos en la sangre de la redención. Los frutos de esa inmolación no podían dejar de ser copiosos, universales. Unos versos dedicados por ella a la rosa, pueden darnos idea de su inmolación integral: "Señor sobre tu altar una rosa perfumada y fresca se ve brillar. Ha sido ofrendada sin reservas a tu divina Majestad. Pero yo sueño con algo más. Sueño con deshojarme pétalo por pétalo, para no atraer sobre mí las miradas de los demás". ¿Puede concebirse en una creatura humana una prueba superior de amor a Dios?

Esto sí que es amar a Dios sobre todas las cosas, porque es amarlo no sólo sobre todos los demás sino también sobre sí misma, más que a sí misma, porque para demostrarlo acepta, ofrece y desea su propia inmolación su sacrificio, su aniquilamiento.

* * *

El mismo amor que del altar del corazón de Teresita elevaba continuas llamaradas hacia Dios, las enviaba también hacia el prójimo.

Todos sus sacrificios de cuerpo y alma los ofrendaba por la salvación de las almas. Desde su entrada al Carmelo Jesús le hizo comprender, dice ella, que "ganaría las almas por la Cruz". Cuando sus martirios incruentos llegaban al fin, Sor Inés, que recogía como perlas que caían de los labios de Teresita sus últimas palabras, dejó escritas las siguientes: "Jamás sospeché que era posible sufrir tanto. ¡Jamás, jamás! Yo no me lo puedo explicar más que por mis deseos ardientes de favorecer al prójimo y de salvar las almas".

Complemento de éstas, son otras consignadas también por Sor Inés en "Novissima Verba". Yo siento que mi misión va a comenzar muy pronto; mi misión de hacer amar al Amor como yo lo amo. Si mi voluntad es realizada por Dios y yo sé que lo será, porque siempre hice la suya en la tierra, mi cielo consistirá en favorecer a los hombres hasta el fin del mundo. "Sí, yo quiero pasar mi cielo haciendo el bien a la tierra".

Que esos deseos emanados de la más divina caridad fraterna hayan sido realizados por Dios, al menos hasta nuestros días, el medio siglo de experiencia que ya llevamos, no nos permite ponerlo en duda.

El fenómeno sociológico y religioso, absolutamente extraordinario, de la extensión universal de su culto, y la impresión tan generalizada de que Teresita es no sólo para sus hermanos que la sobreviven, sino para todos nosotros una santa viviente, nos demuestra que hay una correspondencia impresionante entre lo que vemos con nuestros ojos a la luz de cada día y lo que entrevió y presintió Teresita a través de las sombras de su última enfermedad.

Yo no me puedo explicar sino por la actuación personal de Teresita, lo que está aconteciendo en estos momentos con la obra del Hogar de la Empleada sin familia, que le está ofrendado y que ha de ser otro pedestal de su glorificación en el corazón de Buenos Aires. Las formas tan múltiples, tan diversas, tan inesperadas, tan emocionantes, tan humanas y tan cristianas de las donaciones que casi triplican ya la suma por

mí tímidamente solicitada, están documentando una vez más la providencial y continua intervención de Teresita.

Y quién sabe la que puede llegar a comprobarse. ¡Dios lo quiera, para la salvación del mundo!

El Vicario de Jesucristo ha confiado a Teresita la conversión de Rusia. ¿Será ello posible? ¡Cuán distintos de los humanos son los procedimientos divinos! Demasiado reiterada ha sido mi opinión respecto de la esterilidad de la fuerza para destruir o para imponer convicciones.

Muchos de los que hoy se dicen cristianos, deberían recordar la lección dada por los cristianos auténticos de ayer. Toda la fuerza de los Césares caía vencida a los pies de los mártires, cuyas convicciones se fortificaban en los calabozos y con las cadenas y sobre el fuego y entre las garras de las fieras y bajo el hacha de los verdugos. Y deberían recordar además que esas violencias de la fuerza, estériles para destruir las convicciones, resultaban por el contrario, divinamente fecundas, para multiplicar prosélitos. "La Sangre de los Mártires era semilla de cristianos".

El comunismo no se destruirá con sables, ni con cañones, ni con bombas atómicas. Estas fuerzas físicas podrán destruir y eliminar comunistas, pero el comunismo, no. El comunismo no es una causa, es un efecto. Para combatirlo, es necesario eliminar las causas. Y las causas son el materialismo ateo, que es la negación de Dios y el egoísmo inhumano que es la negación del prójimo. Y lo único capaz de eliminar esas causas, es el amor a Dios sobre todas las cosas, y el amor al prójimo. A todo prójimo sin distinción alguna social o política, religiosa o social.

¡Celestial Teresita nuestra! Nos hallamos en el Año Santo y en el Año de las Bodas de Plata de tu canonización. Hazte sentir más que nunca en este nuestro infortunado mundo contemporáneo. Envía sobre todo él, comenzando por nuestra Patria, un diluvio de tus rosas. Con el perfume que con ellas hagas bajar del cielo, disipa y embalsama la pestilencia del odio que está emanando de la tierra. Y con tu mano virginal que al continuo contacto de las rosas, ha adquirido un color de aurora, bendícenos a todos alcanzándonos de Dios la dicha de ver despuntar el sol del Amor y de la paz.

HUMANIDAD Y BONDAD

Nunca como ahora se ha hablado tanto de la dignidad humana, y de la necesidad de la paz. Tal vez porque nunca se han visto tan conculcadas ni tan amenazadas.

No hay en todo el año litúrgico una solemnidad tan apropiada como la de hoy para consolidarlas y exaltarlas.

Dios, Creador de la naturaleza humana le confirió al crearla derechos inviolables que debían ser respetados por todos, individuos y colectividades en la tierra, y le sobreañadió el privilegio de la filiación divina con derecho a la herencia de su gloria en el cielo. La paz temporal y la paz eterna eran la consecuencia del respeto a la dignidad de la naturaleza humana.

La prevaricación de la humanidad implicó el menoscabo de sus derechos y el renunciamiento de sus privilegios.

Como consecuencia de la rebeldía de nuestros primeros padres a quienes sedujo la pretensión de ser como Dios, la dignidad de la naturaleza humana quedó envilecida y la paz turbada. La expulsión del Paraíso terrenal, inició la era de la decadencia y el fratricidio de Caín escribió con sangre la primera página de la historia de las guerras.

Pero Dios en su misericordia infinita mantuvo su propósito sublime y resolvió restaurar la dignidad de la naturaleza humana y otorgarle el medio de reconquistar la paz perdida.

Tal es el contenido maravilloso del gran misterio que solemnizamos hoy al conmemorar el Natalicio de Nuestro Señor Jesucristo Redentor Divino de la humanidad.

El 25 de Marzo, al aceptar María la Maternidad Divina propuesta por el Arcángel de parte de Dios, fué el día de los

desposorios de la Divinidad con la humanidad teniendo por altar el seno inmaculado de la Virgen de Nazaret. Hoy es el día de la revelación pública de ese misterio secreto, el día aniversario del Natalicio del Niño-Dios en Belén.

La naturaleza humana al separarse de Dios había rodado hasta lo más hondo del abismo, pero el Hijo de Dios compadecido decidió bajar hasta ella para levantarla adhiriéndola a su propia Divinidad.

No sabemos qué ponderar más, si la profundidad del abismo a que descendió la Divinidad o la excelsitud de la altura a que fué levantada la humanidad. Jesucristo es pues el auténtico y sublime Restaurador de la dignidad de la naturaleza humana. La elevó a una dignidad infinitamente superior a la originaria. Por eso la Iglesia en su liturgia inspirada nos hace doblar la rodilla en un acto de adoración profunda cada vez que en el Evangelio de San Juan, en el Credo y en el rezo del Angelus repetimos estas palabras: "El Verbo hizo suya la carne humana". "Verbum Caro factum est". La finalidad inmediata del cristianismo es la elevación de la humanidad. Por eso he repetido tantas veces la sentencia de un Pontífice: cuando se comienza por dejar de ser humano, se termina por dejar de ser cristiano. Tengamos por lo tanto la firme convicción de que cada vez que intentamos alguna realización en defensa de los derechos legítimos o en elevación moral y material de la naturaleza humana, realizamos una adaptación del verdadero cristianismo.

Con cuánta razón los ángeles que bajaron del cielo nos enseñan a cantar sobre la Cuna de Belén: "¡Gloria a Dios en las alturas!"

Dije que Dios en su misericordia infinita resolvió restaurar la dignidad de la naturaleza humana y otorgarle el medio de restablecer el equilibrio y de reconquistar la paz perdida.

¿Qué es la paz? La tranquilidad que resulta del orden. ¿Y qué es el orden? El mantenimiento del lugar y del derecho que corresponden a las cosas y a las personas. Ese mantenimiento puede perturbarse con los hechos o con la voluntad. La perturbación crea el desorden y el desorden la intranquilidad. La intranquilidad es a su vez la negación de la paz. Si

en el organismo humano un miembro se disloca o sale de su sitio se rompe el equilibrio y produce dolor.

La consecuencia lógica de este raciocinio es que la paz depende de la voluntad. La voluntad es el motor de los actos humanos. El orden, es decir, el mantenimiento del lugar y del derecho que corresponden a las cosas y las personas, algunas veces no favorecen a nuestros intereses o a nuestras conveniencias, y otras, las contrarían. Pero la voluntad no debe moverse nunca por el interés y la conveniencia, cuando éstos están reñidos con la bondad. El motor de la voluntad debe ser siempre la bondad. Y desgraciadamente lo que decide más a la voluntad de los hombres, están siendo hoy, la conveniencia y el interés.

La guerra, tan justamente temida, no se ha desencadenado en todo el mundo y ¡quiera Dios que no se desencadene nunca, ni aún con el ideal de eliminar el comunismo; porque la guerra puede ser un medio para eliminar a algunos millones de comunistas, pero no para extinguir el comunismo! El mundo no está en guerra, pero nadie puede afirmar que se halla en paz. ¿Por qué? Porque en las relaciones humanas no se respeta la jerarquía de las cosas, ni de las personas, ni de los pueblos. Y no se respeta porque la voluntad en general está siendo movida por la conveniencia y el interés y no por la bondad.

Lo que está pasando respecto de las relaciones individuales en lo social, y en lo económico, en lo político, acontece también respecto de las relaciones internacionales. Todos anhelan y proclaman la paz. Todos afirman que repudian la guerra; pero la paz no se logra. La paloma bíblica no se posa sobre la tierra. ¡Cuántas asambleas, cuántas conferencias se promueven y realizan con el manifiesto propósito de llegar a establecer la paz y cuando terminan dejan la sensación desconcertante de haber resultado conciliábulos de guerra! Es que se inician y desarrollan sin que los hombres vayan resueltos a emplear el único medio apto para llegar a la paz. Apelan a todos, menos al único eficaz que es el de la bondad fundamental. Emplean la diplomacia y se producen desinteligencias, utilizan la filosofía y crean la confusión, manejan la riqueza

y sobreviene la carestía, organizan la fuerza y siembran la ruina.

¿Qué sería necesario para que en el mundo comenzara a florecer la armonía? Una sola cosa: que todos nosotros nos decidiésemos a ser más bondadosos.

El Año Santo se extiende al mundo; Pío XII, lo denomina Año del gran retorno y del gran perdón. Retornemos a Dios, Dios es Caridad, Bondad infinita; y si queremos ser perdonados, comencemos por otorgar perdón.

Para lograr la indispensable, la urgente pacificación de los espíritus, de las familias, las clases y las naciones, una sola cosa nos hace falta: la bondad.

Es la gran revelación que vuelven a hacernos los ángeles que bajando del cielo, se agolpan sobre la Cuna de Belén, la alumbran con su resplandor y cantan: "en la tierra paz a los hombres de buena voluntad".

EL PROBLEMA DE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX

ESTE primer día del año tiene una característica singularísima. Divide el siglo en dos mitades. Es el primer día de la segunda mitad del siglo veinte. En la historia demarcará la iniciación de una época. La evolución de la humanidad y los acontecimientos que la provocan, lo hacen presentir así.

¿Y cuál será el problema que absorberá la preocupación general de esta nueva época en que comenzamos a vivir? Los problemas fundamentales que se incuban en el fondo de cada uno de los períodos que dividen la historia, no se producen por sorpresa ni por generación espontánea. Son siempre la consecuencia prevista o imprevista de problemas que gestaron los anteriores. Esta observación es fundamental para no desorientarnos en el análisis.

Desde aquellos tiempos en que el cristianismo comenzó a ser la levadura de la civilización occidental hasta las postrimerías de la Edad Media, se había establecido en el mundo el reinado de la unidad moral. Habían contribuído a ello los factores espirituales y en particular los de orden religioso.

La Reforma y el Renacimiento quebraron aquella unidad y se inició el período de una tendencia emancipadora y aislacionista. Esta tendencia se comprobó con la anarquía de los individuos y de los fenómenos. La nueva tendencia se caracterizó por el alzamiento contra la tutela geológica primero y luego contra la tutela moral. La Reforma fué la primera en padecer los desmembramientos de sus sectas. Y luego la experimentaron también los fautores de la religión o mejor de la mística sin Dios.

Y muy pronto se tuvo la comprobación de que todo error lleva fatalmente a otros errores que por regla general suelen ser los opuestos y los contrarios.

El resultado fué el de la vuelta a una falsa unidad, a una caricatura grotesca de la primitiva unidad espiritual y los reaccionarios llegaron a soñar con una uniformidad dirigida cuyos resultados concretos han sido los engendros de los diversos totalitarismos que continúan subsistiendo en nuestros días.

La anarquía de los individuos y su rebelión contra la tutela teológica y la moral utilizando los nuevos elementos del progreso, engendraron grandes desequilibrios económicos y sociales. Carlos Marx descubrió con acierto el gran problema que debió afrontar el siglo diez y nueve: el de la lucha entre el capital y el trabajo. Pero ese problema era una consecuencia económica de causas morales profundas. Y ni el sistema capitalista ni el sistema laborista, han dado al mundo la solución por ellos prometida. Los que advirtiéndolo o no, se dejan influenciar por la teoría del materialismo histórico, limitan su visión y no perciben ni la profundidad ni la amplitud del nuevo gran problema que se preparaba.

Cuando el Maestro nos recomendó que nunca echáramos en olvido la advertencia de que no sólo de pan vive el hombre, nos enseñó a tener en cuenta para todas las soluciones de los pequeños y de los grandes problemas el espíritu, que es el elemento superior en el hombre y la moral que es la causa honda de todos los conflictos económicos. Todo procedimiento que se limite a robustecer uno sólo de los elementos constitutivos del compuesto humano y en especial si es el cuerpo, como lo quiere el materialismo, causará fatalmente un desequilibrio funesto.

Las noticias diarias que nos informan de las alternativas de la guerra fría, de la carrera armamentista hacia la guerra cruenta y de las inculpaciones recriminatorias que se polarizan en Wáshington y Moscú, no deben inducirnos en el error tan generalizado de circunscribir el problema, reduciendo sus proporciones dentro de los términos del materialismo político y económico.

Difundir la convicción de que el problema de la actualidad es la pugna entre dos imperialismos económicos, es con-

tribuir al éxito de la propaganda soviética que pretende crear el convencimiento de que lo que está haciendo peligrar la paz en el mundo es la insaciable voracidad de un imperialismo capitalista cuya ciudadela es Wáshington y que Moscú es la oposición sistemática a aquella pretensión, por medio de la resistencia de las masas trabajadoras que se constituyen en estados proletarios.

Es necesario y urgente ahondar y ensanchar la visión. El problema es mucho más hondo y mucho más vasto. Si la lucha estuviese entablada entre dos imperialismos capitalistas idénticos en sus aspiraciones y sólo distintos en sus métodos, estaríamos debatiéndonos en pleno materialismo histórico. Confieso que casi no valdría la pena de preocuparse por cuál de las victorias deberíamos sacrificarnos.

El problema es más hondo y más vasto. El problema trasciende de los límites territoriales y de las fronteras nacionales. El verdadero problema del cual los capitalismos materialistas son un efecto, se halla fuera de América y dentro de América, fuera de Rusia y también dentro de Rusia; se halla aunque en proporciones diversas en el Oriente y en el Occidente.

La lucha gigante que se entabla en el mundo es la del materialismo contra el espiritualismo. La primera batalla de esa lucha universal, tuvo por teatro a Roma en el mes de Abril del año 1948. La lucha nacional dentro de Italia, no fué una lucha de política partidista. Para hacer triunfar sus respectivos ideales realizaron supremos esfuerzos y volcaron ingentes caudales el materialismo ateo alentado por Rusia y el espiritualismo cristiano sostenido por Roma.

Tales son los objetivos de la lucha que amenaza extenderse sobre el mundo. ¿No lo estamos advirtiendo en el hecho de las represalias violentas contra la religión dentro de la misma Rusia y de las opresiones, las expoliaciones, los encarcelamientos y las masacres de católicos, de sacerdotes, de Obispos y Cardenales en los pueblos sometidos al imperialismo soviético?

Si se quisiera situar los baluartes de las fuerzas en pugna habría que señalar a Moscú como centro del materialismo ateó y a Roma como a ciudadela inexpugnable del espiritua-

lismo cristiano. Entonces sí que vale la pena de dar la sangre y la vida; porque se tiene la conciencia de que se lucha en compañía de los que estamos con Dios y porque se tiene la certeza de que la victoria es nuestra, sea que la celebremos nosotros o los que nos sucedan, porque el espíritu es infinitamente más resistente y más fuerte que la materia.

La contienda formidable que se inicia en el mundo no es, pues, la que se pretende hacer aparecer entre los capitalismos en pugna. La contienda básica y fundamental, es la que está entablada entre los que queremos vivir con Dios y los que quieren hacerlo "sin Dios", entre el espiritualismo y el materialismo y en último término y en relación con nosotros, la contienda está entablada entre la libertad y la servidumbre. "Donde está el Espíritu de Dios está la libertad" y donde está el materialismo sin Dios está la esclavitud. ¿No lo evidencia también la exhortación vehemente a la solidaridad internacional que acaba de dirigir el Augusto Pontífice Pío XII a todas las colectividades que creen en el mismo Dios?

Los capitalismos son efectos de la preponderancia que se atribuye a los intereses materiales. Los capitalismos son efectos, no son causas. Las causas de todos los excesos y de los económicos en primer término, son morales. Y en este caso es la falta de moral. Donde se vive la norma moral no hay excesos.

Si el espiritualismo cristiano triunfa y se hace alma de la civilización, los imperialismos capitalistas quedarán emplazados a término. Sus excesos no serán tolerados, cualquiera que sea su paternidad, porque en el reinado del espiritualismo cristiano no podrá ser tolerada ni la explotación del hombre por el hombre, ni la expoliación del hombre por el Estado.

Creo que en esta hora del mundo el planteo del problema en toda su hondura y en su verdadera proyección, es una contribución positiva al esclarecimiento de la situación. A nuestro alrededor todo es confuso y si andamos en tinieblas, porque en la actualidad parece que tiene aplicación la palabra del maestro: es la hora del poder de las tinieblas, ¿cómo podríamos descubrir la senda y divisar la meta?

Pero esta contribución no basta. No basta plantear el problema; no basta dilucidarlo. No basta descubrir la enfer-

medad, no basta diagnosticarla. Lo útil, lo ventajoso, lo necesario es hallar el procedimiento para curarla.

El trabajo de la enunciación de este problema quedaría perfeccionado, si lo completáramos con la indicación de los procedimientos para resolverlo. Afortunadamente esos procedimientos están ya descubiertos, legitimados y experimentados con éxitos auténticos.

Ha llegado la hora de proclamarlos. Se malgastan muchas energías y se pierde mucho tiempo en organizar y en dar batallas en contra, contra el anarquismo, contra el capitalismo, contra el materialismo, contra el absolutismo, contra el comunismo. Pero ya ha sonado la hora de no conformarnos con procedimientos negativos. Y aún cuando nosotros nos conformáramos, el pueblo no se conforma.

Ha sonado la hora de enunciar lo prácticamente constructivo. ¿Hay algún sistema que apartándonos de los extremos, puede conducirnos por la senda del justo medio, a la satisfacción de las aspiraciones legítimas de los pueblos?

Sí, ¡loado sea Dios! Lo hay.

En la actualidad se anuncian dos tipos de sistema, que según los define el sociólogo contemporáneo más eminente de nuestra América, pueden denominarse "autocráticos" y "heterocráticos". Los regímenes "autocráticos" como el nombre lo está indicando son aquellos que pretenden encontrar en sí mismos su fuerza. Los "heterocráticos" son aquellos que extraen y legitiman su autoridad en fuentes exteriores y superiores a sí mismos. Los primeros se basan en el absolutismo, y la dictadura, los segundos en la libertad y la democracia.

Al indicar como único procedimiento de éxito para el bienestar de los pueblos y para la paz del mundo la democracia, debo añadir que me refiero a la verdadera democracia, que no es otra que la democracia cristiana, porque según la magistral sentencia emanada en el último siglo de la alta tribuna de Notre Dame de París: "la democracia será cristiana, o no será democracia".

Queda señalada para aquellos a quienes corresponde contribuir a salvar a los pueblos la noble tarea de iniciar el procedimiento.

El año se abre con el ejemplo del sometimiento del Divi-

to Niño a la ley de la Circuncisión. Implica un sacrificio; el derramamiento de unas gotas de sangre a los ocho días de haber nacido. Pero ¿qué importa verter unas gotas de sangre al comenzar la vida, a quien viene dispuesto a terminarla dándola toda para la redención de la humanidad?

Es oportuno recordarlo porque esta lección nos enseña a ajustar nuestra conducta a las normas divinas en todas las actividades de la vida religiosa y civil, económica y política, privada y pública.

En el centro del mundo se halla la Cátedra desde la cual se dictan y se esclarecen las normas de la vida individual y social. Formulemos hoy el propósito firme de prestarle nuestra adhesión integral.

Desde el extremo de la vida en que me encuentro puedo y debo afirmaros que cuanto más me conformo a las normas de Nuestra Santa Madre Iglesia, más unido me siento a su Fundador Divino, Nuestro Señor Jesucristo y cuánto más unido a El, más firme en la verdad, más resuelto para el bien y más decidido al cumplimiento del deber. El hombre del deber es infinitamente más fuerte que el hombre del derecho, porque el derecho se puede renunciar, pero al deber jamás.

El hombre del deber se sobrepone a las exigencias de las propias pasiones y a las pretensiones de los demás, y porque ejerce ese dominio goza de libertad. El hombre del deber vive en el orden, el orden da la tranquilidad y la tranquilidad la paz.

Teniendo presentes estas directivas y practicándolas, podemos augurarnos mutuamente con la bendición de Dios el feliz año que tan sentidamente os deseo.

PREVALENCIA DE LOS VALORES MORALES

Hæc dies quam fecit Dominus exultemus et lætemur in ea - *Psal. 117, 24.*

Este es el día hecho por el Señor: alegrémonos y regocijémonos en él.

Todos los días los hace el Señor, desde el primero de la Creación hasta el último del fin de los tiempos. Pero este de Pascua de Resurrección es por excelencia el Día del Señor, porque es el día en que resplandece sobre el universo como un sol la victoria definitiva de la virtud de Dios; el día hecho por Dios para que todos los hombres comprendamos que más temprano o más tarde el triunfo duradero y glorioso es y será de su Hijo Jesucristo y de cuantos le pertenezcan. Es el día cuya luminosidad esclarece los misterios de los acontecimientos humanos; el día que nos vuelve tolerables, llevaderos y hasta jubilosos, todos los otros días pesarosos, inquietantes y oscuros que tanto se multiplican en la vida.

Por eso, como lo necesitamos tanto, lo agradecemos tanto al Señor y le decimos: "Te Deum laudamus". Te bendecimos Señor porque desde la aurora de este día nos hallamos tan desbordantes de júbilo, que sentimos una necesidad imperiosa de saludarnos mutuamente diciéndonos aun en medio de tantas inquietudes: "¡Felices Pascuas!".

* * *

El Viernes Santo es como una síntesis de los misterios desconcertantes de la vida humana durante la cual a cada paso se tropieza con la oposición a la virtud y la subversión de los

valores morales. Todas las pasiones humanas conjuradas y triunfantes se han dado cita al pie del patíbulo de Jesucristo para gozarse en la derrota de la virtud.

La traición, la odiosa traición inicia la marcha; le siguen la perfidia de unos, la debilidad de otros y la volubilidad, la cobardía y el miedo de los demás. La traición de Judas que profana la amistad y vende a su Maestro por dinero; la debilidad de Pilato que envilece la magistratura condenando a un inocente y la volubilidad, la cobardía y el miedo del pueblo, de los discípulos y de los millares que hasta la víspera habían sido colmados de favores gratuitos por Aquel a quien ahora simulan desconocer e ignorar.

Volubilidad desconcertante la de las masas que ayer exaltan cantando "hosannas" y hoy abaten gritando "mueras" sin saber por qué.

Qué os parece, mis hermanos, haber traído a este mundo una doctrina sublime, haber vivido una vida idealmente pura, haber poseído un corazón desbordante de compasión y de ternura, haber tenido las manos siempre llenas de bendiciones y de caricias para todos... y sucumbir ignominiosamente bajo la conjuración de todas las bajezas humanas!... Si esto terminara así, habría motivo para desertar del deber y desesperar de la justicia.

¿Desertar del deber y desesperar de la justicia? ¡Ah, no! Puede ser ésta la conclusión de los partidarios del escepticismo, pero nunca la de los iluminados por la fe. Para quien trata de sobreponerse a los contrastes de la vida no hay nada tan funesto como el escepticismo y nada tan estimulante como la fe. El escepticismo sólo ve la obscuridad, la fe descubre siempre los bordes dorados de la nube obscura y sabe que por encima de ella brilla el sol. El escepticismo mira siempre hacia la tierra y teme lo peor; la fe mira constantemente hacia el cielo y espera lo mejor.

El escepticismo presagia el fracaso y así paraliza y enerva, la fe presiente el éxito y de esta manera estimula y fortalece. El escepticismo desconfía de sí mismo, la fe confía en Dios. El escepticismo es pesimista, la fe optimista.

* * *

Hagamos un poco de filosofía de la historia. Consideremos lo efímero de los éxitos de las pasiones humanas ante lo duradero y permanente de las victorias de los valores morales. El interés material de los conductores del pueblo pasó muy pronto a ser en la historia el símbolo de lo deleznable; Herodes el de la ambición frustrada, el Fariseo, el de la perfidia confundida, el Escriba, el de la envidia fracasada, Judas, el de la traición que subleva y Pilato, el de la debilidad que indigna.

En cambio, tres días han pasado nada más desde el éxito de esas pasiones con la condenación de la inocencia, la derrota de la verdad y la opresión de la justicia, y ya sobre la piedra removida que cerraba la tumba, de la cual surgió triunfante, resucitada y gloriosa la víctima; aparece sentada y simbolizada bajo la alba figura de un ángel, la inocencia rehabilitada, la verdad reconocida y la justicia vindicada. Y esto ya para siempre.

Acaban de llegar tres de las mujeres que se mantuvieron fieles. Están llorando. Evocan con su actitud esa gran porción de la humanidad que lamenta en todas las épocas y más aún en la nuestra, la conculcación de los valores morales.

El ángel celestial les dice: ¿por qué continuáis llorando? Vosotras no lo sabéis, vosotras no lo esperabais, por lo menos tan pronto, pero la rehabilitación ya está definitivamente cumplida. Vosotras temíais que fuera duradero el éxito de las pasiones humanas conjuradas contra la inocencia, la verdad y la justicia. Venís buscando para desagraviarlo y para embalsamarlo, el cadáver del vencido; y venís a buscarlo en la región de la muerte; pues sabed que ya no está aquí, "non est hic". Ya recobró la vida, "resurrexit sicut dixit", resucitó como lo había dicho, resucitó glorioso y para siempre. Id pues en busca de sus discípulos amedrentados y fugitivos; id a anunciarles que os va a salir al encuentro en Galilea.

En la tarde del Viernes Santo, al momento de expirar Nuestro Señor Jesucristo, prodújose un fuerte temblor de tierra. Parecería que al verse obligada por los hombres a servir de pedestal al patíbulo de su Creador, se hubiese sentido presa de horror manifestado en un misterioso estremecimiento.

Así también en la alborada del domingo como si tuviera conciencia de que en sus entrañas la vida tomaba su revancha

definitiva sobre la muerte, la tierra fué presa de un nuevo y misterioso estremecimiento. En la tarde del Viernes Santo se estremeció de horror, en la alborada del domingo, se estremece de júbilo. El horror fué transitorio y el júbilo imperecedero.

* * *

Mantengamos siempre firme la confianza en nuestra fe. Es la voz de orden, es la consigna de Jesucristo, "Confidite filii, ego vici mundum". Confiad hijos míos, yo he vencido al mundo.

La fe no es simplemente un conocimiento, es sobre todo una virtud. Un conocimiento es un aumento del caudal de la inteligencia pero una virtud es un robustecimiento de la voluntad. La palabra lo expresa: virtud quiere decir fuerza.

El cristianismo auténtico es virtud. Su conocimiento sirve desde luego para enriquecer la inteligencia, pero su profesión produce como afecto inmediato el fortalecimiento de la voluntad. Ante los hombres de voluntad, hasta las montañas se abaten, ante los abúlicos, hasta las menudencias se agigantan. La fe dice Nuestro Señor, transporta las montañas. Por montañas debe entenderse no solo las físicas, sino también las morales, las contrariedades de la vida.

De dos maneras manifestó Nuestro Señor Jesucristo su Divinidad en el océano, que tiene tantas analogías con la vida. Una vez apaciguando instantáneamente la tempestad con una orden de su Omnipotencia, otra dejando en libertad a la furia de las olas y caminando sobre ellas con serenidad imperturbable. Esta segunda manera de evidenciar su Divinidad parece más majestuosa.

El cristianismo es la prolongación indefinida de la vitalidad de Jesucristo en el tiempo y en el espacio. Y el mundo en el cual debe subsistir es como un océano. Las contrariedades y los obstáculos son como tempestades que se oponen a su marcha. Los cristianos que, como hijos del tiempo somos impacientes quisiéramos hacerles desaparecer de pronto y cuando se prolongan nos sentimos tentados a desmoralizarnos. Pero no cejemos, no desmayemos. Nos queda la segunda manera de demostrar la prevalencia de los valores morales sobre todos los obstáculos y sobre todas las fuerzas materiales. La de continuar impertérritos la marcha sobre las mismas. Y si alguna vez el

miedo nos asalta, dándonos la sensación de que nos hundimos, no por eso perdamos la confianza. La voz de Jesucristo es eterna como El y sin que la puedan hacer callar ni los acontecimientos ni los hombres, continúa repitiéndonos "Confidite filii, ego vici mundum". Confiad hijos míos, yo he vencido al mundo.

La historia es la documentación de la prevalencia de los valores morales derivados del cristianismo. Y todos los pusilánimes que alguna vez dudaron han debido escuchar a corto plazo la reconvención de sus victorias definitivas que parecen irles repitiendo la frase del Maestro: "hombres de poca fe, ¿por qué habíais dudado?"

Los destellos infinitos que parten como de un sol, del Cuerpo resucitado de Jesucristo, se expanden a todas las latitudes y alcanzan a todas las profundidades provocando otras tantas resurrecciones y por esto, desafiando a todos los presentimientos pesimistas que puedan sugerir las apariencias contrarias, termino como empecé: "En este día hecho por el Señor alegrémonos y regocijémonos", y por lo tanto: ¡Felices Pascuas!

MATERIALISMO DE LA VIDA Y ABNEGACION CRISTIANA

Oh vos omnes qui transitis per viam attendite et videte si est dolor sicut dolor meus". Vosotros los que andáis por el camino de la vida, observad y ved si hay en toda la humanidad otro dolor que pueda compararse con el mío. Palabras del Libro de los Trenos, 1-12, y que la Iglesia pone con razón en los labios de María Santísima.

* * *

El universo cristiano en una evocación dos veces milenaria, abre un nuevo paréntesis en medio de sus múltiples y febricientes actividades para detenerse con recogimiento a meditar en las lecciones que emanan de los diversos episodios del drama de la Redención.

Hace unas horas expiraba en un ignominioso patíbulo, el Príncipe de la Paz, el Maestro incomparable de la verdad, el tutor incorruptible de la justicia, el defensor impertérrito de la libertad, el taumaturgo bueno que remediaba todas las dolencias humanas, el dulce Profeta que subrayaba con lágrimas las predicciones de los futuros desastres de la patria.

Muchos de los que presenciaron la desconcertante escena del enjuiciamiento de Jesucristo, pudieron considerarla como el fracaso ruidoso y definitivo del Mesías a quien el pueblo que hasta ayer lo había exaltado, lo bajaba del pedestal, lo levantaba en una cruz y lo mataba como a un impostor.

Pero, señores, ¿cuál es la causa de esta inesperada ejecución? ¡El materialismo de la vida! Bien sabéis cómo el materialismo

ceba las pasiones humanas y las decide contra todo lo que se oponga a que puedan sentirse satisfechas.

El materialismo de los conductores de Israel los hacía esperar un Mesías que les reconquistara sus predominios temporales y los forzaba a eliminar a éste en quien el pueblo comenzaba a creer, porque se presentaba con una misión espiritual. Y el materialismo, todavía no superado en los discípulos de Jesucristo y exacerbado en Judas, hizo que aquéllos desertaran y que éste lo vendiera por treinta monedas de plata, consumando la más pérfida de las traiciones de la historia.

Según se ve, en todo el proceso del ajusticiamiento de Jesucristo predomina como causante el materialismo de la vida que para sentirse satisfecho no vacila en sobreponerse a la verdad, a la moral y a la justicia. Cuando Pilato en el ejercicio de su magistratura se disponía a dictar sentencia, preguntó al divino enjuiciado que declaró haber venido al mundo para proclamar la verdad: "¿Qué es la verdad?", y sin esperar la respuesta, lo entregó a las pasiones embravecidas de la turba sublevada. ¿De qué serviría la definición de la verdad? Ya estaba resuelto a pasar sobre ella.

Para extraer de esta lección todo el provecho que la actualidad reclama, detengámonos un momento en la contemplación de este cuadro. Estamos en Jerusalén, frente al palacio donde se administra justicia humana. ¿Qué véis en el balcón del Pretorio? Un hombre ensangrentado, desfigurado por las torturas y a su lado un juez que, señalándolo, dice a la muchedumbre acusadora: "Ecce homo", he aquí a lo que está reducido el hombre a quien acusáis de sedicioso y revolucionario; he aquí el hombre a quien imputáis la pretensión de hacerse rey y de erigirse en Dios. Empuña un cetro, pero de caña; ostenta una corona, pero de espinas; viste un manto de púrpura, pero para evidenciar su locura. Pilato pretende conmover a la turba y a sus agitadores. Ha comprobado la inocencia del presunto reo y trata de salvarlo. La turba excitada por sus conductores insiste en exigir su muerte. Y ya sabemos el desenlace. Pero notemos cómo claudica la integridad de un juez, cuya conducta se halla regulada por el materialismo de la vida.

Ante la resistencia de Pilato a cometer una injusticia, grita la turba aleccionada: "Si no condenas a ese hombre que pre-

tende ser rey, te denunciaremos como enemigo del César." Esta amenaza quebró definitivamente la resistencia de Pilato. Poned en su lugar un hombre más amante de la justicia que de las ventajas materiales de la vida; un hombre con conciencia del deber, y habría respondido: Mucho me interesa la benevolencia del César, pero mucho más la inviolabilidad de la justicia.

Pero no era ésta la norma de conducta de Pilato y por eso reflexionó de esta manera vituperable: ¿Cómo? ¿Caer yo en desgracia ante el César? ¿Perder con su benevolencia, mi posición? ¡Ah, no! Antes de soportar ese contraste, cállate conciencia, prostitúyete justicia y tú, oh pueblo, toma a ese hombre, llévatelo y haz de él lo que quieras con que me dejes el favor del César!

¡Ah, señores míos, el materialismo de la vida es quien profana todos los sentimientos nobles y quien trafica con todos los valores morales, comprando y vendiendo como otras tantas mercancías, la justicia, el honor, la amistad, el parentesco y, en algunos casos, la misma patria!

* * *

Pero apartemos los ojos de la abyección a que arrastra el materialismo de la vida y fijémoslos en el heroísmo a que levanta la abnegación, que es la esencia del cristianismo. Nuestro Señor Jesucristo y nuestra Madre Santísima nos están estimulando a practicarla con su ejemplo sublime.

Las pasiones humanas cuando se sienten victoriosas, se ensoberbecen. No se sacian con la derrota de la víctima, buscan además deleitarse con su escarnio. Increpan al Crucificado y le dicen: "Si eres Hijo de Dios, baja de la Cruz y creeremos en Ti".

El que con su omnipotencia acababa de arrancar a su amigo Lázaro de las fauces de la muerte levantándolo resucitado de la tumba, bien podía desprenderse de los clavos que lo sujetaban a la Cruz. Los fariseos no comprenden que la gran prueba de la Divinidad de Jesucristo no consistía precisamente en bajar de la Cruz. Si hubiese bajado tampoco habrían creído. Lo habrían atribuído como a otros de sus grandes milagros, a

Belcebú o a la magia. La gran prueba de la Divinidad la daba permaneciendo en ella. Las exigencias morales que lo obligan a permanecer en el patíbulo, son infinitamente más conscientes que los clavos que lo sujetan a la Cruz. La norma de la conducta de Jesucristo no es la ventaja sino el deber. El deber que siempre implica abnegación. No hay victoria que exija más abnegación que la que se logra sobre sí mismo. Cuando la naturaleza se yergue exigiendo lo que estima sus derechos. Cuando uno dispone de la posibilidad de confundir a sus detractores, y por no desertar del cumplimiento del deber se decide a continuar siendo su víctima. Cuando puede vengarse y por amor perdona. Cuando puede triunfar hablando y por deber se calla. Cuando puede vivir y por redimir a los mismos que lo matan, muere, se realizan heroísmos que evidencian la divinidad de la abnegación cristiana. No, Cristo no bajará de la Cruz, porque el deber que se ha impuesto de redimir a la humanidad lo obliga a permanecer hasta morir en ella.

* * *

Pero esta noche al congregarnos en torno de la Augusta Madre de Jesucristo para acompañarla en su soledad, aprendamos en ella la lección de la abnegación.

Yo no sé si alguna vez en la vida os habéis propuesto este difícil interogante: entre todos los seres desgraciados que han pasado por la vida, ¿cuál será el que más ha sufrido? Humanamente la cuestión no tiene respuesta. ¿Cómo podría medirse la diversidad de grados de la sensibilidad en la naturaleza humana? ¿Cómo podría apreciarse la intensidad de los múltiples sufrimientos que torturan el cuerpo y que desgarran el alma? ¿A quién os atreveríais a otorgar la palma del dolor? ¡La palma del dolor! En ciertas horas, quizás nos hemos sentido tentados a adjudicárnosla a nosotros mismos. No es raro encontrarse con almas que de buena fe se consideran las más quebrantadas, las más desheredadas, las más doloridas de la tierra y que se apropian con sincera convicción estas palabras bíblicas: "Observad y ved si hay algún dolor semejante al mío".

Ilusión ingenua, mis amados, porque la capacidad de su-

frir es muy diversa, ilimitada, casi infinita. Hay tres cosas que no podemos contar: en el cielo las estrellas, en el océano las gotas y en el corazón humano las lágrimas. Según esto, siempre será posible comprobar que hay otros que beben en un cáliz más amargo que el nuestro y que soportan una cruz más pesada que la que llevamos sobre nuestros hombros.

La respuesta que no puede darnos la razón, nos la ha dado la fe e iluminados con su luz sabemos bien a quiénes debe adjudicarse la palma del dolor. Existe un Hombre a quien la revelación ha llamado por antonomasia "varón de dolores", "virum dolorum", y una Mujer desde luego tenía que ser una Madre, "Mater Dolorosa", "Madre de los Dolores", a quien todos los siglos continuarán llamando "Regina Martirum", "Reyna de los Mártires".

Jesús fué dotado de un organismo destinado por el Eterno Padre a sufrir los dolores de todos los hombres para redimirlos a todos y Dios sabe bien adaptar el órgano a la función. Jamás existió ni existirá un cuerpo tan exquisitamente sensible a los tormentos físicos, ni una alma de tanta capacidad para las amarguras morales.

Su Madre Santísima le ha sido asociada para la Redención de la humanidad y en consecuencia es la que más se asemeja en el cuerpo y en el alma. Por lo tanto, eres Tú, oh buen Jesús, quien ha merecido la palma del dolor y quien después de haberla conquistado, la pone ensangrentada en la Cumbre del Calvario, entre las blancas manos de María. Saludad, pues, al pie de la Cruz que le sirve de dosel a la Reina de los Mártires. Todos los siglos desfilan ante ella transmitiéndose esa profunda convicción. Cortejo imponente el de los tristes y dolientes ejemplares de la humanidad. En él desfilan todos los que lloran, los que sangran, los que llevan desgarrada el alma y los que arrastran o dejan a lo largo de sendas escabrosas sus miembros mutilados, pero que a pesar de todo se resisten a desesperar y guardan en la intimidad de su ser con la resignación cristiana una esperanza inconmovible en Dios.

Vedla de pie junto a la Cruz: "Stabat Mater". ¿De dónde saca la serena intrepidez que la sostiene durante esas tres horas interminables, bebiendo con sus ojos todos los detalles del martirio de su Hijo? Del abismo de su abnegación. Se mantiene

de pie porque debe oficiar de divina sacerdotisa ofrendando la inmolación de la víctima. Para que el Verbo tomara carne en sus virginales entrañas, el Eterno Padre le había pedido su consentimiento. Ahora que el Verbo va a verter la sangre y a inmolar la carne que ella le dió, cumple impertérrita su deber de corredentora y anticipa el "fiat" necesario para que el martirio de la Madre sea voluntario como el del Hijo. La justicia de Dios no le arrebata el Hijo. Ella se adelanta y lo ofrenda. Esto está, según nuestra comprensión, muy por encima de los sentimientos maternales. Tal vez por eso, Jesucristo desde la Cruz no la llama "Madre". La primera consecuencia de esta actitud es su elevación a otra dignidad y a otra grandeza en que su humildad tampoco había soñado jamás. "Mujer", le dice el Hijo, Mujer que en Nazaret fuiste elevada a la dignidad de Madre de Dios; ahora en el Calvario quedas además constituída en Madre de la humanidad. De hecho y de derecho contribuiremos juntos a salvarla.

* * *

Desde ese momento solemne, sin dejarse invadir por el desaliento y sobreponiéndose a la angustia de su soledad, comenzó a ejercer su nueva maternidad.

Descolgado el cuerpo exánime del Hijo inmolado, la Madre se sienta al pie de la Cruz y lo recibe en su regazo. ¡Qué distinto está de cuando lo recibió en Belén entre los cantares de los ángeles y los resplandores celestiales!

La Iglesia en su conmovedora liturgia de la mañana del Viernes Santo, nos hace realizar una escena emocionante. Quitado el velo que desde el Domingo de Pasión ha venido ocultando la imagen del Crucificado, el celebrante lo deja en el suelo para la adoración del clero y de los fieles que se prosternan para besar sus llagas. Durante la ceremonia, la Iglesia que es madre, pone en los labios del oficiante los llamados improperios.

Permitidme que esta tarde yo los ponga en los labios de la Madre, cuyo regazo es el altar viviente en que reposa la víctima recientemente sacrificada,

Comenzando a cumplir su misión redentora, nos dice con ternura: ¿Pueblo mío, qué mal te ha hecho mi Hijo y en qué ha podido contristarte? Respóndeme. ¿Qué más habría podido hacer? Con su palabra divina te invitaba a formar parte de su huerto como viña escogida y tú diste frutos amargos para abrevarlo con hiel en su sed. Él vino a poner al alcance de tus manos la palma de la gloria y tú contribuiste a poner en las suyas un cetro de caña. Él te ofrecía su corazón del cual brotaban todas las bondades y tú no sólo te has resistido sino que con tus pecados has contribuído a traspasárselo como acaba de hacerlo el Centurión con su lanza. Él bajó del cielo para guiar tus pasos sobre la tierra como un astro luminoso y tú contribuiste a encaminarlo hacia el Pretorio de Pilato. Él había venido a ofrecerte con tu salvación una corona real para toda la eternidad y tú le has puesto una corona de espinas. Él se lastimaba los pies marchando en tu busca cuando te alejabas del redil, y tú se los has traspasado con este clavo. Él quería levantarte de tu abyección y tú has contribuído a suspenderlo desde un patíbulo.

Pueblo mío, ¿qué más habría podido hacer mi Jesús por ti? Respóndeme. Si tu conciencia te dice que hasta ahora has sido ingrato o indiferente para con él; deja ya de serlo por compasión a mí. Yo no he muerto con Él de dolor porque el Eterno Padre me sostuvo para sobrevivirle a fin de que con mi desolación y mi ternura de madre comenzara en el mundo la misión de reconciliar a los hombres con el Hijo que les envió de Salvador.

* * *

Juan, el joven Evangelista a quien Jesús había conferido la filiación adoptiva para con la Virgen Madre, se la llevó a su casa. Los Apóstoles, excepción hecha de Judas que desesperó, se apresuran a visitar a la Madre del Hombre Dios traicionado, negado y cobardemente abandonado. María pudo ver en el semblante de Pedro los surcos formados en sus rugosas mejillas por las veinticuatro horas de lágrimas incesantes y en la actitud compungida de sus demás compañeros el arrepentimiento profundo por su deserción y su cobardía.

El materialismo de la vida predominante en su época y en su raza, había sido el obstáculo que impidió hasta ahora que penetrara en sus almas la virtud de la abnegación.

La Madre comenzó a ejercer con júbilo su misión. Recibió la confesión de los que volvían, los perdonó, los consoló, los bendijo, los exhortó a iniciar un apostolado activo y fecundo para volver efectiva la Redención.

* * *

En esta época de la historia esa misma Madre nos aguarda a nosotros. Con sus recientes apariciones en diversas regiones del mundo, nos demuestra que desde el cielo continúa la misión que le fué encomendada y que inició en la tierra.

Llegados a este punto, es oportuno responder a esta pregunta: ¿Por qué en nuestra época, las grandes verdades que se rememoran en la Semana Santa y las que durante el año predica el apostolado, resultan, en general, inoperantes? La causa principal que hace innecesaria la investigación de las demás, es ésta: el materialismo de la vida, que realiza una intensa y extensa penetración en todos los ámbitos de la civilización contemporánea. Esta penetración está desalojando de ella el espíritu genuinamente cristiano que en épocas pasadas la transfiguraba. Los cristianos contemporáneos en su inmensa mayoría se diferencian de los paganos solamente por su creencia, pero no por su vida. Aparte de algunas prácticas externas con las que pretenden cohonestar la creencia, la vida que llevan puede calificarse de pagana. El cristianismo es la religión del amor y los cristianos odian y se odian. El cristianismo es la religión del espíritu y los cristianos rinden culto a la materia. El cristianismo es seguimiento de Cristo, y los cristianos se adaptan a las máximas del mundo. El cristianismo es fortalecimiento de la voluntad y los cristianos viviendo la molicie se inhabilitan para las reacciones y ceden a todas las tentaciones utilitarias. El cristianismo es la religión del renunciamiento y los cristianos buscan la satisfacción de sus pasiones.

En presencia de estas contradicciones entre las creencias y las prácticas, se comprende la esterilidad de la predicación de

las verdades trascendentales. Pero es hora ya de que también se comprenda que la reacción contra el materialismo de la vida se ha vuelto necesaria y urgente.

Abundan ya los que temen la inminencia del desastre que amenaza a la civilización cristiana, y con el propósito de alejarlo invocan la intervención de las fuerzas materiales que, según dicen, pueden arrasar al comunismo ateo. No hace mucho he dicho, y conviene repetirlo, que las armas guerreras y las bombas atómicas pueden servir para eliminar algunos millones de comunistas, pero nunca para extirpar el comunismo. Las convicciones no se desalojan por la fuerza, sino por la sustitución con otras superiores. Pero es necesario además recordar que la esencia del comunismo ateo es el materialismo de la vida y que, por consiguiente, la inmensa mayoría de los cristianos con sus maneras de vivir, realizan una constante penetración del propio comunismo que pretenden extirpar. Es ésta una de las tristes consecuencias de la contradicción entre las creencias y las costumbres.

Lo que urge para la preservación de la catástrofe es la reacción espiritual, en otras palabras: el retorno a Jesucristo. Y el retorno a Jesucristo se nos brinda y se nos facilita por la mediación de esta Madre angustiada y buena que ansía causar en nosotros la reacción salvadora de la Redención. Mis hermanos, ¡qué buena es la Madre de Jesucristo! ¡Qué buena es nuestra Madre! Si Dios nos hubiese otorgado la facultad de elegirnos una Madre en el orden espiritual, jamás se nos habría ocurrido la pretensión de tener una Madre tan ilimitadamente poderosa y tan infinitamente buena como es la que Él nos dió. Ella anhela aún más que nosotros mismos nuestro perdón y nuestro retorno. Estamos en el Año Santo, extendido ya a todo el universo. Año, según lo ha denominado el Sumo Pontífice, del gran retorno y del gran perdón. El año pasado, cuando estaba circunscripto a Roma, he visto las muchedumbres de todos los vientos de la tierra retornando compungidas a la casa paterna a la cual entraban por la Puerta Santa. Hace ya cerca de veinte siglos que para todos los hombres del universo que resuelvan volver a Dios, se abrió la Puerta Santa que no se cerrará jamás. Es la que abrió la lanza del soldado en el corazón del Hombre Dios. A esa puerta quiere conducirnos de

la mano, la Madre de ese Hombre Dios. No nos resistamos, no le causemos ese dolor.

Como hijos pródigos que somos, dejémonos introducir por Ella a la casa paterna, prometiéndole no volver a salir de ella hasta volar al cielo. Y de esta manera, comprobaremos en nosotros mismos la verdad del título con que la invocamos en las Letanías Lauretanas: "Janua Cœli, ora pro nobis"; Puerta del cielo, ¡ruega por nosotros!

ARMONIA DE CLASES

EL 15 de mayo de 1951 se ha conmemorado en todo el Universo Católico, el sexagésimo aniversario de la Encíclica "Rerum Novarum" del gran Pontífice León XIII, que fué, es y será la Carta Magna del trabajo. Pío XII, el excepcional Pontífice dado por Dios a su Iglesia para regirla en esta época dramática, conmemoró el acontecimiento celebrando en San Pedro una Misa del Espíritu Santo para impetrar su luz y su fuerza sobre todos los trabajadores a fin de que se decidan a colaborar pacífica pero firmemente en la reconstrucción del orden social en todo el mundo. Asistían delegaciones obreras de Alemania, Bélgica, Canadá, Estados Unidos, España, Francia, Holanda, Inglaterra e Irlanda, acompañadas por decenas de millares de obreros pertenecientes a la Asociación Cristiana de Trabajadores Italianos. Era el domingo de Pentecostés. ¡Feliz coincidencia! Hace cerca de dos mil años, los Apóstoles hablaron a las muchedumbres heterogéneas llegadas de distintas naciones, en sus lenguas diversas. Pío XII habló a aquella multitud de trabajadores de diferentes naciones, en seis idiomas.

Entre otras cosas, les dijo: "La Iglesia mantendrá siempre con firmeza inconmovible los principios y objetivos de su doctrina para la reconstrucción del orden social". Y con acento vibrante les formuló esta pregunta: "¿Queréis redoblar vuestros esfuerzos por la unidad, la justicia y la caridad cristianas?" "¡Sí!", fué la imponente y unánime respuesta de los millares de trabajadores presentes. "¿Queréis y prometéis multiplicar vuestros esfuerzos por la verdadera paz social y por

la pacificación y concordia entre todas las naciones del mundo?" "Sí, lo prometemos", volvieron a contestar en coro las voces varoniles que resonaron con ecos de trueno por todos los ámbitos de la inmensa Basílica Vaticana.

* * *

Después de experiencias prolongadas y dolorosas, se comienza a reconocer la sabiduría de la Iglesia cuyas normas certeras y firmes, cuando se actualizan, dan la solución requerida por los problemas sociales de todos los tiempos. Cuando aparecía la Encíclica "Rerum Novarum", se hallaba en boga la ilusión de que la cuestión social la resolvería el liberalismo absoluto. El problema económico, se afirmaba, quedará resuelto por sí solo, dejándolo librado a sus propias leyes, por ejemplo, a la de la oferta y la demanda.

Ante el fracaso de aquel sistema que se libertaba de las normas de la justicia social y de la moral cristiana facilitando los abusos del capitalismo y la explotación del proletariado, aparecieron los modernos redentores que cifraron la solución del problema en el extremo opuesto: en el monopolio de la dirección de la economía por parte del Estado; en el totalitarismo, que en algunas regiones es comunismo y en otras neo-fascismo.

Los hechos contemporáneos confirman una vez más la verdad de nuestra doctrina y la inflexibilidad de esta ley histórica; cuando se comienza por la violación de la ley, que es anarquía, se termina por la opresión de la fuerza, que es dictadura; sistemas fatales para los gobiernos y perniciosos para los pueblos.

La clase media en la estructura social de la Nación, es como la *aurea mediocritas,* la medianía de oro, oro moral, en la cual la familia, sin los incentivos de la abundancia y sin las tentaciones de la miseria, puede conservar más fácilmente las costumbres cristianas y cumplir mejor con los deberes morales que dignifican y elevan.

La pretensión de unificar las clases en el cuerpo social es una utopía semejante a la de unificar los miembros del

organismo humano. La diferencia de clases es precisamente lo que hace posible el intercambio de las mutuas prestaciones requeridas por la convivencia pacífica del ordenamiento social. La clase media es además el puente providencial que une los extremos. La diferencia de los miembros del organismo humano es estática; la de las clases del cuerpo social puede ser dinámica. Las familias y los individuos pueden cambiar de clase. De la clase denominada proletaria, puede ascenderse a la burguesa y de la burguesa a la aristocrática. ¡Y es más pura que la gloria de recordar desde dónde se desciende, la de comprobar desde dónde se asciende!

La hostilización, por lo tanto, y los insoportables gravámenes contra la clase media, constituyen un atentado contra la estabilidad del ordenamiento social.

Con esto no quiero significar que deba olvidarse ni posponerse la justa rehabilitación de la clase proletaria. Hace cerca de medio siglo que dentro de la esfera de mis modestas actividades vengo conformando la doctrina y la acción a las normas que León XIII nos dictara para la defensa de los derechos de la clase trabajadora. Mis palabras, mis escritos y mis realizaciones dejan documentadas estas inquietudes por el reconocimiento y el imperio de la justicia social. Y hace treinta y un años, el Pontífice Benedicto XV, me dió la oportunidad de dejarlas consignadas en la leyenda de mi escudo episcopal: "A la paz por medio de la caridad y de la justicia." Tengo el profundo convencimiento de que no puede haber caridad sin justicia ni justicia sin caridad.

* * *

Pero en la patriótica tarea de consolidar los fundamentos de la civilización cristiana, no debemos contentarnos con demostrar la aberración de los extremos. Es hora ya de dejar de ser exclusivamente negativos y de comenzar a ser constructivos. Es necesario batallar contra el mal pero no lo es menos, realizar el bien. Al pueblo no se le puede satisfacer con sólo mostrarle los males de los extremos de que se debe

alejar. Hay que convencerlo, además, de las ventajas positivas del medio en que debe actuar.

Empleamos mucho tiempo y gastamos demasiadas energías en hablarle contra el comunismo, contra el totalitarismo... ¿Y para cuándo nos reservamos la tarea constructiva de hablar y de trabajar en favor de algo? ¿Qué bandera levantamos para congregar bajo sus pliegues las masas a las cuales pretendemos disuadir del seguimiento a las banderas que las llevan a los extremos? No hay más que una: la que ya ha comenzado a atraer, entusiasmar y salvar a algunos pueblos. La bandera blanca de los ideales democráticos cristianos. ¡Es hora ya de enarbolarla!

* * *

Nuestro ideal supremo debe ser el de la pacificación social por medio de la convivencia armónica de las clases. Hemos intentado dar el primer paso hacia él, al constituir los Sindicatos Católicos de Empleadas. Helos aquí acompañados por delegaciones de las filiales de la F. A. C. E. constituídas en diversas provincias del país. Ellas están satisfechas, son entusiastas para trabajar por su propia elevación y respetuosas de los derechos de los demás. Ellas quisieran grabar en las portadas de la patria, esta leyenda que emana del interior de las casas que van levantando: "Libertad dentro del orden y alegría dentro de la moral".

Si conjuntamente con los de ellas comienzan a establecerse los sindicatos patronales y luego, con representaciones de los unos y de los otros, los organismos profesionales, habríamos entrado en la senda por la cual se llega, infaliblemente, a la pacificación social.

* * *

Los veintiséis sindicatos constitutivos de la F. A. C. E. en su asamblea realizada anoche, me han autorizado a proclamar las siguientes fórmulas adoptadas como programa de sus anhelos en los momentos actuales:

1ª Sin dejarnos seducir por la utopía de la supresión de las clases, queremos la convivencia armónica y pacífica de las mismas.

2ª No somos partidarias de la abolición de la propiedad, pero sí de la multiplicación indefinida de la misma, puesta al alcance de los más.

3ª No nos obsesiona tanto el aumento de los sueldos, cuanto la rebaja de los precios.

4ª Nos halaga sobremanera la elevación de los de abajo, pero sin que para ello se exija el abatimiento de los de arriba.

5ª Exigimos de todos el respeto que se debe a la dignidad de toda persona humana, pero a nuestra vez lo prometemos a todos y en particular a los que ocasionalmente invisten alguna superioridad legítima.

6ª Somos celosas de todos nuestros derechos y reafirmamos nuestra resolución de defenderlos; pero proclamamos al mismo tiempo el reconocimiento de nuestros deberes con el propósito inquebrantable de cumplirlos.

7ª Como partidarias acérrimas de la paz, de la paz doméstica, social, nacional e internacional, somos enemigas irreductibles de la guerra, de toda guerra, excepción hecha de la guerra contra la ambición desorbitada y contra el odio, que son los generadores de toda guerra.

* * *

Termino manifestando que hoy los sindicatos femeninos de la capital, reconfortados con las representaciones de los de todo el país, redoblamos nuestra fe inconmovible en la Divina Providencia y en la intercesión de Santa Teresita, nuestra Patrona, nuestra Buena Estrella, cuya imagen hemos querido que sea la primera en aparecer estampada en los muros básicos de este Hogar de la Empleada sin Familia.

Redoblamos también con nuestras acciones de gracias, nuestra confianza en la simpatía con que nos acompaña y

estimula el pueblo. Hay en él, muchas almas buenas, muchos corazones generosos que nos ayudan con su adhesión y con sus ofrendas tanto más apreciadas, cuanto más meritorias por el desprendimiento y el sacrificio con que las realizan. Gracias a éstas, llegadas desde el norte hasta el sur de la República, la obra no se ha detenido y si así continúan y Dios nos concede la gracia de verla coronada, con sus mansiones repletas de empleadas a quienes los desgarramientos de sus familias dejaron solas en la vida; la alegría que yo experimentaré, multiplicada por la que desbordará de los centenares que comenzarán a vivir en el tibio calor de la confraternidad hogareña, será un anticipo de la que Dios reserva en el cielo a todos cuantos nos acompañan, estimulan y ayudan.

INDICES



SUMARIO

Humanidad y bondad 136
El problema de la segunda mitad del siglo XX 140

INDICE ANALITICO

D

E

F

G

H

I

J

K

L

M

Este libro se terminó de imprimir el día 5 de julio del año del Señor 1951, festividad de San Miguel de los Santos, trinitario, en los Talleres Gráficos "Pedro Goyena", de la Editorial Difusión, Herrera 541, Buenos Aires
2331 – raaa.

La palabra de Monseñor de Andrea, fruto de observación y de experiencia, substrato de meditaciones y reflejo de su perseverante, dilatada, profunda y práctica labor social, es imprescindible para conocer con amplitud las raíces, el desarrollo y la proyección de los movimientos sociales en la Rep. Argentina.

Sus "Obras Completas" reunen los trabajos bibliográficos y periodísticos, las alocuciones radiales, los sermones y discursos del Obispo de Temnos. Revisados y clasificados por su autor, aparecen en los tomos que sintetizan sus trabajos en favor de la U.P.C.A., de los sindicatos y cajas rurales, de la Casa de la Empleada, de la Federación de Enfermeras; sus viajes por Europa y los Estados Unidos; sus conferencias universitarias; sus sermones en la iglesia de San Miguel.



Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

